

CRIMEN & CIA.

**Nat
Hentoff**
**AGENTE
ESPECIAL**



En el East Side de Nueva York comienzan a aparecer fragmentos de cuerpos humanos arrojados en cubos de basura. Noah Green se encargará de seguir la pista de tan macabro asesino, pero es difícil resolver un crimen cuando nadie quiere hablar; aún es más difícil cuando alguien empieza a hacer circular rumores sobre quien lleva la investigación...

Alguien ha denunciado a Green al Departamento de Asuntos Internos de la policía, y un AGENTE ESPECIAL le sigue los pasos. Green debe demostrar que las acusaciones que pesan sobre él no son más que calumnias y, al mismo tiempo, en medio de esa jungla, detener al descuartizador. En esas circunstancias, el tiempo es el arma más importante y, en esta ocasión, parece que está en contra de él.



Nat Hentoff

Agente especial

Crimen & Cia. - 17

ePub r1.6

Titivilius 05.07.15

Título original: *The Man from Internal Affairs*

Nat Hentoff, 1985

Traducción: Celia Filipetto

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2



1

—TIENE DERECHO a permanecer en silencio. Siempre y cuando aguante el dolor —anunció el detective con tono uniforme y voz queda.

Sentado en el borde de una silla, frente a él, estaba un hombre bajito, de cuerpo rudo, cuya cabeza parecía la de una tortuga indignada. Miró al detective, un tipo alto y delgado, y con su voz plena y gorgoteante le contestó:

—Apuesto a que sólo utiliza esa mierda de humor con sus hermanos, ¿no es así, señor detective McKibbon?

Sam McKibbon miró por la ventana a los niños que jugaban bajo el sol primaveral en la calle Cinco Este. No conocía a ninguno por el nombre. De momento. Volvió a mirar al sospechoso y le dijo:

—¿Va a llamar a un abogado o quiere que intimidemos a alguno para que venga a atender su caso?

—Voy a atestiguar sobre lo que ha dicho, eso de «siempre y cuando aguante el dolor».

—¿Y a mí me lo dice? —inquirió McKibbon mirando su reloj—. Oiga, ¿por qué no confiesa? Así puede decir que lo hizo bajo mi coerción. Es usted un apostador. Quizá merezca la pena arriesgarse.

La tortuga sacó la lengua negra y explicó:

—No ha sido violación. Hace años que me tiro a esa zorra.

McKibbon bostezó. Sería bonito quedarse dormido sobre el césped del parque. Pero carajo, siempre saldría algo que lo estropearía.

—Pues muy bien. —El detective miró al obstinado negro y pensó

en lo satisfactorio que habría sido pisarlo y sentirlo crujir bajo los pies—. Como usted diga —le comentó señalando el teléfono.

El sospechoso comenzó a marcar un número. El capitán Fortunato Randazzo, comandante del Distrito Noveno, puesto al que había sido ascendido seis meses antes, atravesó la oficina de la comisaría y se dirigió directo hacia McKibbon. Desde su ascenso, se le había oído comentar por lo bajo que unas fuerzas desconocidas de la jerarquía del número uno de la Police Plaza conspiraban para matarlo.

—Me enviaron a este asqueroso basurero porque sabían que me daría un ataque. El crimen perfecto, los muy mamones.

Hundiendo un dedo en el pecho de McKibbon, Randazzo, que era un tipo grande, de cabello tan negro que no podía creerse que aún lo conservara de ese color, rugió:

—¿Dónde diablos está Noah? Sus vacaciones terminaron hace dos horas. ¿Qué se ha creído, que ya lleva tanto tiempo por aquí que no hace falta que respete las normas?

McKibbon miró de soslayo a la tortuga que cuchicheaba al teléfono y repuso:

—Es culpa mía, capitán. Anoche me telefoneó a casa. Shannon no se sentía bien, de modo que no se pondrían en camino tan pronto como había planeado. La mujer está a punto de parir, ya sabe. Tiene que ir con cuidado. Ya le dije que no deberían haber hecho el viaje.

—A ella no le va a pasar nada —comentó Randazzo—, es joven y fuerte. Pero es él el que tendría que estar preocupado por embarazarse a su edad. De todos modos, gracias por el mensaje. ¿Tienes algún otro por ahí guardado, digamos del mes pasado o del año pasado quizá? Si tanto te cuesta recordarlos, podrías hacerte unas marcas con tinta en la mano.

—¿Tiene tinta blanca, capitán?

—Muy sensible, chico. Todo el mundo por aquí tiene unos sentimientos tan tiernos que es un milagro que no se pasen el día vomitando. Quiero ver a Green en cuanto aparezca. ¿Crees que podrás acordarte de eso sin tener que dejar pendiente todo lo demás?

—Ya sabe cómo son las cosas, capitán —dijo McKibbon con una sonrisa—. ¿Qué es lo que me acaba de pedir?

—Es una conjura —bufó Randazzo alejándose de allí—. Quieren matarme. Y le han pedido a McKibbon que se encargue de ello. Siempre que un ítalo llega demasiado alto, ocurre lo mismo. Recuérdalo, Cassius —agregó Randazzo volviéndose hacia McKibbon—, avísame en cuanto regrese. Tengo un nuevo compañero para Green mientras tú estés fuera.

2

A LA MAÑANA SIGUIENTE, en el duodécimo piso de la jefatura ubicada en el número uno de Police Plaza, en el centro de Manhattan, el jefe Wilfred Mulvaney, director de la División de Asuntos Internos del departamento de policía, estaba sentado ante su escritorio. La DAI tiene la misión de vigilar a la policía: descubrir la corrupción y cualquier otra forma de comportamiento delictivo, concebible e inconcebible, dentro del departamento.

La oficina del jefe estaba en la parte posterior, más allá de una zona de recepción y unas filas de archivos cuyo contenido quedaba asegurado por candados y barras de acero.

Wilfred Mulvaney era un hombre alto, voluminoso, de casi sesenta años; tenía el cabello plateado, espeso y ondulado, llevaba gafas bifocales de carey, y habitualmente tenía un aire de placentera expectación. Si las persianas no hubieran estado siempre echadas, desde las ventanas del despacho podría haber visto parte del Barrio Chino. En cambio, sobre las paredes, podía ver un enorme mapa con los distritos policiales numerados de las cinco divisiones municipales, una fotografía en color de una sospechosa osa polar con sus dos crías retozonas, fotos autografiadas de John F. Kennedy, James Michael Curley y Adam Clayton Powell, y un dibujo de santo Tomás Moro. En la pared opuesta al escritorio del jefe había una hoja de papel blanco enmarcada en madera con la sentencia:

Sobre el escritorio del jefe, además de una pila enorme y ordenada de papeles, había una foto de tres jóvenes altos, de cabello oscuro, que tendrían unos veinte años; todos estaban de pie muy tiesos, detrás de una señora sentada, de cabello castaño, que rondaría los cuarenta y tantos y que presentaba un aspecto delgado y severo. Y, junto a la fotografía, un florero que en esa mañana de mayo contenía una rosa amarilla.

Además, sobre el escritorio del jefe estaba el correo de la mañana. A nadie le estaba permitido abrir el correo del jefe, porque las fuentes de información en la División de Asuntos Internos son mantenidas en secreto; era el jefe Mulvaney el que decidía —cuando las fuentes aparecían citadas en la correspondencia— quién debía manejarlas. Y a veces el único que las manejaba era él.

Esta mañana, una de las cartas no llevaba remitente ni dirección. Mulvaney la levantó por una esquina y la separó de las demás, pero no la puso demasiado lejos. Cuando hubo clasificado el resto de la correspondencia, Mulvaney puso una uña en el borde inferior de la carta que no llevaba remitente y lentamente la abrió con un cuchillo que empuñaba con la otra mano.

En una hoja de papel amarillo pautado, alguien —no figuraba la firma— había escrito en letra de imprenta:

POR LA PRESENTE LE INFORMO QUE EN EL DISTRITO NOVENO HAY CORRUPCIÓN.

UN DETECTIVE VENDE INFORMACIÓN A VARIOS ABOGADOS DEFENSORES. SE LLAMA NOAH GREEN. SU COMPAÑERO, SAMUEL McKIBBON, PARECE ESTAR LIBRE DE CULPA. LE CONVENDRÍA ECHAR UN VISTAZO A CÓMO MANEJA LAS PRUEBAS EL EQUIPO DEL COMANDANTE CASE.

Mulvaney se rascó la nariz, silbó unas cuantas notas de *The Wild Colonial Boy*, cogió el teléfono y dijo suavemente:

—Jeremy.

Un hombre delgado, calvo, ligeramente encorvado, de unos cuarenta años, con cara pálida y brillantes ojos negros entró en el despacho, se fijó en el escritorio, se inclinó con las manos en los bolsillos y leyó la hoja de papel amarillo.

—Le importa un carajo lo del equipo del comandante Case —dijo Jeremy—. Lo puso para que no pareciera una venganza contra el tal Green.

—¿Quién será este amigo tan servicial? —inquirió el jefe

mirando primero la carta y luego a Jeremy.

—Tiene que ser un policía. ¿Quién de fuera habría oído hablar si no del equipo del comandante Case?

—Puede ser —dijo el jefe—. Aunque también podría tratarse de un bromista. Pero un bromista elegiría algo más... digamos... vivido. Como un homicidio. Jeremy, estoy de acuerdo contigo. Provisionalmente. En cuanto a lo que alega la carta, si no recuerdo mal, el único asociado que tenemos en el Noveno ha salido de la Academia hace un par de meses. Si hubiera algo de cierto, no tendrá manera de enterarse, y menos siendo un muchacho verde que acaba de estrenar el uniforme. Y si intentara encontrar la forma de hacerlo, se volverían contra él y se lo comerían crudo, pobre chico.

—Randall Dickerson está allí ahora —informó Jeremy—. Después de que lo ascendiera a detective, cuando acabó con nosotros, se fue a Midtown South y ahora está en el Noveno.

Mulvaney sacó una cajetilla de Dunhill y encendió un cigarrillo. Luego dijo:

—Hace mucho tiempo que trabajó para nosotros. Mucho tiempo. Él también acababa de salir de la Academia, pero fue un genio desde el principio. Era fantástico cómo se cubría las espaldas. Sin embargo, es probable que ya no le gustemos, lleno como estará de las mieles de la lealtad hacia sus compañeros, tanto hacia los tipos buenos como hacia los ruines. De todos modos, Jeremy, ¿por qué no averiguas, discretamente, cómo encaja Randall allí, especialmente cómo encaja con Green? Entonces puede que hablemos con Randall. No creo que deseara rechazar una petición de su ex rabino.

El jefe volvió a mirar la hoja de papel amarillo y agregó:

—Y a ver qué puedes averiguar sobre el tal Green. Sin preguntar, ya me entiendes.

—Fortunato Randazzo es el nuevo comandante del Noveno —le recordó Jeremy observando especulativamente a Mulvaney.

—De ninguna manera, es la última persona que quiero que se entere. Se tomaría como una cosa personal eso de que uno de sus hombres esté bajo sospecha, y lo estropearía todo intentando cazar a Green antes que nosotros. No, procederemos como de costumbre. Por nuestra cuenta. Lentamente y con suavidad. ¿Alguna vez has escuchado el tema de Fats Waller llamado *Sweet and Slow*? Pues

igual.

Jeremy repuso que no, y más tarde se recriminó por no haber mentido.

3

DOS SEMANAS MÁS TARDE, poco antes de las siete de la mañana, un puertorriqueño delgado pero fuerte, de unos dieciocho o diecinueve años, con aspecto de pirata generoso, caminaba por la avenida C

en el Lower East Side. Silbaba una graciosa melodía y se acompañaba con golpeteos en staccato sobre los techos de los automóviles, las persianas de las tiendas y su propia cabeza. Admirado, se detuvo a observarse las manos duras y delgadas, ansioso por aplicarlas a un bongó, pero estaba a punto de conformarse con la tapa de un cubo de basura cuando vio emerger de éste una mano.

Sacó un pañuelo del bolsillo trasero y lentamente levantó la tapa. Volvió a colocarla a toda prisa y echó a correr, al tiempo que hurgaba en los bolsillos buscando una moneda de veinticinco centavos, y se dirigía hacia una cabina de teléfonos de la esquina.

—Mierda —dijo, al ver que el teléfono había sido arrancado de la cabina y que ésta tampoco tenía aspecto de estar muy firme—. Mierda —volvió a repetir golpeándose la rodilla con un puño—, ¿dónde diablos creo que estoy?

A toda velocidad se dirigió a la manzana siguiente; llegó a una tienda de alimentación, miró por la ventana, vio a un joven de su edad descargando una caja de leche y golpeó con los nudillos en el cristal.

—¿Tienes teléfono? —inquirió al abrirse la puerta.

El otro muchacho señaló hacia el fondo de la tienda, se escarbó

juiciosamente la nariz y volvió a salir a la calle donde se divirtió ladrándole a un gato.

Una vez en el teléfono, en la parte trasera de la tienda, el adolescente marcó un número, escuchó un profundo gruñido y dijo:

—Levántate, que a quien madruga Dios le ayuda, y vaya si tengo una buena para ti. En un cubo de basura, en la avenida C

, en el lado este, cerca de la esquina con la Segunda, frente a ese sitio donde reparan televisores.

—¿Qué cuernos hay en el cubo de basura? —preguntó una voz ronca al otro extremo. Y a continuación, una voz de mujer dijo—: Noah, .Noah, ¿ha ocurrido algo? —Y después se oyó el llanto de un bebé.

—Alguien que una vez fue, pero que ya no es más —respondió el adolescente—. El cuerpo quedó en la basura, pero el alma estará brillando por alguna parte. ¿Qué te ha parecido eso? Podría ser la letra de una canción. Me imagino a Stevie Wonder con un clarinete bajo, trompeta con sordina, cuerdas...

—Cielos, Angel, ¿qué has encontrado?

—Una señora. Vi la cabeza de una señora. No quise tocar nada, ¿me entiendes?

—Gracias —replicó Noah Green—. Estoy en deuda contigo.

—Claro que sí. Ya llegará la hora.

—Que tengas un buen día, *pisher*.^{[1][*]}

—Lo mismo digo, pichabrava.

4

VEINTE MINUTOS MÁS TARDE, un coche sin distintivo alguno, en el que Randall Dickerson iba al volante, recogió a Noah Green. Dickerson, un hombre negro de unos treinta y cinco años, aparentaba diez menos. «En realidad —pensó Green mientras acomodaba su voluminoso cuerpo en el otro asiento—, el tipo parece sin marca alguna. Como Billy Eckstine. Suave, verdaderamente suave, sin que nada lo marque».

—¿Adónde fue Sam de vacaciones? —preguntó Dickerson.

—A Wyoming. ¿Te parece posible? El tío está leyendo una revista de viajes en una barbería y de repente, lo único que quiere hacer más que ninguna otra cosa en su vida, es bajar por el río Snake en balsa. Dice que tiene que desintoxicarse y que ése es el lugar.

—¿Crees que volverá? —inquirió Dickerson sonriendo sin apartar la vista del camino.

—Le doy cinco días de plazo —respondió Green—, incluyendo el tiempo del viaje. A lo sumo seis, si se ahoga en ese río *goyishe*^[*].

—Quería preguntarte por la placa de bronce que hay fuera de la comisaría —comentó Dickerson—. Esta mañana me he fijado en ella. Quiero decir que ya la he visto en anteriores ocasiones, pero sin verla de verdad, ya sabes. ¿De qué es?

—Dice: «A los patrulleros Rocco Laurie y Gregory Foster. Asesinados mientras estaban de servicio en el Distrito Noveno, 27 de enero de 1972». Y continúa diciendo, si no me equivoco demasiado: «Sirvieron a su país en la Infantería de Marina de los

Estados Unidos durante la guerra del Vietnam, y con su muerte, nos dan un brillante ejemplo de hermandad racial que nos enorgullece, por lo que los proclamamos miembros de nuestra asociación de hermanos».

Dickerson permaneció callado durante un momento y luego inquirió:

—¿Fueron ellos quienes pidieron ir juntos?

—No, que yo sepa —repuso Green con una sonrisa—. Randall, creo que nos llevaremos bien.

Pasaron por delante de una manzana en la que no había nada más que grava y un edificio derruido de siete plantas, con agujeros en el lugar donde antes habían estado las ventanas. En un costado del edificio, en pintura roja desteñida, se leían las proclamas:

SIN CALEFACCIÓN, NO HAY ALQUILER.

—El truco —dijo Green—, consiste en dejar que la naturaleza siga su curso. Sin calefacción, no hay alquiler, si no hay inquilinos, no hay disputas.

En la esquina había un cartel enorme en las ventanas del último piso de un edificio de oficinas. Decía:

DR. FABBIO

Y debajo del nombre se veía el dibujo de un diente. Nada más.

—Una vez más —dijo Green— vemos un ejemplo de adaptación natural. Los niños salen del colegio sin saber leer, pero cuando les duela una muela, no tendrán ninguna dificultad para encontrar al doctor Fabbio.

Media manzana más abajo, un hombre blanco de unos veinte años se apeaba de un venerable Volvo verde con matrícula de Nueva Jersey.

—No tenemos tiempo para ése —dijo Green—. Cuando se convierta en cadáver, entonces haremos un alto en el camino.

Mientras el coche proseguía su recorrido, el joven de Nueva Jersey, más por costumbre que por preocupación, se volvió para echar un vistazo, fue calle abajo y se detuvo ante un edificio abandonado. En la pared faltaba un ladrillo, y en el hueco, el hombre de Nueva Jersey deslizó un sobre. Al cabo de unos

segundos, el sobre desapareció y desde dentro deslizaron otro hacia él. El muchacho se guardó ese sobre en el bolsillo de la chaqueta y, sin volverse a mirar a su alrededor, subió a su coche y regresó a Nueva Jersey.

5

AL MISMO TIEMPO que Green y Dickerson llegaban al cubo de basura, un hombre alto, huesudo, vestido de beige, incluso su gracioso sombrero de vaquero y la piel, se reclinaba contra la pared de una sinagoga abandonada de la calle Siete Este, cerca de la avenida D. Las ventanas del edificio de dos plantas no tenían cristales, pero a pesar de ello seguía anunciándose como *Bais Hamedrash Hagadol Anshe Ungarin*.^[*] La puerta de paneles era más bien imponente. No tenía cerradura.

—Muchacho —le dijo el vaquero con voz suave y clara a Angel, que pasaba en ese momento—: quédate un momento.

—Me gustaría, pero tengo que ir al colegio, Arthur. Nos veremos.

—Que te quedes —insistió Arthur sin levantar la voz.

Con un suspiro, Angel se detuvo, manteniéndose fuera del alcance de los largos brazos beige.

—Me estás evitando, muchacho —comentó Arthur con una sonrisa disimulada.

—Vamos, Arthur, sabes que tengo que ir al colegio y después a trabajar donde pueda. Ya sabes el panorama que tengo en casa.

—Es una pena lo que tienes en casa. No hace más que estarse sentada, beber y dormir todo el día y toda la noche. Podría hacerte un gran favor, muchacho, aunque supongo que con tu madre eres un sentimental. Pero que me jodan si sé quién la echaría en falta.

—Cuando me llegue el momento de montarme la campaña para gobernador, si la gente se entera de que he pagado a alguien para

cargarme a mi madre, sería el fin —dijo Angel con una sonrisa forzada.

—Necesito un ayudante —le comentó Arthur sin devolverle la sonrisa.

—¿Un ayudante para hacer qué? —preguntó Angel apartándose unos centímetros más.

—Cien dólares diarios, y los domingos libres. Eso para el período de prueba. Luego la cosa aumenta espectacularmente.

—Tengo que saber qué se espera que haga —insistió Angel dando un respingo al ver una enorme rata marrón entrando en la sinagoga, por un agujero de la puerta de paneles.

—Control de calidad —respondió Arthur arqueando lentamente la espalda—. Serás mis ojos y mis oídos para enterarte de cómo van ciertas cosas cuando yo esté ocupado en otra parte.

—¿Qué clase de cosas?

—Angel, no se te da bien eso de hacer el tonto.

—¿Para quién trabajaré, para Chin, Rodríguez o quién?

—Sigue haciéndote el tonto. Trabajarás para mí. Si te pasas de listo, acabarás muy mal.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me has escogido a mí?

—Porque eres subnormal y éste es un negocio en el que se ofrece igualdad de oportunidades. ¿Por qué juegas a estos juegos conmigo, Angel?

Angel se sentó y se reclinó contra la valla de la sinagoga abandonada y repuso:

—No puedo aceptar, Arthur.

Dos ratas más se pasearon por la sinagoga. Angel sintió frío.

—¿Por qué? —preguntó Arthur. Su voz era aún más fría.

—Oye, ¿cómo es que no cumpliste condena, cuando Noah Green te cazó hace un par de años? —inquirió, cambiando de tema.

—¡Ja! —sonrió Arthur—. Permitiré que me distraigas por un momento, porque se trata de una historia útil para un chico en edad de crecer. Muchacho, la más vil mentira que cuentan sobre nosotros, los negros y latinos, es que cualquier judío es más listo que todos nosotros juntos. Pues bien, yo jodí al judío. Sí, me cazó, pero lo primero que le pregunté fue dónde tenía la orden de registro para cachearme.— Entonces, el tío va y empieza a decirme que no la necesita cuando ha arrestado a alguien legalmente y mientras

está hablando, el estúpido del judío se olvida de leerme mis derechos.

—¿Quieres decir que admitió ante el tribunal no haberlo hecho?

—No, claro que no. Es un poli. Mintió. Pero sabía que yo le obligué a mentir, y eso lo carcomió por dentro. Un negro le hizo pringarla y tuvo que mentir. Se podría decir que le produje un pequeño cáncer. Y eso fue una gran satisfacción.

—¿Pero cómo lograste salir? —inquirió Angel.

—Ocurre que mi nombre nunca figura en ninguna parte. En aquel negocio, el de Barney, yo era una especie de director de la oficina, por lo que me aseguré de que mi nombre no apareciera en los libros ni en los papeles.

—Pero los traficantes y las putas que cazaron te conocían, pudieron haber salvado su situación denunciándote.

—Muchacho —repuso Arthur acariciando la hebilla de turquesa de su cinturón—, nadie en su sano juicio haría una cosa así. Por Dios, si hasta yo mismo odiaría estar en los zapatos de quien hiciera algo semejante. ¿Y bien, Angel, por qué no te apresuras en abrazar la extraordinaria oportunidad que te ofrezco de hacer carrera?

Angel se incorporó, reunió valor, miró los ojos verdes de Arthur, apartó la vista y repuso:

—Vale, te diré la verdad. Quiero probar otra forma de hacer las cosas, Arthur. Si elijo la tuya ahora, sólo tendré la tuya. ¿Me explico?

Arthur asintió con la cabeza.

—Eres demasiado listo para probar ninguna otra forma que no sea la mía, muchacho. Pero sé que tienes que probar. Para eso está la juventud. Ve, ve a comprobar qué es lo que hay ahí fuera. Y verás que todo el mundo es como la avenida D, Angel. Y como la A y la B y la C. En todas partes es igual. Has de hacérselo a ellos antes de que ellos te lo hagan a ti. Es así desde que el mundo es mundo. Y antes, incluso. Que pases un buen día, muchacho.

6

AQUELLA MAÑANA, a las ocho y cuarto, en la Octava avenida, en una cafetería que gozaba de gran parte del encanto que encierran unos lavabos del metro, Jeremiah Riordan esperaba que el bar de al lado abriera.

Tenía cerca de los setenta años, abundante cabello blanco, ojos fríos y azules, y en una época había sido comandante de la Primera Brigada de Homicidios, pero ahora estaba jubilado.

Ante él tenía desplegado el *The New York Times*, pero no lo leía, sino que miraba por la ventana a los involuntarios madrugadores que, arrastrando los pies, entraban en la boca del metro.

—Aquél —dijo Riordan a la pelirroja dulce, redondita y de edad indefinida que estaba junto a él—, el que va mirando el suelo, ayer o anoche hizo algo por lo que podrían caerle treinta años sin libertad condicional. No lo digo sólo porque no mire al frente, sino por la forma en que todo su cuerpo espera que lo esposen.

La pelirroja sacó de un bolso grande de tela de tapicería un frasco de plata y se sirvió unas gotas de *brandy* en el café. Con voz ronca y alegre le dijo a Riordan:

—Podrías equivocarte. Quizá podría tratarse de un inocente al que persigue un tipo que contrataron para cargárselo.

—No sé para qué me molesto —comentó Riordan suspirando y sacudiendo la cabeza—. ¿Para qué perdería el tiempo un asesino a sueldo en perseguir a un inocente? Claire, no piensas las cosas.

—Ya —repuso con una sonrisa—. Pero podría tener tanta razón como tú sobre aquel tipo —dicho lo cual, le dio unos golpecitos eh

la mano a Riordan y agregó—: Ya lo sé. Ya lo sé. Echas de menos al cuerpo, ¿no es así, cariño?

—¿Y tú echas de menos despertarte y saber que tienes toda la vida por delante? ¿Echas eso de menos, Claire? ¿Echas de menos el que te esperen en alguna parte?

—Y el que te teman en alguna parte —agregó ella con una risita—. ¿Es eso a lo que te refieres, cariño?

—No hace falta que te esperen en ninguna parte para ser temido —comentó Riordan, permitiéndose esbozar una sonrisa afligida—. En absoluto. —La miró una vez, luego volvió a mirarla y le dijo—: Pues bien, en lugar de irnos aquí al lado, ¿me acompañarás después del desayuno a celebrar la vida que nos espera?

La mujer bajó la cabeza, levantó la vista para mirarlo a través del flequillo y le contestó—: Teniente, no habría nada que me gustara más. He soñado con este momento desde el día en que nos conocimos.

—Al anochecer, si parece que fue ayer —comentó él en voz baja— cuando aquel latino enorme, al lanzar al enano amarillo, lo hizo recorrer toda la barra hasta derribarte a ti, que estabas en el otro extremo.

—Y sólo tú viste que había algo nuevo en el suelo —comentó ella apartándose el cabello de la cara—. Vamos, Jeremiah, quiero estar a oscuras y que me hables de asesinatos.

7

HABÍAN CORTADO EL CADÁVER por la cintura. Una búsqueda exhaustiva y bastante repugnante por cientos de cubos de basura, manzanas enteras destinadas exclusivamente a la basura, sótanos, basureros y otros sitios en donde podrían haber arrojado los trozos de un cadáver, no había logrado dar con la otra mitad del cuerpo de esta mujer blanca, de unos veinte años.

El forense estaba examinando la parte superior del cadáver.

—Con ésta, el *schmuck*^[*] se dará el gusto —dijo Green mientras él y Dickerson se acomodaban en un reservado de una cafetería de la Segunda avenida—. Saldrá en los diarios, en los servicios de noticias, en la televisión y, en medio de todo, con el bigotito movedizo, estará el doctor Harvey Bloustein. ¿Quieres apostar algo a que antes de que acabe esto, al tío se le traspapelará la parte superior del cadáver? En una ocasión hasta llegaron a perderme un cadáver ahí dentro. Fue una suerte que el acusado hubiera matado a dos personas.

Apareció una camarera y tomó nota de lo que querían. Green encendió un cigarro y continuó diciendo:

—Randazzo se pondrá muy, pero muy mal. Se vuelve loco cuando faltan partes. Todavía tenemos un caso pendiente, desde hace tres años, que carecía de cabeza y de piernas. Lo encontraron en el río. Desnudo. A veces, cuando entro en su oficina, pesco a Randazzo mirando ese expediente y gruñendo. Y cuando digo gruñendo, es que el tío gruñe de verdad.

—A pesar de toda la basura, era guapa —comentó Dickerson.

—No es mi tipo —opinó Green, pinchando una salchicha—. Demasiado joven, demasiado subdesarrollada. —Bebió un sorbo de Seven-Up dietética y prosiguió—: De todos modos, no creo que la dejaran aquí tirada. Estaba aquí por algún motivo, por droga, tal vez. Los del gabinete de identificación le sacaron algunas fotos; no tenía la cara demasiado marcada. Pediremos unas cuantas copias y las mostraremos por ahí.

—¿No has tenido ninguna novedad de alguno de tus confidentes? —inquirió Dickerson.

—Todavía no. Algunos de ellos no salen de sus ataúdes hasta la noche.

—¿Y qué hay de la llamada anónima que te despertó, la voz sigue sin sonarte?

—Sí —mintió Green.

8

ESA TARDE, A LA UNA, uno de los más destacados abogados de la ciudad de Nueva York, según el perfil trazado en la primera plana de la edición de ese día del *National Law Journal*, abandonó su despacho situado en la parte baja de Broadway para ir a almorzar. Jason Mendelssohn tenía unos cincuenta años y un aspecto de tren que dejaba patente con cada paso. El letrado bajo y musculoso se abría paso entre las multitudes, cruzaba las calles con luz roja, ya sea leyendo un sumario o hablándole a un magnetófono, o ambas cosas a la vez.

Nadie había visto nunca descansar a Mendelssohn. Ni siquiera cuando iba a dormir, porque se acostaba en un cuarto distinto del que ocupaba su mujer. No porque hubiera entre ellos hostilidad alguna, sino porque a él le gustaba tener a mano los voluminosos expedientes de los casos que llevaba, ya que si en mitad de la noche se le ocurría alguna idea, entonces se ponía a trabajar sin levantarse de la cama.

Llevaba el pelo negro grisáceo corto y erizado. Y era manco. Mendelssohn se negaba a revelar dónde había ido a parar su brazo izquierdo, o si alguna vez lo había tenido, y se negaba a que le colocaran uno ortopédico porque, como él decía: «Me pasaría todo el tiempo preocupado por si se me caía ante el jurado, y en esta ciudad, el maldito jurado llegaría a la conclusión de que se trataba de una estratagema para lograr su comprensión y pondrían a mi cliente a parir».

Mendelssohn y Noah Green habían ido juntos a la escuela en

Brooklyn, y ambos eran unos fanáticos del jazz. Mientras sus compañeros de clase recitaban de memoria los resultados de las carreras o todo el equipo de lanzadores de los Brooklyn Dodgers, los New York Giants y los Yankees, Mendelssohn y Green no cesaban de poner a prueba sus conocimientos mutuos acerca del personal de grabación y de los cambios ocurridos en las grandes bandas y las pequeñas orquestas de jazz.

Se hacían preguntas como: ¿Cuál es el pianista de vanguardia, ahora famoso, que trabajó con Johnny Hodges y su pequeña orquesta después de que «the Rabbit» (Hodges) dejara a «Duke» (Ellington)?

—¡Cecil Taylor! —solía rugir Mendelssohn con todas sus fuerzas.

Más o menos cada seis meses, Mendelssohn y Green almorzaban juntos. A menos que Green tuviera que atestiguar o estuviera implicado en el arresto de algún cliente de Mendelssohn. En ese caso, el almuerzo debía esperar hasta que concluyera el juicio.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Mendelssohn al tiempo que tomaba un sorbo de cerveza en el Bar y Grill de Gudaitis, de la calle Essex, donde no comía nadie respetable, ni siquiera los criminales de categoría—. Ya sabía todo lo que me comentaste sobre Blondie. Ha salido en *The Post*. Bueno, al menos la mitad de ella.

Ni a Green ni a Mendelssohn les gustaba gastar mucho en restaurantes, por eso preferían el de Gudaitis. Ambos seguían siendo fieles a las convicciones de la infancia: «Cuando gastas dinero en comida, ¿qué te queda? Pero si compras un libro o un disco...».

—Oye, quiero hacerte una pregunta —dijo Mendelssohn contemplando su pastrami con centeno con la misma expectación como si lo estuviera sometiendo al turno de repreguntas.

—Pregunta —le invitó Green mordiendo un encurtido.

—Es sobre mi hijo.

—A estas alturas se habrá graduado ya.

—Con matrícula —dijo Mendelssohn frunciendo el ceño—. Con matrícula en filosofía. Pues bien, nunca tendrá suficiente dinero como para que su hijo se gradúe con matrícula en filosofía a menos que yo se lo dé. Pero no estaría mal que se colocara como profesor en alguna parte. Tiene una cierta clase. Pero el muy *shmendrick*^[*] de mi hijo no quiere enseñar filosofía. No quiere enseñar, aunque le comprara una cátedra. Quiere estar —Mendelssohn hizo una pausa

para tomar otro sorbo de cerveza y siguió— activamente comprometido con los tiempos que vive.

—Como su papá.

—No, no —refunfuñó Mendelssohn—. Según él, los abogados son muy taimados, muy manipuladores, muy pagados de sí mismos. Muchas gracias, desgraciado. Si pensabas que el dinero era sucio, ¿por qué no te fuiste de casa? En fin, que parece que Abner ha encontrado su verdadera vocación. El verano pasado trabajó, gratis, por supuesto, en el *The Fire Island News*, y firmó con su nombre un artículo, varios artículos. En su vida se había sentido tan bien, ni siquiera cuando se pasaba el día con un morral lleno de hierba frente a la cara. Lo que pregunto es... y ya me siento incómodo..., ¿cuál fue la última vez que me viste incómodo?

—Cuando llamaste *mamser*^[*] a la señorita Neapolitano, la maestra de quinto de básica y no sabías que era judía y estaba casada con un italiano.

—Ya, pero era una *mamser*. ¡Tío, vaya *mamser* era ésa! ¿Crees que Shannon podrá hacer algo por el inconstante de mi hijo?

—La mejor forma de tratar con Shannon es directamente. Llámala. Volverá al periódico en cuanto encuentre a alguien de confianza que se encargue del niño durante todo el día, pero está al tanto de lo que ocurre en el despacho, si hay alguna posibilidad y para qué.

—No lo comentes con nadie, ¿vale? —pidió Mendelssohn al tiempo que mediante señas solicitaba otra cerveza—. No quiero que se sepa que le pido favores a los policías. Si se supiera, me lloverían los clientes, nunca llegaría a casa y un buen día, me quedaría encallado en la oficina para siempre. Hay que prever las cosas, Noah.

9

A LA MAÑANA SIGUIENTE, a las siete, un anciano negro, delgado pero no frágil, con la espalda erguida como una regla, los ojos fijos al frente, dio tres veces la vuelta a la manzana y luego se detuvo ante el kiosco de diarios de

St. Mark's

Palace. Se sirvió un *Times*, un *Wall Street Journal* y tres paquetes de Lucky Strike.

—¿Sabes? —le dijo el gordo vendedor de periódicos a Angel—, podrían soltar la maldita bomba justo allí —prosiguió, señalando la acera frente al kiosco—, y al día siguiente todos estarían achicharrados, tendidos sobre la calle, y otros vomitando veneno, y ese tipo vendría aquí, daría su matutina vuelta a la manzana y pararía para comprar los periódicos. Cada maldita mañana viene a la misma hora en punto. Nunca me ha saludado. Nunca me ha dicho nada. Yo podría ser una máquina en la que metes una moneda y sacas el diario. No sé quién es, no sé a qué se dedica. Y así durante catorce años. Me da grima.

—Sé a qué se dedica, Sol —comentó Angel frívolamente—. Al menos sé a qué se dedicaba. Era estenógrafo del tribunal. Supongo que se hizo demasiado viejo. Y ahora es mensajero.

—¿Cómo diablos lo has averiguado?

—Me picó la curiosidad, igual que a ti, entonces me propuse la tarea. Suelo hacerlo con frecuencia. Voy a muchos lugares. En fin, que sigo al viejo hasta su trabajo. Echo un vistazo para asegurarme de que alguno de los míos trabaja allí, y resulta que sí, que hay un

paisano mío allí, y así averiguo lo que quiero saber. No es nada del otro mundo.

—Angel, nunca dejas de sorprenderme —dijo el dueño del kiosco sacudiendo la cabeza—. Eres tan listo que no comprendo por qué no te has dado cuenta de que si te quedas aquí, estarás muerto para Navidad. Si no es la de este año, será la del próximo.

—¿Adónde se supone que debo ir, Sol? —inquirió Angel con una sonrisa—. ¿Vas a llevarme a tu casa en Jersey?

—Aah, era broma. Acabarás el bachillerato, irás a la universidad, y volverás para presentarte como alcalde, entonces, ya ni te acordarás de mi nombre.

—Te diré una cosa —dijo Angel seriamente—. Ese viejo me preocupa. Nunca dice nada a nadie y tarde o temprano, alguien se mosqueará por eso. Es como si anduviera buscándose. «No os fijáis en mí, ¿eh? ¿No valgo como para que os fijéis en mí?». ¡Paf! Será alguien nuevo en el barrio, no alguien que esté acostumbrado a él.

—Angel, siempre estás pensando. A mi hijo le vendría bien tener esa enfermedad. ¿Sabes? Los judíos ya no son lo que eran. Ahora los inteligentes, y lo veo aquí cada día, están entre los orientales, los indios, y la gente como tú. Creo que a los judíos ya se nos ha pasado el momento.

—Sol, es una teoría interesante —comentó Angel frotándose la nariz—. Creo que me impondré realizar una investigación sobre el tema.

—Oye, Angel —dijo Sol bajando la voz hasta convertirla en un susurro—, si te encontraras con mi hijo, ¿podrías adivinar si está drogado? ¿Y qué clase de droga toma?

—Puede ser —repuso Angel rascándose la cabeza—. Siempre que no lo viera por muy poco tiempo. E incluso si fuera por un minuto creo que podría adivinarlo igualmente. ¿Cuánto tiempo te parece que anda en esto?

—No sé si anda en algo o no —gruñó Sol—. Es sólo un presentimiento. Ya no para en casa. Y cuando está con nosotros, no tiene nada que decir. Es como si fuera de otro mundo.

—¿Va a la escuela?

—Sí —suspiró Sol—. Lo compruebo casi cada día. Y la mayor parte del tiempo está allí, pero Shel no fue nunca muy amante de

los libros. Es un misterio terrible.

—Tráetelo por aquí —sugirió Angel dándole unas palmaditas en el hombro y para sí pensó: «Tiene razón. Los judíos ya no son lo que eran».

El camión del *New York Post* se acercó al bordillo y un tipo musculoso que iba sentado junto al conductor se apeó desganadamente y lanzó al suelo una pila de periódicos atados con un cordel que fueron a caer junto al kiosco. Sol y Angel bajaron la vista para leer el titular: RUBIA ENCONTRADA EN LA BASURA.

Angel sacudió la cabeza y dijo:

—Sólo la basura conoce la basura.

Un hombre alto, sereno, de raza negra se detuvo ante ellos. Les mostró la foto de la cabeza de una rubia muerta, de unos veinte años y les dijo:

—Caballeros, soy el detective Dickerson, del Distrito Noveno. ¿La han visto ustedes por aquí últimamente, o quizá no tan últimamente?

—¿Es la que encontraron en la basura? —inquirió Sol sin tocar la foto.

—Sí, efectivamente.

—No —repuso Sol—, nunca la he visto.

Angel le cogió la foto a Dickerson, la miró atentamente, sacudió la cabeza y dijo:

—He visto a una parecida a ella, pero no eran la misma persona.

—¿Está seguro? —inquirió el detective.

—No lo juraría —respondió Angel mirándolo a la cara—. Pero no me recuerda a nadie.

—Si recordaran alguna cosa —les dijo Dickerson entregándoles dos tarjetas—, o bien oyen algo, háganmelo saber.

Sol cortó el cordel, recogió los *Posts*, los colocó en el kiosco y preguntó:

—¿Es cierto que todavía no han encontrado el resto del cuerpo?

—Eso nos costará mucho más de precisar —comentó Dickerson con una sonrisa.

—¿No querrá decir que sólo sería una pieza más para encajar, que han dejado partes del cuerpo desperdigadas por ahí?

—¿Quién sabe? —dijo el detective—. Esto no es Dayton, Ohio, nunca se sabe con qué se va a encontrar uno en esta ciudad.

10

ESA NOCHE, ALREDEDOR de las ocho, Dickerson miraba fijamente al hombre bajito y fornido, de unos setenta años, que se encontraba en mitad de la manzana, rumbo a la calle Cinco Este, entre las avenidas C

y D. Al parecer no se había movido durante la hora y pico en que Dickerson y Green habían mostrado la foto de la recientemente fallecida a todo aquel que encontraron en casa o anidado en los portales.

—¿Será una escultura? —preguntó Dickerson a su compañero.

—Ése es Moishe. Moishe Kagan. Era organizador de los Trabajadores del Vestido, el ILG. Está jubilado. Hace demasiado tiempo que se jubiló. Por las mañanas, estos tipos ya no tienen adonde ir. Al cabo de un tiempo, algunos se limitan a quedarse de pie, en la calle, como si fueran estatuas. Es el caso de Moishe.

—¿Puede mantenerse? —preguntó Dickerson volviendo a mirar a la estatua.

—Claro que sí. Sigue en su sano juicio. Pero ya no tiene en qué emplearlo. Me han comentado que tiene cáncer. Pero en su caso, eso también le durará un montón.

—¿Vive solo?

—Su mujer lo abandonó —repuso Green.

—Elegió un buen momento.

—Lo abandonó hace cincuenta años —le informó Green sonriendo—. Moishe solía decirme: «Cuando pruebas algo una vez y te pillas los dedos, no vuelves a tocarlo en tu vida». Desde entonces

ha vivido solo.

—¿Por qué lo abandonó?

—Habla con él cuando tengas ocasión. Su encanto te dejará patitieso.

Los dos detectives subieron por la avenida C

para mostrar las fotos en las tiendas y en las bulliciosas esquinas dónde unos jóvenes vivaces sonreían ferozmente a los palurdos cuyos coches paraban en el semáforo en rojo.

Moishe no se había movido de su lugar. Sus enormes ojos azules, ocultos por la masa del flequillo blanco parecían estar observando un alto edificio abandonado, de aspecto tenebroso, que se alzaba solo, en un terreno cubierto de ladrillos, vidrios rotos y excrementos.

—Tenía una cinturita —dijo Moishe Kagan suavemente— tan pequeña que uno temía agarrarla con demasiada fuerza, no fuera a ser que se le rompiera. Y qué pelo. Tan negro, como... como una pantera. Y los ojos eran... ¿cómo eran? Verdes. ¿De qué otro color si no? Y su perfume, siempre llevaba el mismo perfume. No era agradable, para ser sincero. Penetrante, un poco ácido. Pero miraba esa cintura y, ¿a quién le importaba ya el perfume? Apuesto a que ahora está gorda y huele mal, por más perfume que se eche. Y tendría que aguantármela.

La estatua se echó a reír, también con suavidad.

—¿No irás a quedarte aquí fuera mucho más tiempo, verdad Moe? —inquirió amablemente el enorme policía uniformado, de raza negra.

—¿Qué, acaso eres enfermera ahora? —preguntó Moishe Kagan al tiempo que levantaba la mirada y observaba al policía mostrándole los dientes—. Es raro, porque no pareces enfermera. No violó ninguna ley si me quedo aquí de pie, ¿verdad? Dímelo. Dime qué ley es. ¿Tienes alguna queja de alguien? ¿Quién se ha quejado? ¿O acaso es éste un gueto en el que no se me permite estar después de una cierta hora? ¿Eres mi guardián, o qué?

—Vale, Moe, vale —dijo el policía haciendo gesto de lavarse las manos—. Que duermas bien.

—Buenas noches, enfermera —le espetó el viejo.

11

—¿QUIERES VENIRTE CONMIGO? —preguntó dos horas más tarde a Moishe Kagan una mujer delgada, de raza negra, de unos veintiocho años, que se encontraba apostada en el portal de la esquina de la calle Cuatro y la avenida B. Moishe Kagan le mostró sus dienteitos. La mujer llevaba unos pantalones verdes muy ajustados y una especie de corpiño amarillo.

Kagan se detuvo y le ordenó:

—Date la vuelta.

—¿Guapo, eh? —le dijo ella al tiempo que le daba la espalda y se ponía una mano en las nalgas delgadas y firmes.

—Sólo quiero magrearte y que nos abracemos —comentó el viejo con la voz un poco ronca—. No quiero hacértelo dentro. Y quédate vestida.

—Lo que tú digas, bonito.

—¿Cuánto?

—Por toda la noche, te haré un especial.

—No necesito toda la noche. Ahí dentro, pero bien al fondo, me tomará un minuto. A lo sumo dos.

—Tú sí que sabes lo que quieres y cómo lo quieres —comentó ella y se echó a reír—. Vale, veinte dólares.

—Date la vuelta —dijo el viejo.

—Vamos, que ya has...

—No es para eso.

Sacudiendo la cabeza, la mujer se volvió de espaldas; Moishe se aflojó el cinturón, se metió la mano por debajo de los calzoncillos,

se acomodó el pene tieso, sacó unos billetes, se metió veinte dólares entre los dientes, colocó el resto en los calzoncillos, se subió los pantalones, se ajustó el cinturón, ahuecó la mano y la colocó debajo del trasero de la chica y suspirando le dijo:

—Aquí tienes el dinero. Vamos ahí dentro.

Poco después, Moishe Kagan le dijo a la joven negra:

—¿Sabes? La gente como tú, y no me refiero a los negros, sino a las prostitutas, tiene mala reputación. Dicen que sois peores que la escoria. Pero la verdad es que... —El viejo le sacudió el índice ante la cara—, hacéis un servicio que da placer. ¿Cuántos de los que se llaman decentes —agregó alzando la voz— se ganan la vida dando placer a los demás?

La mujer observó a Moishe Kagan con un asombro rayando en la alarma.

—Deberíais enorgulleceros de lo que hacéis —continuó el viejo hundiéndole un dedo en el hombro—. Porque dar placer es algo bueno. Lo que mi gente llama un *mitzvah*^[*]. Lo que quiero decir es que en estos días, una mujer se convierte en abogado y se pone a trabajar para una empresa jurídica que trabaja para los patrones o la Edison, ¿y a quién jode? Pues jode al trabajador, y su jodienda no le da ningún placer al trabajador. Por no decir algo peor. Y sin embargo, a ella la respetan y a ti, a vosotras, os miran como si estuvieseis enfermas. Lo cual es probable, pero eso es por las condiciones de trabajo en las que tenéis que funcionar en esta sociedad capitalista. No es culpa vuestra.

—Vaya —dijo la mujer negra pasándose la lengua por los dientes pequeños—, eso que dices tiene mucho sentido, ¿sabes? Mucho sentido. ¿Sabes una cosa? Quiero hacer algo por ti. Lo que tú quieras. No te cobraré.

—Déjame que te dé un consejo, jovencita —rugió Moishe Kagan—. Un gran principio del sindicalismo, el principio más grande y más básico del sindicalismo, es que NO DEBES REGALAR NUNCA TU TRABAJO. TU TRABAJO ES LO ÚNICO QUE TIENES EN EL MUNDO.

—¿Ni siquiera a un amigo? —inquirió pasándole un dedo delgado por la mejilla.

—Si empiezas a regalarlo —prosiguió Kagan apartándole el dedo—, no tardarás en tener amigos *schmorrer*^[*] que te chuparán la sangre. Y ningún ingreso. Recuerda lo que te digo. Y otra cosa más.

Antes de cada servicio, tendrías que meterte una pastilla de menta o algo así en la boca.

12

ALREDEDOR DE LAS NUEVE de la mañana siguiente, al jefe Mulvaney lo estaban entrevistando por teléfono para un artículo del *Sunday News* sobre la División de Asuntos Internos.

—Les denominamos miembros de campo —dijo el jefe, dando unas ligeras palmadas al maletín nuevo de cuero marrón oscuro, suave como la mantequilla, que tenía sobre el escritorio—. Son oficiales de policía que actúan como nuestros ojos y oídos en el sitio donde trabajan. Nos informan cuando sospechan que existe corrupción policial o cualquier otra anomalía en el departamento. No, cariño, los miembros de campo no reciben un extra por el trabajo que desempeñan. Lo hacen porque son honrados, y porque quieren formar parte de un cuerpo honrado.

»Sí —prosiguió Mulvaney poniendo los pies sobre el escritorio—, así es, nadie sabe quiénes son, ni siquiera sus comandantes. Son muy pocas, poquísimas las personas de la DAI que conocen sus identidades. —Miró fijamente un defecto que había en el cuero y frunció el ceño—. Pues no le diré cuántos miembros asociados tenemos, sólo le diré que están en todos los distritos y en la mayor parte de las comisarías. Bastará con que le diga, cariño, que todos los policías viven en el temor de que otro policía pueda pertenecer a la DAI.

»Efectivamente —prosiguió el jefe—, los miembros asociados son un cuerpo distinto del de los investigadores a tiempo completo de la DAI. No, jamás pedimos a los miembros asociados que atestigüen contra otros policías. Sus nombres nunca son revelados.

En todo el tiempo que llevo al mando, catorce años y cuatro comisarios de policía, nunca nadie ha descubierto la identidad de un solo miembro de campo. Somos muy, pero que muy cuidadosos al respecto.

Mulvaney miró a Jeremy, su asistente, que acababa de entrar en el despacho a colocar un lote de correspondencia sin abrir sobre el escritorio del jefe.

—¿Cómo dice? —inquirió Mulvaney irguiéndose en la silla y mirando coléricamente al teléfono—. Todo norteamericano, incluidos los policías, tiene derecho a enfrentarse a sus acusadores.

Jeremy le dio la espalda al jefe y rió disimuladamente.

—Le diré una cosa, amiga mía —prosiguió fríamente Mulvaney—. Aquí no lo vemos de esa manera. Los acusadores son anónimos para nosotros. Lo que nos preocupa es la información que obtenemos, si es cierta o es falsa. Pero no crea usted que el acusado no obtiene un juicio justo. La Asociación Benevolente de Patrulleros no aceptaría ninguna otra cosa. Le proporcionan un abogado a todos los policías a los que investigamos, y cada uno de esos abogados, créame, tiene por lema desde tiempos inmemoriales eso de que todo policía es inocente de todo. De modo que se les permite tener abogado y un proceso justo. Pero si conseguimos pruebas de culpabilidad contra ellos, están listos. Acaban en la cárcel. ¿De acuerdo, querida? Si tuviera más preguntas, llame cuando quiera.

El jefe Mulvaney colgó y dirigiéndose a Jeremy, le dijo:

—¿Sabes, Jeremy? Es como una maldita enfermedad. ¡Derechos! Todo el mundo exige tener todos los derechos, y más. Los negros, los maricas, los lisiados, incluso los malditos chinos gritan pidiendo sus derechos. No quieren que haya cárceles. Hay que andar pisando huevos con todo el mundo. Y ahora viene esta tía y me dice que es inconstitucional que los policías corruptos no lleguen a ver a sus acusadores. Sólo falta ahora que me digan que no puedo ponerte una escucha clandestina en tu despacho sin advertírtelo.

El jefe lanzó rugientes carcajadas colmadas de autoestima mientras Jeremy cloqueaba afablemente, a la espera de que Mulvaney se calmara. Entonces dijo:

—En el Distrito Noveno tienen un buen concepto de nuestro ex alumno, el señor Dickerson. Hace su parte, no se pasa el día recordándote que es negro, y ahora trabaja con Noah Green,

mientras el compañero de éste, Sam McKibbon, está de vacaciones. Nuestro hombre no podría estar en una posición mejor.

—Dile a Dickerson que venga a verme —ordenó Mulvaney encendiendo un cigarrillo.

—Ya lo he dispuesto. Mañana a las tres. He comprobado su agenda.

—Bien. Háblame de Green.

—Es increíble —comentó Jeremy recostándose contra la pared—. El muy cabrón es tan decente que algunos de nuestros clientes habituales piden por él para hacer su confesión. No lo digo de guasa. Por otra parte, nunca abandona ningún caso. Es el inspector Javert convertido al judaísmo y a los cigarros baratos. Fuma Robert Burns, ¿se lo imagina? Es el que tiene la mejor habilitación para el trabajo de todo el distrito.

—¿Bebe algo?

—Jefe, sobre eso no hay ni un susurro. Tiene en todos los sentidos unos antecedentes que merecen ser esculpidos en bronce y colgados de la pared de la Academia de Policía.

—¿A qué se dedica cuando no trabaja de ejemplo para todos nosotros?

—Está divorciado y se volvió a casar hace un año. Acaba de tener un niño. Su mujer es reportera. Shannon Leahy, del *The Post*.

—¡Puaj! —exclamó Mulvaney, se puso en pie y se dirigió hacia la ventana—. ¿Es australiana?

—De Boston, jefe. Paisana suya, jefe. Y según me dicen es guapa. Tiene veinte años menos que Green.

—Me suena como si ambos fueran del KGB —comentó Mulvaney frotándose un ojo—. ¿De modo que no hay nada?

—Jefe, quizá sea una pérdida de tiempo hacerle caso a esa nota.

—Puede ser. Pero puede ser que no. Todo me parece demasiado legal. No, hijo mío, seguiremos adelante. Si el señor Green es todo eso que dices, no tiene nada que temer.

—Salvo al temor mismo.

—El cuerpo nunca le ha prometido a nadie un jardín de rosas, Jeremy.

13

CUANDO JEREMY hubo abandonado su despacho, el jefe comenzó a clasificar la correspondencia del mundo exterior. Cuidadosamente colocó en una pila todas las cartas manuscritas y unas pocas mecanografiadas que parecían haber sido redactadas por ciudadanos más que por instituciones. Metió el resto en el maletín nuevo, para leerlas en cualquier momento antes de marcharse a su casa a eso de las siete o las ocho, o quizá a las nueve. Mulvaney tenía por norma no llevarse nunca trabajo a casa.

—Tienes que disponer de unas cuantas horas —solía decirle a Jeremy de vez en cuando— para desintoxicarte la mente de toda esta mierda.

Una vez en su casa, en Gramercy Park, después de cenar, él y su mujer, Mary Lou, se retiraban a la biblioteca a escuchar a Haydn, Mozart, Boccherini, Scarlatti, y en época de vacaciones, a Charles Ives y los Clancy Brothers. Una vez a la semana, después del concierto, bebían champaña, y el jefe llevaba a Mary Lou a la planta de arriba, a la cama. Las demás noches, después del concierto, él se quedaba solo, leyendo los diarios de Boston durante una hora más. Le gustaba seguir en contacto con su ciudad natal.

Claro que algunas noches, el retiro del jefe era interrumpido por una o más llamadas telefónicas. A veces era Jeremy, que le proporcionaba novedades acerca de un miembro de campo aterrado de que sus crueles colegas lo descubriesen. Si bien era cierto que durante el tiempo que Mulvaney llevaba al mando nunca se había descubierto a un solo miembro de campo, un cierto número de otros

policías, a los que desacertadamente se había tomado como soplonos voluntarios de la DAI, habían soportado el disgusto de algunos de los muchachos, y de las chicas, del distrito. Por ejemplo, les tiraban por la ventana todo lo que tenían en los armarios del vestuario. Y después les tiraban también el armario. Las ruedas de sus coches se veían atacadas de la forma más vil. Y en uno o dos de los distritos menos delicados, hubo quien encontró en el asiento delantero de su coche excrementos de dudoso origen. También hubo quien recibió llamadas telefónicas en su domicilio particular, en las que se advertía a algún niño que contestaba que le dijera a su papá que se anduviera con cuidado.

Cuando en un distrito ocurría alguna de estas cosas, el verdadero miembro de campo se ponía nervioso, hasta llegar a extremos de pánico. En esas circunstancias, el jefe recibía una llamada de Jeremy; entonces suspiraba, le tiraba un beso a Mary Lou y dejaba su casa para encontrarse con el funcionario aprensivo en una calle tranquila, en un distrito alejado de aquél en que éste trabajaba o vivía.

Los dos solos. En la mayoría de los casos, al cabo de una hora más o menos, el funcionario pedía disculpas al jefe por su inconstancia, y prometía una devoción aún mayor para mantener el cuerpo limpio. La mayoría de los funcionarios que aguantaban el tipo eran solteros. Para algunos de los que estaban casados, era más difícil llevar la presión a sus hogares y mantenerla a raya. Mulvaney lo comprendía y, a los relativamente pocos que insistían en abandonar su servicio, les agradecía enormemente su trabajo y les advertía que lo único que tenían que hacer a partir de ese momento, era mantenerse en la buena senda.

Las únicas otras interrupciones nocturnas —y eran muy raras— se producían cuando la DAI arrestaba a algún policía metido hasta las orejas en algún asunto de corrupción, pero que se negaba férreamente a admitir un solo cargo. Algunos de estos huesos duros de pelar, se endurecían aún más al promediar la noche, y cuando en la madrugada todavía no habían dado señales de la más mínima claudicación, entonces, llamaban al jefe. De su época como detective de homicidios, a Mulvaney lo conocían en todo el departamento como a un tipo capaz de hacer cantar a una piedra. Sin levantar la voz ni la mano.

—¿Y te dijo lo que querías saber? —preguntaba invariablemente Mary Lou al jefe a la mañana siguiente.

—Y claro que me lo dijo, pobrecito descarriado.

—¿Y cómo? —insistía la señora de rostro austero, acariciando el cabello plateado del jefe—. ¿Cómo lograste que te lo dijera?

—Pues de la forma más sencilla del mundo, Mary Lou —solía responder el jefe, untando el panecillo con mermelada—. Me limité a exponerle las opciones que tenía y dije que eligiera. La más atractiva era que nos cantara su culpabilidad y nos dijera los nombres de todos los demás policías implicados en la corrupción.

—¿Y por qué era ésa la opción más atractiva?

—Porque de lo contrario, se pasaría un largo período alejado de la vida civil; y le conté algunos casos, algunos de ellos documentados con fotos que poseo, de policías condenados a prisión, y de lo que les ocurrió en la cárcel cuando se apagaron las luces. Sin embargo, si canta, lo envían a una galería especial y sólo durante un tiempo razonablemente corto, con vigilancia permanente, eso sí. Nosotros nos encargamos de vigilarlo. La foto que realmente logra convencerlos es la de un tal Hanrahan, un caso ocurrido en el sesenta y siete. Al tipo le cortaron los huevos en Dannemora.

—¡Oh, Wilfred!

Esa mañana, en su despacho, el jefe sonreía recordando estos deliciosos diálogos con Mary Lou y con los pobrecitos descarriados. Con una uña, sacó una carta de una pila que tenía ante sí, la mantuvo firmemente con la misma uña y la abrió con el cortaplumas que empuñaba en la otra mano.

La carta decía:

LA CORRUPCIÓN DEL DISTRITO NOVENO LLEGA A LÍMITES DE PUTREFACCIÓN. EL DETECTIVE NOAH GREEN COMIÓ CON EL CRIMINALISTA JASON MENDELSSOHN EN EL BAR Y GRILL DE GUDAITIS, CALLE ESSEX 125, EL JUEVES PASADO A LA UNA. NO FUERON PRECISAMENTE POR LA COCINA. MÁS LE VALDRÁ SEGUIR EL EJEMPLO DE THOMAS BYRNES.

El jefe se echó a reír, y siguió riendo con tanta fuerza que Jeremy llamó a la puerta para ver si podía compartir el chiste.

—Pasa, pasa —ordenó Mulvaney, ahogándose de risa—. Lee la

carta que está sobre mi escritorio.

Con las manos en los bolsillos, Jeremy le obedeció.

—Imagínate —dijo el jefe—, ese cabrón me viene a hablar a mí de Thomas Byrnes. ¿Has oído hablar de él? Claro que no. Este departamento no cuida la enseñanza de la historia. Igual que los colegios públicos. Está bien. El inspector Thomas Byrnes llegó de Irlanda de pequeño. Entró en el cuerpo durante la guerra civil, con el grado de capitán se hizo cargo del Departamento de Detectives en el año 1880, y lo convirtió en algo decente, el primer departamento profesional de detectives de la ciudad. Lo ascendieron a inspector. Era conocido por su endiablada capacidad de mirar a un hombre una vez y saber de él todo lo que hacía falta. Y nunca se olvidaba de nadie. También era conocido, tal como decía uno de sus colegas, por su habilidad para presentarse ante todos los hombres en el papel que fuera preciso, según lo exigieran las circunstancias.

»Thomas Byrnes tuvo una hija —continuó el jefe, que se había puesto a deambular lentamente por la habitación—. Su hija se casó con un Fitzgerald, y los Fitzgerald tuvieron una hija que se casó con un Mulligan, y los Mulligan tuvieron una hija que se casó con un Mulvaney, y los Mulvaney tuvieron un hijo. Este muchacho que tienes ante ti —concluyó, haciendo una reverencia.

Señalando la carta que había sobre su escritorio, Mulvaney dijo:

—Nuestro amigo se propone avergonzarme frente a mis antepasados —y se echó a reír—. Si este cabrón sin cara pudo averiguar tantas cosas sobre mí, con toda probabilidad, Jeremy, sabe algo de Noah Green.

14

MIENTRAS MULVANEY presentaba sus respetos al inspector Thomas Byrnes en el número uno de Police Plaza, en la sala del tercer piso de una casa señorial de la calle Doce, entre las avenidas Tercera y Cuarta, el detective Noah Green, sentado en un asiento, junto a la ventana, observaba profundamente asombrado cómo una pelirroja delgada y longilínea, de unos treinta años, le daba de mamar a un bebé.

Su bebé. Su mujer, por todos los santos. Increíble. A diez años de la jubilación y de repente, era como si hubiera frotado una lámpara encontrada en la calle y hubiera suplicado:

—Genio, ¿quién cuidará de mí cuando sea viejo? ¿Quién cuidará de mí ahora? ¡Genio, dame una familia!

Deleitándose con la extrañeza que aquello le causaba, Green fue hasta la mujer y la besó en la nuca. Shannon se volvió y le acarició la mejilla.

—Si no fueras tan descortés con los reporteros, esto nunca habría ocurrido.

Green hizo un amplio ademán pretextando inocencia.

—Que sí, hombre —prosiguió su mujer—. Aquel homicidio en el Village. Estuviste muy grosero. Y me dije: «Maldita sea, ya le bajaré yo los humos a éste». Y ahora mírate.

—Bueno —dijo Green—, todo es cuestión de ver quién hizo qué a quién.

Inclinándose sobre la criatura, Shannon comenzó a cantar con clara voz de contralto, y el vibrato suficiente como para que te

llegara al alma:

*Llegó un día una madre a una cárcel
A ver a su descarriado pero preciado hijo.
Le dijo al carcelero cuánto lo amaba.
Que no importaba lo que hubiera hecho.*

La criatura levantó el diminuto puño hasta Shannon.

—¿De dónde diablos has sacado eso? —preguntó Green.

—De mi padre. Sabía todo tipo de canciones, no sólo las irlandesas. No importaba su origen, le encantaban todas... con tal de que encerraran la verdad.

—Le estás diciendo a Max —dijo Green agachándose y mirando al bebé— que puede hacer lo que le dé la real gana y que su mamá lo querrá de todos modos. Podría violar, matar y estrellar bebés contra la pared, y su mamá lo...

—Has acertado, tío —dijo Shannon con una sonrisa sarcástica. Y volvió a cantarle al niño:

*No le llevó ni la libertad condicional ni el indulto.
No le llevó ni oro ni plata.
Le llevó de entre todas las delicias,
El regalo más dulce: una maternal sonrisa.*

—¡Joder! —exclamó el detective.

*Te dejó una sonrisa que recordarás.
Se ha ido al cielo, ahora ya no sufre.
Los obstáculos no lograron cambiarla.
Eras su hijo, y siempre lo serás.*

El bebé se puso a llorar.

—¿Lo ves? —comentó Shannon sonriendo al niño—, ha aprendido a sentirse culpable antes de haber hecho nada. Así se mantendrá alejado de los problemas para toda la vida.

—La culpa la habrá heredado de mis genes —comentó Green—. Bueno, tengo una hora.

—¿De veras? —La mujer le estaba cambiando el pañal al bebé.

—¿Ahora le toca dormir, verdad?

—A él sí.

—Oye, si no quieres...

—¿Es así como haces de policía? «Oye, si no quieres decirme que has cometido ese delito tan terrible, no me lo digas. Ni hablar. Yo, el detective Noah Green, sería incapaz de imponerme a nadie. Por el amor de Dios. Soy un santo. Mi mujer es una santa. Y este crío es inmaculado. Sí, señor».

El detective Green besó a su mujer en la nuca y le puso las manos con firmeza, con mucha firmeza, sobre las caderas.

—Quítame esas manos de encima —ordenó Shannon mientras colocaba al bebé en la cunita de mimbre—. Todavía no me has leído mis derechos.

—No tienes ningún derecho cuando se trata de una persecución encarnizada —le informó subiendo las manos y rodeándole la cintura.

—No te lo había dicho, ¿verdad? —inquirió después de haberse dado la vuelta y de haberle sacado la lengua—. Me he unido a la Asociación para las libertades civiles. Ya oirás hablar de ellos. Esto es un acto público; me refiero a lo que están haciendo tus manos.

—¿No lo has hecho, verdad? —inquirió, bajando las manos—. ¿No te has metido en la Asociación para las libertades civiles, verdad?

—No —repuso Shannon sonriendo—. Y estoy ofendida de que hayas pensado por un momento que lo había hecho. Tuve que entrevistar a su presidente más de una vez, y a algunos de los miembros de la junta directiva. ¡Puaj! Se comportan como si la mierda de ellos no oliera.

Green se mostró dolido.

—Lo siento, olvidé que soy una dama. Y mientras me miran llenos de pena porque mi padre, el peón de albañil, nunca me habló de la Constitución, y sin lugar a dudas, mi sacerdote pagado por Roma tampoco lo hizo, no paran de hacerse desprecios unos a los otros. Me habían asignado un reportaje, y logré hacerme con las actas de algunas de sus reuniones. Dios santo, se matan a cotilleos. Juro que en la vida me asociaré a gente como ésa. Son todos unos sepulcros blanqueados, hablan alegremente de la justicia mientras se hunden el cuchillo en las costillas. ¿Y qué es lo que hacen al fin y al cabo? Obligan a las escuelas a readmitir a unos cuantos rateros

suspendidos por motivos más que suficientes. Me encantaría que algún juez ordenara a esos animales pasar un año en las oficinas de la Asociación para las libertades civiles, en vez de volver a meterlos en la escuela. Cómo me gustaría. Oye, ¿qué estás haciendo?

Estaban en la cama.

—¿Será posible? No me derribes así sin pedir permiso.

15

PASADAS LAS DOS DE LA MADRUGADA del día siguiente, soplaba un suave vientecito y en la avenida D y la calle Cinco, no había nadie a la vista, cosa que puso nervioso a Angel.

—Preferiría ver a las madres antes que sufrirlas —murmuró. Pero luego se encogió de hombros y se puso a improvisar una canción con la parte rítmica de su cabeza, que en ese momento tocaba *El Safacon de la calle 102*, pero esa canción sobre el cubo de basura le hizo recordar algo que quería olvidar, de modo que cambió de tonada, pero continuó fijándose en los cubos que iba dejando atrás hasta que... ahí estaba. No lo habría notado de no haber sido por la maldita canción, ahí estaba, la punta de un dedo, un poquito más que la punta, se asomaba por entre la cáscara de un plátano, justo debajo de la tapa del cubo.

—¡Oh, no! —dijo Angel, y decidió que no soportaría ver sus vómitos, por eso no vomitó—. ¿Qué diablos es esto? ¿Acaso soy el basurero de la Muerte? ¿Quién me habrá recomendado a mí? ¿Es que alguna vez me dejarán en paz? ¡Mierda!

»De acuerdo —suspiró—. Esta vez no voy a mirarlo todo —volvió a suspirar—. Es la punta de un dedo negro. Muy negro. Se trata de un asesino que no quiere que los negros se sientan excluidos. Si es que se trata del mismo chalado. ¿Pero por qué tendría que ser el mismo chalado? Tiene que haber dos, trescientos tipos caminando por estas calles dispuestos a cortar en dos a una señora y arrojar la parte superior al cubo de la basura. Probablemente sean más. Probablemente sean muchos más.

Angel tendió la mano para levantar la tapa del cubo de basura, pero cambió de idea y le propinó una sonora palmada; fue incapaz de reprimir una sonrisa sarcástica al recordar al doctor Strangelove. Volvió a repetir el palmoteo tres veces y finalmente, con un palo que sacó de la cuneta, levantó la tapa lo suficiente como para curiosear en el interior del recipiente.

Acunada en un lecho de restos de café molido y cáscaras de huevo, se encontraba una delgada cara negra, la cara de una mujer de unos veinte años, que vestía un corpiño amarillo. Angel logró ver el cuerpo de la chica hasta la estrecha cintura, pero a partir de allí, lo único que logró divisar fue lo que el vecindario había comido en las dos semanas anteriores.

—Sí —dijo Angel en voz baja—. Sylvia. B y la Cuatro. Trabaja en ese portal. Trabajaba. Dulce y tonta como la que más. Habrá sido algún cliente insatisfecho. Oye, hace un par de noches vi a un viejo señalándola con el dedo y gritándole. La estatua. Ese viejo judío pelma. Amigos míos —dijo Angel mirando a varios gatos que se paseaban por ahí—, dejadme que os dé un consejo sano. No hay nadie que sea inofensivo.

Con el palo volvió a colocar la tapa del cubo de basura y anunció:

—Vale, detective Green, es hora de despertarse. Llama al basurero de la Muerte. Maldita sea, si sigo encontrando cosas como ésta, Noah se pensará que he sido yo. No. Todo el mundo quiere a Angel, todo el mundo confía en Angel, porque Angel es un buen chico.

»Angel es un buen chico porque las tentaciones que hay aquí son horterísimas. De modo que la cuestión, caballeros —le dijo a la audiencia de gatos que había aumentado de número—, no podría ser más simple. ¿Cuál es el precio de Angel? ¿Alguna vez lo sabremos? Este chico, este joven, podría pasarse su corta vida sin que lo tentaran lo suficiente como para que conociese su precio y disfrutase de los beneficios del mismo.

De pronto, Angel se imaginó que Sylvia salía del cubo de basura. O mejor dicho, la parte superior de Sylvia. Silbó buscando una tonada y echó a correr en busca de una cabina en la que hubiera un teléfono. Cuando estuvo a cuatro manzanas, se volvió a mirar atrás. Nada. Sylvia debió de ocultarse detrás de un coche.

16

OCHO HORAS MÁS TARDE, el capitán Fortunato Randazzo se estaba mirando fijamente las manos, y sin levantar la vista, preguntó:

—¿Alguien conoce a algún otro de sus clientes? Me refiero a la negra. La tal Sylvia.

—Averiguamos que tenía unos cuantos fijos —repuso Green—. Pero no sabemos nombres, ni nada. Solía subirse a sus coches, coches baratos venidos de Jersey. Moishe destacaba. Ninguno de sus otros clientes tenía el mismo aspecto que Moishe. Él dice que estuvo con ella sólo una vez, pero bastó para hacerlo famoso.

—¿Y no la conocía de nada, verdad? —inquirió Randazzo sin apartar la vista de sus manos.

—Efectivamente —replicó Dickerson, apagando el cigarrillo—. Lo único que sabe es que tenía un culo delicioso.

—No seas vulgar —dijo Randazzo mirando a Dickerson con furia—. Especialmente en estas circunstancias. Esa mujer tenía una madre. ¿Lo entiendes?

Dickerson asintió.

—No te he oído —gruñó Randazzo.

—¡Sí, señor! Lo entiendo.

—Hablas sin conmiseración —dijo Randazzo abandonando su escritorio—. Es la enfermedad de este oficio. Se interpone en el trabajo. Un policía que ve a esta gente, no importa lo que hayan hecho, como seres humanos que tienen padres y todo lo demás, hará un mejor trabajo. ¿*Farshteyst*?^[*] —inquirió mirando a Green.

—¿Alguna vez dije que no? —replicó Green.

—Estaba enganchadísima —comentó Dickerson encendiendo otro cigarrillo.

—¿Caballo? —inquirió Randazzo.

—Caballo, lo que hiciera falta. Hasta con cemento de aviones se colocaba.

—De acuerdo —dijo Randazzo dando una palmada sobre el escritorio—. ¿Y las conexiones? ¿Existe alguna conexión entre Blondie y Sylvia?

—Las dos eran prostitutas —respondió Green—. Blondie tenía varios nombres, el legítimo es probablemente Marni Chambers. Por lo que pudimos averiguar, trabajaba sola. Por lo alto. En combinación con el consultorio de un dentista de la calle Este. Después de las horas de trabajo. Del dentista, claro. Era en una casa de tres pisos con oficinas, y una vez al mes le dejaba muy buen sabor al tío. Con lo que le cobraba a ella, el tío pagaba algo más que el alquiler. Otra cosa que hemos averiguado es que la chica era yonqui. Necesitaba buen material de forma regular, para estar en forma para los clientes. No tiene nada de divertido tirarse a alguien que se pasa todo el rato moqueando y rascándose.

—Vigila —sugirió Randazzo, frunciendo el ceño—. La tal Marni también tenía madre.

—Supongo que la mataron allí —prosiguió Green—, porque ahí tenía la conexión. Últimamente anda circulando mucha droga de buena calidad. De todos modos, todavía nos queda mucho por averiguar. A ver si encontramos a alguien que la conociera.

—¿Alguna otra conexión entre Blondie y Sylvia, aparte de que eran prostitutas? —preguntó Randazzo, sentado ahora en el borde del escritorio.

—Todavía no, salvo la forma en que partieron de este mundo —repuso Green.

Dickerson sonrió. Randazzo no.

—¿Qué más? —inquirió Randazzo secamente.

—Si Marni tenía una lista de clientes —respondió Green—, y estoy seguro de que llevaba alguna especie de agenda, el caso es que no la hallamos. Obviamente, el dentista está asombradísimo de que le usara el consultorio con fines ilícitos. El tipo alega que creía que daba clases nocturnas sobre cómo pasar el examen para conseguir la licencia de bienes raíces. Dice que lo único que sabía

de ella era que no le devolvían los cheques con los que le pagaba. El dentista es un mentiroso y un cabrón, pero no creo que fuera su socio. Está profundamente conmovido. Ha perdido una estupenda entrada mensual.

—Sylvia —dijo Randazzo—, esta Sylvia con cuyo nombre de pila estáis tan familiarizados, ¿tiene apellidos?

—Robinson —repuso Randall Dickerson—. De Bed-Stuy

. Su madre murió de cáncer. Padre desconocido. Sylvia Robinson dejó los estudios en segundo de bachillerato. La arrestaron por prostitución al menos treinta y seis veces. Es todo lo que la computadora nos dijo, pero no quiere decir necesariamente que sea todo lo que la computadora sabe. La multaron siempre. Estuvo en chirona tres veces, por el mismo cargo: algún juez que quería probar algo, Dios sabe qué. Es todo. Nada de violencia, nada de robos. Una prostituta a tiempo pleno.

Desalentado, Randazzo se dirigió hacia el bote de boticario que tenía sobre el escritorio y se sirvió unos cuantos caramelos ácidos.

—Podría tratarse de un fanático religioso. Dios le dijo que enviara a todas las prostitutas al infierno.

—¿Y por qué las corta en dos —inquirió Dickerson— y sólo nos da la parte superior?

—Para que no puedan hacerlo más, ni siquiera en el infierno —repuso Randazzo sin sonreír—. De acuerdo, veamos si el tribunal ha puesto en libertad condicional a alguno de los pequeños siervos de Dios. ¿Sabes una cosa? —inquirió dirigiéndose a Green—. Cuanto más tiempo me paso en esta letrina, más me convenzo de que tendría que existir la pena de muerte por intento de asesinato, y no sólo para los casos en que logran cargarse a alguien. Tal y como están ahora las cosas, un tipo realiza un intento, lo encierras un par de años, sale y sigue llevando dentro el instinto asesino. Lo más probable es que vuelva a intentarlo y tarde o temprano, ¡zas! Si un perro mata a alguien, le pegas un tiro al perro. Un animal es un animal. Cuatro patas, dos patas, ¿qué diferencia hay? ¿Captas la idea?

El capitán suspiró y volvió a mirarse las manos.

Green mascó el cigarro y le hizo señas a Dickerson para que abandonase el despacho. Cuando se hubo ido, Green dijo en voz

baja:

—Fortunato, hemos trabajado juntos durante mucho tiempo. Quizá por eso puedo decirte esto. No pareces el mismo de siempre. Ya no hablas como solías hacerlo. Al menos desde hace un mes. ¿No necesitarás un descanso?

—No lo sé —repuso Randazzo mirando más allá de Green—. No sé lo que es. Sí, sí que sé lo que es. ¿Sabes lo que me gusta hacer? Trabajar en el jardín. Me distrae de toda esta mierda. Tengo un pequeño jardín en la terraza de mi edificio. No está permitido, pero ¿acaso el propietario me va a joder? Esta mañana, subo a oler las flores, a tocarlas... son tan suaves, más suaves que un bebé, ¿sabes? Y descubro que alguien las ha pisoteado, encuentro una botella vacía de ginebra Mr. Boston, colillas, un condón y una manzana medio comida. Justo en mi jardín.

»Eché toda esa mierda por el incinerador —continuó Randazzo sacudiendo la cabeza—. Incluido el jardín, porque formaba parte de la mierda. Y luego me hablan de evolución. Un mandril no habría hecho semejante cosa. Escúchame, quiero que la estatua se ofrezca a contarte todo lo que pueda recordar sobre todas las prostitutas con las que ha estado; hasta donde logre recordar.

—Si Moishe es un sospechoso —dijo Green—, tendré que...

—¿Quién ha dicho que es un sospechoso? ¿Acaso empiezas a oír cosas raras? ¿No necesitarás un descanso?

17

EN MITAD DE AQUELLA MISMA tarde, Dennis, un viejo que tenía el mismo aspecto que un bastón retorcido, se encontraba detrás de la barra del

Rafferty's

, en la Séptima avenida y la calle Veintiuno. El establecimiento soportaba a los transeúntes, pero sólo abría su beodo corazón a los parroquianos regulares. Mientras buscaba una botella de ginebra

Gordon's

, Dennis se tiró un pedo.

—Disculpe, teniente —se excusó el tabernero, volviéndose hacia la caja registradora lleno de embarazo—. Otro argumento contra el libre albedrío.

Jeremiah Riordan, cuyo blanco cabello ondulado le tocaba el cuello de la chaqueta gris de punto, apartó la vista del *Commentary* y preguntó:

—¿Disculparlo por qué?

—Por no renovar la copa, teniente.

—Más le valdría que renovara el aire —repuso Riordan con su sonrisa de lagartija—. Aunque la verdad, me vendría bien otro trago. —Echó un vistazo al reloj—. Siempre he odiado esperar. Es lo peor de tener una tía después de tanto tiempo. Jamás he esperado a nadie, salvo a algún animal durante una emboscada.

—Apuesto a que no será tan malo tener una, ¿verdad? —comentó Dennis, se frotó las manos debajo de la barra y dando un paso de vals se dirigió hasta la botella de

Gordon's

—. Es una dama y una mujer guapa.

—No es una mujer guapa —replicó Riordan mirando a Dennis con sus fríos ojos azules—. No es un feto pero nadie la confundiría con Jean Harlow. Lo que me gusta de ella es que no es tonta. Tiene una mente astuta —dijo Riordan. Se bebió la ginebra doble de un solo trago y acto seguido tomó un sorbo de agua—. Y sabe cómo montárselo —agregó Riordan con una risa senil—. Es un arte. La mayoría de las mujeres son unas torpes.

Riordan continuó leyendo, comenzó a hacer gestos de negación con la cabeza y a lanzar unos gruñidos guturales.

—¡Maldición! —aulló dando un puñetazo sobre la barra—. ¡Dennis! ¿Sabes quién gobierna los Estados Unidos?

—Claro que sí —respondió Dennis rápidamente—. Quien gobierna en Israel, gobierna los Estados Unidos.

—¿Y cuál es el motivo de la sumisión de esta nación a un poder extranjero?

—Los grupos de influencia judíos han capturado al Congreso.

—¿Ha vuelto a venir por aquí el tal Green, después de que lo pasaran al Distrito Noveno? —inquirió Riordan en tono casual.

—Viene de vez en cuando. No es mal tipo para ser...

—Dennis —advirtió Riordan y señaló su copa—, estás tambaleándote al borde de la tumba y todavía no has aprendido que son todos iguales. En toda la historia, ni un solo hebreo ha merecido la confianza de un cristiano. Ni uno solo.

El tabernero frunció el ceño con aire concentrado, abrió la boca, la volvió a cerrar y luego dijo:

—¿Y qué me dices de Jesús?

—Ya vale —dijo Riordan, y, apeándose del taburete, se reclinó sobre la barra hasta que con el índice logró tocarle la nuez de Adán a Dennis—. ¿Te acuerdas del hombre que tenía la mano lastimada? ¿El de la mano derecha lastimada?

—La verdad es que no.

—Fue en la sinagoga, el *sabbath*. Jesús estaba allí, y vio a ese hombre con la mano lastimada. Los sucios escribas observaban a Jesús y los sucios fariseos murmuraban. ¿Acaso el tal Jesús sería capaz de trabajar en *sabbath*? ¿Curaría a alguien durante la fiesta religiosa? Si lo hacía, ¡ajá!, podrían acusarlo de mal judío. Entonces,

¿qué hizo Jesús? No lo sabes, así que no contestes. Le dijo al hombre de la mano lastimada: «Ponte de pie. Acércate». Y a los apuestos judíos que controlaban todos sus movimientos les dijo: «¿Acaso hacer el bien va contra la ley del *sabbath*? ¿Acaso salvar una vida va contra la ley del *Sabbath*?». Y entonces, Jesús le dijo al hombre doliente: «Tiende la mano». Poco después, ya no la tenía lastimada.

»Pero los judíos estaban furiosos. Refunfuñando entre ellos tramaban para destruir a este hombre al que le importaban un bledo las leyes judías si le impedían ayudar a alguien. Así que —dijo Riordan, haciendo una pausa para beberse la mitad de la copa que acababan de llenarle—, ¿cómo puedes decir tú, Dennis, que Jesús era judío, cuando en realidad era el enemigo de los judíos? Quienquiera que haya sido su madre, Jesús no era judío, en el sentido en que los judíos se definen a sí mismos. Es por eso que escupen cada vez que oyen pronunciar su nombre. Y es hora de que te enteres de eso también, Dennis. Hasta los niños judíos escupen cuando oyen pronunciar su nombre.

—Vaya —dijo Dennis, volviéndose de espaldas para poder escarbarse rápidamente la nariz—, nunca se me había ocurrido verlo de esa manera.

—Oye, el tal Green, ¿viene acompañado alguna vez? —preguntó Riordan.

—Vaya, ¿estás atendiendo algún caso, Jeremiah? ¿Alguien te ha encargado un caso? —La voz gutural de Claire hizo que Riordan se girara de golpe.

—Sí —siseó él—. El presidente en persona me despertó esta mañana. Eran las seis y media. Me pidió si podía hacerme cargo de una misión secretísima y peligrosa por el bien del país. Le dije que sí. Y eso es todo lo que voy a decirte.

—¡Qué emocionante! —exclamó Claire sentándose en un taburete, junto a Riordan—. Pero hay una cosa que sí puedes decirme. ¿Cómo se encuentra el presidente Roosevelt? ¿Logra dormir bien con tanta preocupación y tanto aparato ortopédico?

—¡Vete al infierno, Mary Lou! —rió Riordan—. ¡Y al infierno los judíos también!

—¡Los judíos también! —se oyó repetir como un eco a Dennis.

—Bueno —dijo Clarie—, eso me lo tendré que pensar un poco.

18

ESA NOCHE, TEMPRANO, de pie detrás de su escritorio, el jefe Mulvaney sonrió ampliamente, tendió la mano al detective negro, alto y brillante y le dijo:

—Gracias por haberte acercado hasta aquí, Randall.

—¿Alguien ha rechazado alguna vez sus invitaciones? —inquirió el detective estrechándole la mano brevemente.

—Tarde o temprano, todos vienen —repuso Mulvaney con una risita ahogada—. Algunos se consiguen un abogado que les aconseja no venir, pero todos acaban viniendo. ¿Cuánto tiempo hace que tuviste la amabilidad de ayudarnos?

Dickerson echó un vistazo a la carpeta de papel manila que tenía el jefe ante sí, vio su nombre escrito en el borde derecho, y decidió seguirle el juego.

—Hace unos nueve años. Me puso usted en la Dos-Tres justo cuando acababa de salir de la Academia.

—Es verdad —comentó Jeremy, que estaba sentado en un sofá justo enfrente del jefe y lo observaba todo con ojos relucientes—. Recuerdo el primer caso que tuviste allí. Eran dos policías que chantajeaban a las chicas de mala vida y luego las golpeaban a placer para terminar arrestándolas de todos modos. ¿Quién iba a creerlas? Sería su palabra contra la de un policía. De modo que nunca hubo ninguna queja.

—¿Cómo llegaste a enterarte tú? —inquirió el jefe a Dickerson.

El detective volvió a echar un vistazo a la carpeta que tenía el

jefe ante sí y replicó:

—Salía con la hermana de una de esas mujeres. La chica con la que yo salía no ejercía el oficio.

—Era secretaria en *El Diario* —comentó Jeremy fútilmente.

—Trabajaba como correctora de pruebas —rectificó Dickerson.

—Cuando cogimos a esos policías en la parte este de Harlem —dijo Mulvaney encendiendo un cigarrillo—, ¿no se te revolvió un poco el estómago al delatar a tus compañeros?

—La primera vez casi siempre es la más difícil —repuso Dickerson—, aunque no lo fue tanto. No olvidé en ningún momento la charla que usted dio en la Academia de Policía. Un mal policía desacredita a todos sus compañeros, dijo. Un mal policía deja a todos los demás mucho más solos ahí fuera. También dijo que un civil se negaría a ayudar a un policía si se trataba de un tipo torcido. Por eso, justo antes de salir de la Academia, cuando me propuso ser un miembro de campo, yo estuve dispuesto a aceptar. Fue por eso que telefoneé a Jeremy cuando la chica con la que salía me contó lo que estaban haciendo los de la

Dos-Tres

El jefe miró a Dickerson y le preguntó:

—Aquella vez que entregaste a tu compañero, por cobrar de por lo menos cuatro garitos, ¿lo sentiste?

—Claro que no. No había forma de que su compañero no se enterase, de modo que si no lo entregaba yo, me habría quemado porque uno de los hombres de Asuntos Internos me habría denunciado a mí también.

Mulvaney se dio unos golpecitos en la nariz con el dedo y preguntó:

—Si tuvieras un pariente en el cuerpo, ¿nos lo entregarías?

—¿Como quién?

—Un hermano, un hermano al que quisieras.

—No.

Mulvaney sonrió y le comentó:

—Tengo un hermano al que entregaría, pero no está en el cuerpo. Bien, llegó un momento en que, después de habernos sido muy útil, te ofrecí un puesto en la DAI. A tiempo pleno, aquí en estas oficinas. Pero no aceptaste.

—No me importa dedicar una parte de mi tiempo a perseguir a los malos policías —repuso Dickerson entrelazando las manos—, pero no quiero hacerlo todo el tiempo. No fue por eso que me hice policía. Me hice policía porque allá afuera, en la calle, hay un montón de tipos malvados, civiles.

—De acuerdo —asintió el jefe—. Por esto te convertimos en detective.

—Ayudamos a convertirlo en detective —aclaró Jeremy.

—Claro, le ayudamos —asintió Mulvaney guiñándole un ojo a Dickerson—. Supongo que nadie averiguó que habías sido miembro de campo mientras estuviste en la Dos-Tres

. Pero aun así, nunca se sabe, ¿verdad? Cuando te dieron la placa, te dije que me telefonaras si alguna vez tenías problemas. Nunca me telefoneaste.

—No tuve necesidad —repuso Dickerson encogiéndose de hombros.

—Tampoco llamaste para pasarme más información.

—Vamos —rió Dickerson—, en todos los sitios en los que he estado desde entonces, ha contado usted con alguno de los suyos. Por el amor del cielo, si hasta los tiene metidos en los lavabos.

El jefe y Jeremy se inclinaron hacia adelante y preguntaron a coro:

—¿Sabes quiénes son?

—No —repuso Dickerson con una sonrisa sarcástica—. Tranquílcese. Lo digo porque a los capitanes los transfirieron y los detectives comenzaron a cantar a los grandes jurados. Me imaginé que no me necesitarían.

—Y si tenemos topos en todas partes, Randall, ¿cómo es que te hemos mandado llamar ahora? —inquirió el jefe.

—Eso mismo me he estado preguntando —repuso el detective—. Especialmente si tenemos en cuenta que la Nueve está limpia a relucir. Y suponiendo que hubiese alguno que se me haya escapado, seguramente tendrán a alguien más allí. ¿Entonces para qué me necesitan? —inquirió frunciendo el ceño—. A menos que...

—Has acertado —le dijo el jefe.

—Vamos, vamos. Cree que tiene algo en contra de Noah Green —comentó Dickerson negando con la cabeza—, y porque soy su

compañero...

—Hemos recibido cierta información —le comentó el jefe.

—Apuesto a que anónima —aventuró Dickerson con una mueca.

—¿Qué tienen de malo las pistas que no vienen con nombre y una foto? ¿Es que ya no aceptas informaciones anónimas? ¿Las descartas y se acabó?

Dickerson levantó las manos, indicando que se daba por vencido.

—Ten —dijo Mulvaney tendiéndole las fotocopias de las dos notas que se referían a Noah Green.

Dickerson las leyó y, sin adoptar expresión alguna, volvió a leerlas. Luego inquirió:

—¿Es todo lo que tiene?

—No —respondió Mulvaney reclinándose en la silla—. Ahora te tenemos a ti. ¿No es así?

—No he cambiado de opinión —le informó Dickerson—. Cuando un mal policía la caga, nos caga a todos. Creo que se equivoca usted por completo sobre este tío, aunque me han engañado otras veces. Por unos minutos, claro, y supongo que a ustedes también les habrá pasado.

—Jamás —le dijo Mulvaney—. A veces he sido quizá un poco prematuro pero, en definitiva, nunca me he equivocado.

—¿Cuál es mi nombre clave? —preguntó Dickerson.

—John Lewis, indefinido como el que más —comentó Jeremy.

Dickerson se incorporó; los otros dos hicieron lo mismo.

—Randall, te lo agradecemos de veras —le dijo el jefe tendiéndole la mano—. Bienvenido a casa.

—No es preciso que me haga la pelota —dijo el detective—. Si pasara algo, no tardaría en enterarme. Una cosa. Si me pone uno de sus muchachos para que vigile cómo me va, le partiré la cara. No me gusta que me atosiguen.

Wilfred Mulvaney sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Cuídate, hombre. Y fíjate bien en los espectadores inocentes. No vaya a ser que le partas la cara a alguno de ellos.

19

AL DÍA SIGUIENTE, a eso de las dos, el hombre negro y delgado, de espalda erguida, se encontraba sentado al fondo del bar de la avenida A y la calle Doce, leyendo la página de opinión del *The Times*. Frente a él tenía un vaso de soda.

Por la puerta irrumpió Angel, saludó con la mano al camarero, saltó sobre un taburete, tres sitios más allá de donde estaba sentado el hombre negro, y pidió una cerveza Budweiser. Hurgando en el bolsillo de la americana de *corderoy* verde, Angel sacó una edición de bolsillo de *La casa desierta*, un rotulador rojo y un cuaderno sucio y manchado.

El hombre negro echó un vistazo al joven y al libro, se pasó varias veces el dedo por el labio inferior, y sin dirigirse a Angel, dijo al vacío:

—¿Sabías que es la única de sus novelas en la que el narrador es una mujer?

Angel se volvió hacia él con una sonrisa, levantó el vaso de cerveza y exclamó:

—¡No lo sabía! Este es el segundo libro de él que leo. Jo, en cuanto se mete uno en el tema, no se cansa nunca. ¿Y sabe lo que de verdad me gusta? No se bromea sobre quién es bueno y quién es malo. ¡Uno sabe de entrada quién desea que gane y quién desea que muera!

El negro delgado le preguntó a su vaso de soda:

—¿Por qué me sigues, jovencito?

Angel sonrió, lleno de incomodidad y repuso:

—Maldita sea, creí que era mucho mejor. Por curiosidad, eso es todo. Quiero decir que como lo veo por ahí en muchas ocasiones, y nadie sabe nada de usted, bueno... lo principal es que quería ver si era capaz de hacerlo. Leo novelas de detectives, pero nunca se sabe si se es capaz de hacerlo hasta que se prueba, ¿verdad? —concluyó Angel. Cogió su cerveza y se sentó en el taburete que había junto al hombre negro.

—¿Te gustaría que alguien te siguiera? —inquirió el negro, volviendo su impassible cara delgada, surcada de profundas arrugas, hacia Angel—. ¿Te parece que está bien eso de atosigar así a un hombre, de meterse en sus asuntos? Y ni siquiera eres policía. ¿O acaso lo eres?

Angel se echó a reír negando con la cabeza.

—Voy a la escuela. Terminaré en la Stuyvesant. Luego iré al City. Al City College. Y después me iré adonde me dé la gana. Le pido disculpas. De veras. Es que no se me ocurrió pensar en cómo se sentiría usted. Pero tiene razón. No me gustaría que nadie me lo hiciera a mí.

El hombre negro le hizo una seña al camarero y señaló su vaso y el de Angel.

—¿Qué averiguaste sobre mí? —inquirió dirigiéndose a Angel.

—Que fue reportero del tribunal durante unos treinta y ocho años y que ahora es mensajero. Que nunca se equivoca. Eso es lo que todo el mundo me ha dicho, señor Fitzgerald.

El anciano negro miró fijamente a Angel, y le advirtió:

—Si es que vamos a conocernos, jovencito, sigue llamándome señor Fitzgerald. He notado que te tomas demasiadas confianzas.

—Como usted diga —repuso Angel, bajándose del taburete—. Como usted diga, señor Fitzgerald. Oiga, ¿tiene hijos? Nadie supo decírmelo.

—Es que ninguna de las personas a las que preguntaste lo sabía —comentó Fitzgerald dirigiéndose hacia la puerta.

—Pobres críos, si es que los tuvo —le dijo Angel al camarero—. Tendrían que haber aprendido a no tomarse demasiadas confianzas.

20

ESA NOCHE, MOISHE KAGAN se disponía a dar su paseíto de después de la cena. Cerró, con llave la puerta de su apartamento de un dormitorio, ubicado en un segundo piso, en la calle Siete entre las avenidas A y B —un tercio de cuyo alquiler lo pagaba su hijo Balfour, el gerente que había sido contable—, bajó la escalera y se detuvo.

«¿Por qué preocuparse por la

B'nai

Rappaport? En primer lugar, ¿qué clase de nombre es ése para una *shul*^[*]? Si parece un nombre de mercería. En segundo lugar, no he ido a una *shul* desde —¿desde cuándo?—. Desde la *bar mitzvah*^[*] del nieto de Millstein. ¿Hacía veinte años? ¿Cómo decirle que no a Millstein? Después de haber estado juntos en tantos piquetes. Después de haberles deseado a tantos jefes que visitaran a diez especialistas distintos y que ninguno les acertara la causa de sus males.

»Dos meses después de la *bar mitzvah*^[**], Millstein murió. Imagínate lo mal que me habría sentido si hubiera rehusado a acudir un sábado por la mañana a la *shul*^[**] por su nieto. ¡Aquello sí que era una *shul*! Ventanas con rosas. ¡Y qué Torah! Una Torah digna de los Rothschild. —Kagan se detuvo en la acera, cual una estatua—. Pero eso de

B'nai

Rappaport era, bueno, ¿qué se puede pretender?, era para la clase trabajadora. La clase explotada. Un lugarcito en la calle Stanton,

¿no? Al asomarme por las ventanas, antes de que las tapiaran, noté que quienes quiera que comenzasen la construcción de la *shul* eran unos trabajadores de primera. Salvo las ventanas con rosas, ni sombra de las que había en la *shul* de Millstein. Nunca terminaban nada. ¿Pero sabes lo que más me fastidia? La nota de la puerta. ¿Cuándo fue? ¿Hace dos, tres años? La nota decía: “Lamentamos comunicarles que su sinagoga cerró por falta de ayudas”. —Moishe inclinó la cabeza—. “Su sinagoga”. ¿Cuándo fue mía? Si sólo estuve allí una vez. Ya lo sé, ya lo sé, podría haber sido mía. Si la hubiese necesitado. ¿Pero para qué iba yo a necesitarla? Bastardos. No se mataron mucho pidiendo ayudas. Yo no tengo nada que hacer. Podría haber echado una mano. Pero nadie me dijo nada. *Schmucks*^[**]. Colocaron la nota en la puerta cuando ya era demasiado tarde. ¿Y de qué sirve ahora, salvo para hacerme sentir mal?».

Kagan comenzó a andar lentamente rumbo a la avenida A, pero un hombre se interpuso en su camino. Un negro alto, muy delgado, de piel muy clara. Para sus adentros, Kagan seguía utilizando el término «negro». Y como solía decirse a sí mismo, si negro estaba bien para el Hermano A. Philip Randolph, también estaba bien para Moishe Kagan.

A través del flequillo blanco, Kagan miró con mayor atención al negro que le sonreía. La sonrisa de Hitler, si Hitler hubiera sido mulato. Kagan se hizo a un lado, y el negro también se hizo a un lado, interponiéndose en su camino.

—¿Y? —dijo Kagan—. Mira que no se me da bien lo del baile.

—¿Quieres explicarme, judío, por qué caminas por las calles? —inquirió Arthur con una voz tan suave como la brisa vespertina—. Dicen que los judíos están autorizados legalmente a matar a las mujeres negras, ¿no es así?

—¿Por qué iba a matarla? ¿Acaso tenía celos de ella? ¿Se negaba a darme el dinero? ¿De qué me hablas? No sabes lo que estás diciendo. Y a todo esto, ¿quién eres?

Arthur miró a Kagan desde su altura y le dijo:

—Dios, oírte hablar es como escuchar a alguien vomitar. Judío, te están vigilando. Todo el rato.

—Te convendría más irte al cine.

—No te queda mucho tiempo, judío, y ya hemos escogido cómo

vas a morir. Te morirás de miedo, de un miedo que no podrás aguantar, un miedo que nadie podría aguantar. Así vas a morir.

Kagan sacó un White Owl de un bolsillo de la camisa y le preguntó:

—Dime, ¿por qué estás tan seguro de que yo maté a esa pobre muchacha?

—Porque no eres un cliente corriente. Mírate. Eres un viejo apestoso. Habrás querido que te hiciera algo tan asqueroso que prefirió morir a hacerlo contigo.

—Qué interesante —repuso Kagan—. ¿Y qué podría ser? Me has dado algo en qué pensar. Gracias.

Casi nunca tengo cosas nuevas en las que pensar. Y ahora, déjame pasar.

—Recuerda —insistió Arthur apartándose apenas y dejando un escaso espacio en la acera—. Ojo por ojo. Eso lo dice tu biblia.

—Ya no tengo buena memoria —dijo Kagan sonriéndole al negro—, pero cada vez que vea una cagada de perro en la calle, me acordaré de ti.

Arthur sacó un cuchillo largo de una vaina que llevaba en la camisa, pero el viejo se agachó repentinamente, agarró a Arthur por los huevos y se los retorció.

Arthur se quedó sin aliento y cayó de rodillas.

—La última vez que hice eso —dijo Kagan, de pie, y mirando hacia abajo— fue en Jersey. Contrataron a unos verdaderos *momsters*, peores que animales, mucho peores, para disolver un piquete de huelguistas. Uno de ellos me persiguió con un martillo. Joder, qué mirada de asesino tenía, como la tuya. Entonces yo era joven, y creo que al agarrárselos se los retorcí demasiado fuerte. Me dijeron que nunca volvió a ser el mismo tío. A lo mejor aquello logró mejorarlo.

Kagan se apartó de Arthur y al alejarse, le pisó con fuerza una mano.

Arthur se quedó mirando cómo se alejaba a través de las lágrimas, sonrió e hizo una mueca de dolor.

21

EN LA ESQUINA DE LA
AVENIDA C

y la calle Nueve Este había habido una gasolinera, pero ahora, entre los escombros de lo que quedaba de ella, había sólo un sofá chamuscado sin cojines, el esqueleto de una nevera, botellas rotas, y en la pared blanca, recientemente pintada, un mural: dos filetes verde brillante que señalaban hacia las negras letras de imprenta:

EN MEMORIA DE
ANA MERCEDES CRUZ
(CATORCE AÑOS, NUEVE MESES)

Como cada mañana, Fortunato Randazzo hizo un esfuerzo por pasar ante el mural en dirección a su trabajo en el Distrito Noveno.

—Espero que Dios no permita que pueda venir a trabajar sintiéndome bien —le había dicho en cierta ocasión a Noah Green—. Porque entonces, el resto del día sería un terrible chasco. De este modo, presento mis respetos a Ana Mercedes de camino al despacho, y a partir de allí ya no puedo hacer otra cosa que ir de mal en peor.

Varios meses antes, Ana Mercedes Cruz se dirigía hacia la esquina de la avenida C

y la calle Siete Este a eso de las cuatro de la tarde. Iba a comprarle el *The New York Post* a su padre, que llevaba tanto tiempo en paro que hasta vergüenza le daba salir. Cuando Ana Mercedes llegó a la

esquina, un hombre que trabajaba por su cuenta —su especialidad consistía en robar a los drogadictos— apuntó el revólver a un yonqui que huía de él. El yonqui se escudó tras un coche y la cabeza de Ana Mercedes interceptó la bala.

Ana Mercedes había sido una niña increíblemente brillante, y se la conocía también por su buen humor. El cura había dicho que podría haberse convertido en lo que quisiera. Tuvo la delicadeza de olvidarse de señalar que a lo único a lo que no podría haber llegado era a sacerdote. Pero a Ana Mercedes jamás se le había ocurrido pensar en eso. A ella le hubiera gustado trabajar con los subnormales.

Se habló de su funeral durante varias semanas: los coches plateados habían sido muy elegantes, y abundantes las flores. Para presentarle sus últimos respetos, los vecinos contribuyeron con una colecta realizada puerta a puerta por los niños; incluso habían colocado botes junto a las cajas registradoras de todos los comercios. Pero las contribuciones más abultadas fueron en dinero contante y sonante; se las entregaron al padre de Ana Mercedes unos jóvenes respetuosos y desasosegados que sabían que aquel pobre hombre comprendía por qué no podían desvelar quién los había mandado.

La parte más notable de funeral había sido el silencio reinante en las calles cuando el pequeño ataúd y su cortejo avanzaban muy lentamente. Los traficantes, los yonquis, los policías, los niños, las mujeres que hacían la compra, todos se volvieron y se quedaron petrificados mientras Ana Mercedes iba rumbo a su recompensa.

Agazapado, con el rostro surcado de lágrimas, un traficante de mediana edad —se decía que ingresaba unos setenta mil dólares al día— se hizo la firme promesa de conseguir la cabeza del animal que había matado a aquella niña. La suya no fue una promesa sentimental, producto del arrebato, porque todo el mundo creyó que el cadáver decapitado, hallado dos semanas antes en el fondo de un conducto de ventilación de la calle Seis Este había sido obra suya. El cadáver había pertenecido a un cubano muy activo, que presuntamente había intentado trasladarse a Florida. Según las versiones, el cubano había acudido por su propio pie a una reunión con el traficante, se habían estrechado la mano vigorosamente y al hacerlo, al cubano se le había caído de la oreja un pequeño

micrófono. Más tarde, la cabeza entera corría la misma suerte que el micrófono.

El traficante tenía varios nombres, y nadie sabía cuál era el verdadero. Pero la mayoría de sus empleados lo llamaban señor Chin^[2] posiblemente porque carecía de esta parte de la cara, y quizá también porque aunque era medio chino y medio alemán, tenía principalmente aspecto oriental, a excepción de los morros.

El pobre tirador que había convertido a Ana Mercedes en la joven perenne que habitaba en el recuerdo de sus amigos y vecinos, desapareció. La policía inició muchas investigaciones y realizó diversos interrogatorios, pero en el fondo esperaba una llamada telefónica. El traficante, que supuestamente había pagado treinta mil dólares por obtener la cabeza del asesino, no quedó satisfecho. Y aquello le fastidió enormemente porque nadie se le había escapado nunca. Con el tiempo, el señor Chin se cuidaba mucho de no pasar ante el mural en memoria de Ana Mercedes, y en un principio, llegó a culparla por haberse interpuesto en el camino de la bala, y más tarde por causarle semejante frustración.

Pero el capitán Fortunato Randazzo no dejaba de recordarla ni un solo día. Cada mañana, lloviese o hiciese sol, se detenía ante el mural, lo contemplaba con asombro, sacudía la cabeza y maldecía su destino que lo obligaba a pasarse los mejores años de la vida en una pesadilla de la que no lograba despertarse. Una pesadilla en la que una gorda, con rizos de niña, le gritaba durante la reunión del Consejo Comunitario del Distrito:

—Si usted viviera aquí, si sus hijos tuvieran que vivir aquí, no dejaría que estas ratas de dos patas se apoderasen de los edificios, de las calles, de nuestras vidas, ¡nuestras vidas! ¡No se puede andar por la calle sin que intenten meterte en uno de esos edificios! ¡Por el amor de Dios, no se puede andar por las calles sin que intenten dispararte! La pobre Ana Mercedes, pobrecita, usted, usted y la policía, ¿para qué sirven si no pueden proteger a una bonita e inocente niña de catorce años? Con lo buena que era. ¡Ya no está, no está, porque ustedes no han sabido cumplir con su trabajo!

Randazzo había comenzado a sonreír porque había visto una imagen instantánea de un disparo dándole de lleno a aquella cara gorda, enmarcada de rizos de niña. Mordiéndose el labio inferior, Randazzo le había contestado:

—Señora, en los cinco primeros meses de este año, hemos llevado a cabo mil novecientos ochenta y siete arrestos por tráfico de drogas en el Lower East Side. Esa cifra representa el doble de los arrestos efectuados en el mismo período del año pasado.

—¿Cuántos han ido a parar a la cárcel? ¿Cuántos han ido a parar a la cárcel? ¿Qué me dice de esas cifras? ¿Eh? ¿Qué me dice de esas cifras? —La voz, oscura y áspera, pertenecía a un hombrecito, propietario de una zapatería de la avenida A, que tenía todo el aspecto de estar hecho de polvo negro.

El capitán Randazzo hizo un colosal esfuerzo por mantener la calma, miró a su interrogador y le respondió:

—Tiene razón, señor. La mayoría de las personas que arrestamos no han ido a parar a la cárcel, salvo por unas pocas horas o unos pocos días. Pero la culpa no es nuestra. Le exhorto a usted que proteste ante los jueces y fiscales con el mismo vigor con que nos protesta a nosotros. Con más vigor si cabe, porque nosotros cumplimos con nuestro trabajo.

En ese instante, a Fortunato Randazzo le ocurrió algo. Viendo esas caras enojadas, ansiosas y perplejas, se había sentido enfermo. Del estómago y del corazón.

—Escúchenme —les había dicho, levantando los brazos y mirándolos de frente—, no tenemos dinero para contratar a todos los policías que necesitamos para eliminar a estas sanguijuelas. Y aunque lo tuviéramos —agregó a voz en cuello—, aunque pudiera conseguir mañana mismo mil policías nuevos, sólo para este distrito, y aunque los tuviera aquí un mes entero, ¿qué ocurriría? Sin duda, sacaría del barro a todos los traficantes, señuelos y todos los demás. Y quizá la calma duraría unos seis meses. Luego, luego volverían. A menos que pudiera conservar a esos mil policías para siempre.

—¿Quiere usted decir que no hay esperanza? —había gritado la señora gorda—. ¿Es eso lo que quiere decirnos?

Randazzo suspiró. Se sentía tan triste que deseó estrecharla entre sus brazos para consolarse y consolarla.

—Escúchenme —les dijo. Habló con tanta suavidad que la habitación quedó en silencio—. Escúchenme, ustedes saben quién es el pez más gordo del barrio. Los traficantes. Saben lo difícil que es deshacerse de algo de lo que viven tantas personas. Continuaremos

haciendo lo que podamos. Seguiremos practicando arrestos. Muchos más arrestos porque vamos a conseguir más policías. No mil, pero muchos. El alcalde y el comisario de policía convertirán a este barrio en un ejemplo. Aumentarán la presión. Pero no para siempre. Eso es lo que trato de decirles. No podemos deshacernos de ellos para siempre. Esa es la verdad, les mentiría si les dijera otra cosa.

Noah Green había estado junto a Randazzo y cuando abandonaron la reunión, el detective le había dicho:

—Espero que no hubiese ningún reportero en la reunión. «¡Jefe máximo de la policía arroja la toalla en la guerra contra la droga!».

—No pude evitarlo —le había comentado Randazzo mientras iban calle arriba—. Me estaba enfadando con ellos por no creerse mis mentiras. Y es una locura. Son adultos, de modo que se enfrenten a los hechos. Aunque no creo que lo hagan. Lo hice por mí mismo. Ya no podía mentir más. Pero ellos seguirán exigiendo más y más. En este preciso momento, le estarán escribiendo cartas al alcalde y al comisario de policía, pidiendo mi cabeza. No los culpo. Qué jodida manera de vivir.

»¿Notaste una cosa? —inquirió mirando a Green y luego agregó —: Apuesto a que no lo notaste. Nadie dijo una palabra sobre los asesinatos. El que de vez en cuando aparezca medio cadáver asomado en los cubos de basura, no los asusta tanto como las drogas. Lo entiendo, juro que lo entiendo. Pero Noah, tengo cincuenta y dos años y estoy al mando de un distrito donde los asesinatos, como la basura, se dan por sentados. Noah, ¿qué le he hecho yo a Dios para que me odiara de este modo?

22

HORAS DESPUÉS, esa misma tarde, la estatua estaba escuchando música de boda frente una charcutería de la Segunda avenida: un clarinete risueño, una trompeta farolera cuyas notas te hacían un guiño y te daban de codazos en las *kishkes*^[*], un trombón extático. «¡Klezmorim! ¡Klezmorim!^[*] ¡Toca hasta que caigamos exhaustos! ¿Pero de quién es esta boda? ¿La mía? ¿Es posible? Sí, ella baila con su padre».

—Moishe —le dijo al oído el hombre grande con cara de San Bernardo de segunda mano—, no deberías salir solo. A ese tío todavía le duelen los huevos. Ese Arthur tiene mala leche, Moishe. Quédate en casa por una temporada. O vete a visitar a tu hijo.

Con mucha renuencia, Moishe Kagan abandonó la boda, se fijó en Noah Green y le preguntó:

—¿Con quién tendría que salir entonces? ¿Vas a ponerme un policía las veinticuatro horas del día? Además, si mi hijo quisiera que le visitase, me lo diría.

—Quédate en casa pues —le sugirió Green—. Mira la televisión. Esto pasará. Pero es que en estos momentos...

El viejo escupió en la acera y le dijo:

—Hijo, yo no vivo como un ratón. Jamás he vivido como un ratón. Cuando David Dubinsky salió de la oficina y les rompió la cabeza a esos comunistas, ¿quién te crees que estaba con él? ¿A quién te crees que golpearon tan fuerte en la espalda que se pasó meses encorvado como un jorobado? Pero en la siguiente ocasión que se me presentó, encorvado todavía como un jorobado, me fui

con un martillo, y aquello fue mágico, hijo. Convertí a aquellas ratas en ratones. Chillaban: «Basta, por favor, ¡basta!». Uno de ellos quedó lisiado para el resto de su puñetera vida. A otro le quedó una nariz de esas que a los payasos les cuesta horas colocarse.

—Moishe —insistió Green sacudiendo la cabeza—, bajarán por la Segunda avenida en coche, y te volarán la cabeza. No habrá martillo ni hostias que te puedan salvar.

Moishe Kagan volvió la cara a lo que quedaba de sol y preguntó:

—¿Y qué? ¿Qué tengo que hacer yo, señor detective? No lo haré. Sea lo que sea, no lo haré. No sé quién dijo eso de «Libertad o muerte»... creo que fue Ben Gurion... pues bien, aquello iba por mí.

—Otra cosa más —le dijo Green—. Si no fuera policía, esto no sería asunto mío, pero ¿cuántas veces haces eso, me refiero a lo que hiciste con Sylvia?

El viejo se echó a reír y contestó:

—La vi, y se me puso tiesa como nunca. Creo que hacía muchísimo tiempo; podría morirme mañana mismo, ¿por qué no hacerme un favor? Si no me desnudo, si no la beso, no pesco nada, así que pensé, ¿por qué no? Fue una locura pasajera. Ella tenía algo que vender y yo estaba dispuesto a comprar. Es todo.

—¿Cuántas veces lo hiciste con ella?

—Esa sola vez.

—¿Y con otras?

—Hijo, ya te lo he dicho, fue una locura pasajera. He tenido muchas locuras pasajeras. Y en muchos años ésta fue la primera que no se me pasó con la prisa suficiente.

—¿Discutiste con ella? —preguntó Green.

—¿De qué?

—De cualquier cosa.

—Hijo —replicó Moishe Kagan comenzando a exasperarse—, fue cosa de unos minutos. Es todo. ¿Discutir? Le gustó tanto que estaba dispuesta a hacerme algo gratis.

—Eres una maravilla, Moishe —comentó Green echándose a reír—. Un motivo de orgullo para tu raza. Oye, ¿te acuerdas de Max Mendelssohn?

El viejo asintió vigorosamente con la cabeza y repuso:

—¿Quién podría olvidar a Max? Es el mejor abogado que ha tenido el ILG. El más taimado hijo de perra. Muchos de los

contratos los obteníamos porque los patrones no aguantaban negociar con Max. ¡Y qué boca! Hasta a mí solía avergonzarme. Un gran tipo. Cuando murió, recuerdo que estábamos todos en una habitación, en una especie de reunión, cuando recibimos una llamada telefónica y Dubinsky nos dijo que Max había muerto. Nos pusimos todos a llorar desconsolados. Lloramos hasta que luego nos echamos a reír.

»Todo el mundo empezó a recordar anécdotas.

Como la de aquella vez en que Max justo empezaba. Acababa de salir de una facultad de derecho de segunda, de Massachusetts, y trabajaba con aquellos *pishers*^[**] que intentaban organizar a los confeccionistas de gorras. En aquella época, si los patrones se enteraban de que a alguien se le había pasado por la cabeza la idea de afiliarse a un sindicato, te echaban a la puta calle. Hasta que Max empezó a ir por ahí. ¿Sabes cómo empezaron a llamar los patrones a Max? No, no lo sabrás, eres demasiado joven. Los patrones empezaron a llamarle *Malakh Hamoves*.

—El ángel de la muerte —dijo Green echándose a reír.

—Puedes apostar el trasero, hijo mío, a que era el ángel de la muerte. Nadie jodía a Max.

—Pues bien, Jason, su hijo, también es abogado.

—Ya lo sé —le informó el viejo—. Leo los periódicos. Es un gran criminalista. ¿Y?

—Pues que le hablé de la chica que mataron. De la negra.

—¿Y? —repitió Moishe, suspicaz.

—Moishe, lo sensato es que tengas un abogado mientras las cosas están potables. No eres un sospechoso, no tenemos ninguno, pero cualquiera sabe con lo que puede salirte la gente, sobre todo ahora que eres un consumado retuerce pelotas. Moishe, alguien podría intentar acabar contigo. Endilgarte alguna cosa. Un buen abogado podría impedirlo.

—¿Y con qué voy a pagarle yo a este Jason, con historias sobre su padre?

—Lo hará gratis —replicó Green—. Por su padre y por el ILG. Toma, aquí tienes su dirección y su número de teléfono.

El viejo cogió el trozo de papel, lo miró de soslayo y se lo metió en el bolsillo de la camisa.

—Vale, iré cuando tenga ocasión.

—Moishe —le dijo Green poniéndole una mano en el hombro—, ve a verlo. Llámalo mañana.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —preguntó Kagan mirando al detective.

—Sé que nunca está de más tener un abogado cuando no se está seguro de lo que pasa. Moishe, no tienes nada que perder.

El viejo se frotó la nariz y dijo:

—Una pregunta, ¿desde cuándo un policía le dice a la gente que se consiga un abogado?

Green encendió un cigarro y preguntó:

—¿Dónde está escrito que un policía no es un ser humano? Mi tío Alec tenía una insignia del ILG y la llevaba siempre puesta. Incluso sobre el pijama, creo.

—Gracias —gruñó Green—. Y dale las gracias a tu tío Alec. Terco como una mula, el hombre. Debe de haber muerto, supongo.

—Hace veinte años.

—Qué pena. Iba a invitarlo a almorzar en

Ratner's

. Mejor así. Habríamos discutido a muerte por lo del ILG. Alec habría dicho que los demás sindicatos no son ni la sombra de lo que es el nuestro, y yo le hubiera dicho que el ILG apesta que da asco. Que jode a los trabajadores porque son *schwartzes*^[*] y puertorriqueños y chinos. Que pactan con los malditos patrones. Y tu tío Alec me habría mojado con el sifón, y yo le habría estampado la nata en la cabeza, y ya sabes, nos lo habríamos pasado en grande. Lamento que haya muerto.

—Moishe, ¿cómo diablos sabes que Alec, al que apenas conocías, no estaría ahora de acuerdo contigo sobre cómo marcha el sindicato?

—Pues lo sé —repuso Moishe con una mueca—. Anda, ve y prueba que me equivoco.

23

—DE MODO QUE SE TIRÓ A SYLVIA. En realidad le hizo unos mimos —dijo Noah Green, el día siguiente por la tarde, en el despacho de la comisaría, mientras reclinaba hacia atrás la silla. Y agregó—: Pero no hay nada que relacione a Moishe con la otra, la tal Marni Chambers.

—No lo sabemos —replicó Randall Dickerson, que estaba sentado en el borde del escritorio—. No conocemos a todos los clientes de Marni. No sabemos si trabajaba fuera de la casa.

—No era de las que hace la calle.

—Pero lo fue —le informó Dickerson deslizándolo hacia él una hoja de informes que había sobre el escritorio—. Por fin conseguimos todo lo que había en la computadora. Creo que es todo su historial. Ocupada, la chica. Su verdadero nombre es Sara. Sara Pearlstein.

—¡Maldita sea! —exclamó Green dejando que su silla cayera con estruendo—. Siempre creí que podía adivinarlo.

—¿Con qué frecuencia se daba Kagan el gusto? —preguntó Dickerson—. ¿Y dónde?

—Dice que ésta fue la primera vez en muchos años. Dice que ha tenido locuras pasajeras, pero que ésta no pasó con la prisa suficiente.

—¿Le crees?

—Probablemente no —replicó Green—. No quiso admitir nada más que lo que le pescaron haciendo. Para él es algo sucio.

—Para mí también —dijo Dickerson mirando a Green—. Sara

pudo haber hecho algunos servicios rápidos en esta zona después de comprarse unas papelinas. Para recuperar parte de la pasta. Antes de montarse lo de la casa, solía trabajar en Chelsea, por la zona de la Octava avenida y alrededores. Algunas de las chicas de por ahí dicen que a Sara le gustaba mucho hacer la calle; Le gustaba que la sorprendieran. Y los mimos la habrían sorprendido.

—Nadie los ha visto juntos —dijo Green.

—¿Qué pasaría si apareciera alguien que sí los hubiera visto?

—Si empiezas con tantas suposiciones acabarás estrellándote de cabeza contra la pared.

—No sé, tengo una corazonada. Y creo que se trata de una buena. Tengo la corazonada de que tu hombre, la estatua, se las cargó a las dos.

—¿Porque no querían afiliarse al sindicato?

—Algo por el estilo —repuso Dickerson con una sonrisa.

—Estás completamente loco —dijo Green y salió de la habitación.

24

—SU COMPAÑERO ya ha hablado conmigo —dijo la estatua, emplazado frente a una tienda de muebles. Estaba observando a un hombre, al otro lado de la calle, que recogía un par de pantalones de un cubo de basura, los sostenía ante sí, movía la cabeza en señal de aprobación y se los colocaba sobre el brazo. La mujer madura que iba junto a él rió y le dio unas palmaditas al trasero del pantalón.

—Ya lo sé —comentó Randall Dickerson—. Se trata de un par de detalles. No tardaré mucho.

—No tengo que ver al gobernador hasta las cuatro y puedo faltar a la reunión del consejo de administración en el Chase Manhattan que tenía prevista para esta mañana. Pregunte.

—¿Quiere tomar un café?

—Pregúnteme aquí —dijo Moishe Kagan describiendo un amplio círculo con el dedo—. Es mi despacho. Nunca hay que esperar. —El viejo observó a un chico, de unos trece años, que contaba un fajo de billetes, un fajo grueso, al tiempo que caminaba por la calle—. ¿Y a él no le hará ninguna pregunta? —inquirió Kagan volviéndose hacia el detective.

—No es un delito contar el dinero propio. Y a ése nadie lo persigue. Hay dos tipos que dicen que lo vieron a usted y a Sylvia en el portal de la Cuarta y la B. Le estaba usted gritando y golpeando en el hombro.

—No le estaba gritando —le explicó Kagan lanzando un suspiro—. Le estaba dando unos buenos consejos de tipo sindical. Le decía

que siempre hay que cobrar por lo que se hace. Y no la golpeé en el hombro. Le di unas palmadas, como se hace con un crío para que lo que uno le explica le entre bien.

—¿Y lo que hizo con ella antes de eso? ¿También eso es lo que se hace con un crío?

—¡Cosaco! —le espetó la estatua mirando al frente.

—Hombre, cumplo con mi trabajo. ¿Qué me dice de la otra, de Blondie, seguro que nunca la vio?

La estatua no respondió.

—Después de todo lo que me ha contado Noah sobre usted —prosiguió Dickerson—, me sorprende que no quiera ayudarnos. Quien haya sido, seguro que volverá a hacerlo otra vez.

—Si quiere hablar conmigo —dijo Moishe Kagan, cortante—, vea a mi abogado. Jason Mendelssohn.

—¿Cómo es que llegó a él? —inquirió Dickerson arqueando las cejas.

—Le sorprende, ¿eh? —dijo el viejo con una aviesa sonrisa—. Fue su compañero. Él me dijo que acudiera a este tío. ¿Qué, no se lo había comentado?

—Sí, claro. Lo había olvidado.

—Pues eso es todo —anunció la estatua.

Dickerson asintió y se alejó a trancos largos.

Moishe Kagan sacó un enorme pañuelo rojo del bolsillo trasero, se sonó la nariz, buscó una porción limpia y se limpió los ojos.

«Qué chica dulce, la tal Sylvia. Hubiera vuelto con ella. Tal vez le hubiera dejado un par de libros. Mira que cortarla en dos. Los animales no hacen estas cosas. Ahora somos peores que los animales. ¡Vaya Dios! Si existe un Dios está en el cine, con Judy Garland, en *El mago de Oz*, y es un impostor, un impostor asustado. Pronto acabará todo. ¡Y no sólo para mí, cosaco!».

25

—¡NO ME PASE LLAMADAS! —rugió Jason Mendelssohn, a la mañana siguiente, asomándose al despacho de su secretaria y cerrándole luego la puerta en las narices.

—Cabrón —murmuró afablemente la voluminosa mujer negra, avanzada en años, al tiempo que colocaba una hoja de papel en la máquina de escribir.

En el interior de la oficina sorprendentemente pequeña, Moishe Kagan advirtió que en la pared había una fila de documentos enmarcados con aspecto oficial, y entornó los ojos para observar uno de ellos con considerable interés.

—Claro, es de Harvard —cacareó Mendelssohn—. ¿Qué pasa, no tengo aspecto de haber ido a Harvard?

—Tienes el mismo aspecto que tu padre —repuso Kagan y pensó: «Sólo que Max tenía los dos brazos»—. Tu padre debió de estar orgulloso de ti, un hombre de Harvard.

El hombre que se asemejaba a un tren, puso los pies sobre el escritorio, sonrió y preguntó a Kagan:

—¿Quieres saber cuándo mi padre se sintió orgulloso de mí? El día que gané más honorarios que los que él vio en toda su vida. Y eso ocurrió al cabo de dos años de haberme graduado. No fue culpa suya si no ganó mucha pasta. Pudo haber obtenido los honorarios más altos jamás imaginados, pero a mi padre le dio por seguir el camino de los ideales. No servía para otra cosa. Si hubiese hecho lo que hago yo, se habría muerto vomitando. ¿Acaso eso lo convierte en un hombre mejor que yo? Sin duda —rió Mendelssohn y agregó

—: Eso me decía siempre. Y yo le decía que tenía razón. Era mejor hombre que yo. Pero mi padre siempre le contaba a todo el mundo lo que hacía su hijo. Pudo haber tenido un hijo peor.

Mendelssohn bajó los pies del escritorio, se inclinó hacia adelante y le dijo:

—Supongo que Noah te lo habrá comentado. No te cobraré. Será un placer para mí. Por ti y por mi padre.

—No —repuso el viejo.

—¿Qué quieres decir con eso de no? —rugió Mendelssohn—. ¿El mejor abogado criminalista del país te dice que no te va a cobrar y tú vas y le insultas diciéndole que no? Noah no me había dicho que te habías vuelto senil.

—Si pagas consigues un mejor servicio —dijo Moishe Kagan con una sonrisa.

—De acuerdo —asintió Mendelssohn—. No voy a discutir tomando como base ese principio. Pero te advierto que no es ni tu caso ni el mío.

—Tampoco quiero que me hagas descuentos. Cóbrame lo mismo que a tus asesinos y ladrones habituales. Quiero que saborees el dinero, todo el dinero, hasta el fondo. Trabajarás mejor para mí si saboreas el dinero.

—Moishe, no podrás pagar mis honorarios normales —le informó Mendelssohn rascándose una oreja.

—¿A cuánto ascenderían?

—No puedo decírtelo hasta que no conozca bien el caso. Pero calcula que serán por lo menos veinte mil dólares si te están jugando una mala pasada, y si la cosa es seria, mucho más.

El viejo escribía en una libretita de espiral. Levantó la vista y le dijo:

—Mi hijo es millonario con el dinero de otros. Cuando tengo ocasión, hago que se sienta culpable de no tener otro objetivo en el mundo más que hacer dinero. Así que si lo necesito, me da un poco y así se siente menos culpable. Esta suma hará que Balfour se sienta muy feliz.

Los ojos de Moishe Kagan se posaron sobre el escritorio de Mendelssohn, sobre el que había únicamente papeles y ni una sola foto.

—¿Tienes hijos? —le preguntó.

—Uno —respondió el abogado, dirigiéndose hacia la ventana, que daba a una pared—. Un *luftmensch*^[*]. Una mariposa.

—¿Un *fagele*^[*]? —inquirió el viejo frunciendo el ceño.

—No, no. A las tías sabe tirárselas. Si lograra que le diesen un salario por eso, estaría en una categoría impositiva alta. Lo que ocurre es que no hace ninguna otra cosa más que a la gente le sirva. Se lo envié a la mujer de Noah, es reportera, ya sabes. No supo qué hacer con él.

—Dime una cosa, ¿hay algo que lo ponga furioso? —inquirió Kagan después de sonarse ruidosamente la nariz con el pañuelo.

—¡Aaaaah! —Mendelssohn emitió un sonido como el de una puerta chirriante. Una puerta que diera al hueco vacío de un ascensor—. Has dado en el clavo, Moishe. No hay nada que lo ponga furioso. Nada. Mira, hay veces en que me gustaría incrustarle la cabeza en la pared. Pero bien incrustada. Algo monstruoso en un padre, ¿no?

—Entonces eso me convierte en monstruoso —dijo Kagan—. Una vez lo hice. Pero no contra una pared. Arrojé a Balfour a través de una puerta de cristal. El mocoso tenía doce años, y me vino a decir que si los patrones no podían reunir suficientes beneficios por culpa de los sindicatos, entonces los trabajadores se quedarían sin empleo, y en ese caso, ¿a quién estaría ayudando el ILG? A nadie.

—¿Se hizo mucho daño? —preguntó Mendelssohn ahogándose de risa.

—Qué va. Se levantó con trozos de cristal pegados, pero sin un rasguño, ni un corte, ni una gota de sangre. Tardé mucho tiempo, pero al fin aprendí que harán lo que quieran por más que uno desee otra cosa. Lo mejor de todo es no vivir a través de ellos, no sé si me explico. Hagan lo que hagan, no tienen nada que ver contigo. Sólo así puedes respirar cuando piensas en ellos.

—Moishe, estoy en deuda contigo. Ya respiro mejor. Bien, escúchame, no quiero que digas nada relacionado con estas dos putas que asesinaron. De ahora en adelante, si alguien quiere hacerte preguntas, dile que vengan a hacérmelas a mí. Y tampoco hables de esto con tus amigos.

—¿Amigos? —repitió Kagan sacando un cigarro White Owl del bolsillo trasero y quitando el envoltorio de celofán que quedaba—. La gente que conocía está en el cementerio o en Miami, que para el

caso es más o menos lo mismo. Bueno, en cierta forma, Noah es un amigo. Un conocido. Así que no le hablaré.

—Con él sí puedes hablar —le aconsejó Mendelssohn—, pero con *saychel*^[*]. Usa siempre la cabeza.

—Es la única parte del cuerpo que me funciona en todo momento —replicó Moishe Kagan haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

26

ESE MISMO DÍA, casi al anochecer, el hombre negro, de espalda erguida, llevaba una corbata negra exactamente en el centro del cuello de la camisa, cuyas puntas estaban fijadas por unos botoncitos, y leía con concentración el *The Wall Street Journal* al tiempo que iba caminando por la avenida C

, cuando se topó con un puertorriqueño corpulento, de unos treinta y siete años. El puertorriqueño, que vestía camiseta y pantalones marrones abolsados, le dio al negro un espectacular empujón a la altura del pecho y le gritó:

—¿Por qué coño no miras por dónde caminas?

El señor Fitzgerald cayó sobre un codo y también gritó, aunque menos fuerte, de dolor. El tipo aceitunado y regordete se quedó de pie mirándolo desde su altura con los puños en alto y le gritó:

—¿Quieres más? ¡Vamos! ¡Levántate de una puta vez!

A prudente distancia, los transeúntes de todas las edades y colores observaban y esperaban, con cierta impaciencia, a que este encuentro casual, y tal vez fatal, concluyera. Se esforzaron por vislumbrar el relucir de un cuchillo, o el bulto de un revólver, algo que los devolviera a sus hogares con una historia succulenta que contar durante la cena.

Desde el suelo, en voz baja, clara y firme, el señor Fitzgerald dijo a los observadores:

—No temáis a aquellos que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; más bien temed a quien pueda destruir tanto el alma

como el cuerpo en el infierno.

El puertorriqueño retrocedió un paso y miró a la multitud, como buscando una explicación.

—No supongáis —continuó el señor Fitzgerald con calma, mientras se frotaba el codo— que he venido a la tierra a traer la paz: no es la paz lo que he venido a traeros, sino una espada.

—¿Qué eres tú, un jodido ministro? —atronó la voz del puertorriqueño, aunque esta vez sonó un tanto hueca—. A mí me da igual. Ya me conozco todas las iglesias. Te lo prometen todo, pero para después.

Todavía desde el suelo, el señor Fitzgerald levantó la voz y dijo:

—Cuando un espíritu impuro abandona a un hombre, vaga por un país árido en busca de un sitio donde descansar, pero no logra encontrarlo. Entonces dice: «Volveré al hogar del cual provengo». Pero al llegar a él, y encontrarlo barrido y limpio, parte otra vez en busca de otros siete espíritus más malvados que él, y todos juntos entran y establecen su morada allí, y el hombre en el cual habitan ahora estos espíritus, es devorado por ellos. Eso le ocurrirá a esta generación malvada. Eso —dijo el negro mirando al puertorriqueño— es lo que te pasa a ti en este mismo instante.

El puertorriqueño, con las manos hundidas en los bolsillos, gruñía sin palabras. Intentó patear al negro, pero se arrepintió, apartó el pie, se dio media vuelta y se fue rápidamente manzana abajo. Angel, que había llegado justo a tiempo para la bendición, corrió hacia el hombre negro y le ayudó a incorporarse.

—Cielos —dijo Angel—, vaya cacao le ha montado en la cabeza a ese tío.

—No ha sido obra mía —dijo el hombre negro con una sonrisa—. Me limité a hablar Su Verbo.

—¿Es usted predicador laico? —inquirió Angel mirándolo abrumado.

El hombre negro recogió su *Wall Street Journal*, se inspeccionó la ropa, comenzó a alejarse, se volvió y repuso:

—Soy un mensajero.

27

A LA MISMA HORA, la hora del crepúsculo, en Rafferty's

, el jukebox tocaba con suavidad la canción delicadamente voluptuosa de Erroll Garner, titulada *Misty*. En la barra, Riordan y Claire discutían por algo sin importancia, y callaron para escuchar a un hombre enorme y calvo, de unos cincuenta y cinco años, quien después de hacer señas para que le sirvieran otro *ginger ale* con ginebra, se puso a conversar con Dennis, el viejo y menudo camarero.

Dennis le había preguntado al hombre enorme si era del barrio.

—No —repuso el hombre—, soy de Washington Heights. Estoy aquí por trabajo. Soy fontanero.

—Un hombre valioso —dijo Dennis, ofreciéndole una sonrisa para que el forastero pudiera ver sus amistosos dientes amarillos, y luego limpió un lugar mojado de la barra con un trapo sucio y húmedo.

—Me gustaría saber una cosa —dijo el forastero—. Me gustaría saber si alguna vez el mal hace bien. Eso me gustaría saber. ¿Está mal hacer algo malo si es la única forma de contrarrestar un mal peor? ¿Me explico?

Dennis dijo que sí, pero se veía a las claras que era que no, porque había vuelto los ojos al techo.

—Se explica, amigo —replicó Riordan, y pasándose la mano por el largo pelo blanco se sentó en un taburete, junto al hombre grande. Claire, ahogando una risita, se sentó junto a Riordan—.

Imagino que no lo pregunta porque sí —comentó Riordan haciéndole señas a Dennis para que le sirviera otra copa al forastero—. Imagino que está usted luchando con el problema.

El enorme hombre calvo observó atentamente a Riordan y le contestó:

—Pues sí. Verá, tiene usted aspecto de haber dado muchas vueltas por la vida. Y usted también, señorita —agregó, señalando en dirección a Claire—. No se lo tome a mal.

—No, qué va —dijo Claire cálidamente—. En esta vida no hay muchas cosas que no haya visto.

—O sea que —dijo Riordan—, si quiere contárnoslo, con gusto le escucharemos.

—Mike, mi hijo, ha muerto —comenzó el hombre—. Lo asesinaron. Cogieron al que lo hizo. Lo pescaron a una manzana del lugar de los hechos. Todo manchado con la sangre de mi hijo. Nadie le vio. Fue una pelea callejera, pero estaba todo manchado con la sangre de mi hijo.

—¿Intentaba robarle? —preguntó Riordan.

—Se conocían. Mi hijo solía ir a un bar del barrio. Nada de alcohol fuerte. Tomaba un par de cervezas después de trabajar. Este tipo empezó a aparecer por ahí. De modo que se conocían, como se puede conocer a alguien en un bar. Pero esto ocurrió fuera. Este tipo dijo que Mike le atacó por la espalda, de modo que lo único que pudo hacer fue clavarle el cuchillo como pudo. Pero Mike no es de los que atacan por detrás. Jamás. Y si ocurrió como ese cabrón dice, ¿cómo es que tuvo que golpearle a mi hijo en la cabeza con una cachiporra que llevaba en el bolsillo después de haberle clavado el cuchillo? ¡Y dice que fue defensa propia! —El hombre enorme dio un puñetazo sobre la barra.

—¿Le quedó alguna marca al tío? —preguntó Riordan.

—¡Qué va! El tipo es la hostia. Más tarde, se enzarzó en una pelea en no sé qué bar y lo dejaron hecho polvo. Todos los testigos allí presentes aseguran que no fue él quien empezó primero, y que tres tipos le saltaron encima. Pero empezó primero cuando abrió la boca. En fin, que le dejaron un montón de marcas y nadie pudo decir cuáles pertenecían a qué pelea. Fue muy listo.

—Ésa es su teoría, no la de la policía, ¿verdad? —inquirió Riordan con admiración.

—Sí, la policía no se la creyó. Dicen que cogió una trompa después de pelear con mi hijo y que no sabía dónde tenía la mano derecha.

—¿Y qué pasó con el muy mamón? —preguntó Riordan.

—Mi hijo murió y no tenía antecedentes. Pero este tipo tenía una ristra de antecedentes, en su mayoría por agresión. Aunque no llegaron a procesarlo, por lo que el jurado nunca se enteró. Pero aun así, ahí tiene a mi hijo, casado, con una niña de un año, un buen trabajo, y ahí tiene a esta mierda. Y va su maldito abogado y le consigue una sentencia que puede hacer con los ojos cerrados.

—¿Cuánto le cayó? —inquirió Riordan.

—De cuatro a ocho años por homicidio sin premeditación. El hijo de puta saldrá el año que viene después de haber cumplido cuatro años de la condena.

—Me sorprende que lo sentenciaran a tanto —comentó Riordan—, con todos los maricas que hay en los tribunales.

—Tenía un abogado que se cargó al asistente del fiscal del distrito. Lo hizo puré. Uno de esos judíos, ¿sabe?

—Y tanto que lo sé —exclamó Riordan dándole una palmada en el hombro al tipo grande—. Dígame, ¿recuerda el nombre de ese abogado?

—Claro que me acuerdo. ¿Sabe lo que ruego? Ruego porque una noche ese bastardo vea a su propio hijo muerto, en medio de un charco de sangre. El tipo se llamaba Mendelssohn. Jason Mendelssohn. Dicen que es uno de los mejores.

—Eso dicen algunos —comentó Riordan acercándose un poco más a su interlocutor—. Y hay quienes dicen que es deshonesto.

—Mi hijo dejó una cría, la de un año —dijo el hombre enorme y calvo—. Ahora tengo ocasión de darle algo a la niña. No podré devolverle lo que ha perdido, pero al menos es algo. El tipo que se cargó a mi hijo está en Dannemora. Ahí también está una especie de amigo mío, y me hizo saber qué sería muy fácil romperle los brazos y las piernas al muy mamón. A eso se dedica mi amigo. Le rompe las piernas y los brazos a los imbéciles que no pagan lo que deben.

»En fin, que si quiero que lo haga, lo hará. Por la pequeña, dice. Un regalo en honor de su padre.

—¿Y? —inquirió Dennis limpiando con fuerza la barra.

—Bueno, si yo le digo que adelante, me comporto como el hijo

de puta que mató a mi hijo. ¿Me entiende lo que quiero decir? Así se hacía en el Antiguo Testamento. Pero se supone que estamos ahora en el Nuevo Testamento —dijo, mirando a Riordan—. Somos diferentes, mejores, ¿no? Y hacer que curren a ese mamón, pensándolo bien, ¿qué clase de regalo sería para la pequeña? ¿Qué pensará sobre todo esto cuando crezca? ¿Qué pensará de mí, me entiende lo que quiero decir?

—Vamos a ver. Expongamos los hechos con claridad —dijo Riordan— y analicémoslos tal cual son, sin más ni menos. ¿Castigaron suficientemente al asesino por lo que hizo?

—Y un huevo que lo castigaron —repuso el hombre enorme—. ¿Qué clase de pregunta es ésta?

—Por lo tanto —prosiguió Riordan llanamente—, si va a recibir algún otro castigo, ¿de quién provendrá?

—¿Pero me corresponde a mí darle ese castigo?

—¿A quién diablos, si no? —inquirió Riordan mirándolo fijamente—. La esposa no puede hacerlo, la pequeña, tampoco. Usted es su padre. Y en cuanto a la pequeña, le garantizo que cantará y bailará cuando se entere, cuando sea que eso ocurra. Lo único que podría sugerirle es...

Claire miró a Riordan con un aire deliciosamente agorero.

—... que le haga saber a su amigo que cumpla con el trabajo para que nadie en el mundo pueda volver a reconocer al hijoputa. ¿Me oye lo que le digo? Que lo deje maltrecho y retorcido para el resto de su puta vida.

—Tiene razón —admitió el hombre grande y calvo lanzando un suspiro—. Tiene que tener razón. Y usted, señorita —agregó, dirigiéndose a Claire—, ¿qué opina?

—Sólo puedo decirle lo que yo haría —dijo Claire suspirando—. Le diría a su amigo que cuando lo esté reventando, le corte la polla al maldito cabrón.

—¡Dios mío! —exclamó Riordan con la cara enrojecida. Se puso de pie y besó a Claire en la cabeza—. En mis últimos años, Dios me ha enviado un ángel. Y gracias a ella, no serán mis últimos años.

El hombre enorme preguntó cuánto debía.

—No debe nada —ronroneó Dennis—. Me gustaría estrecharle la mano.

Una vez que lo hubo hecho, Riordan tomó un sorbo de *brandy* y

le preguntó al forastero:

—¿Por casualidad recuerda el nombre de los detectives que llevaron el caso?

—Sí, era un tipo negro, alto, y el otro era un tipo grande, blanco, tenía un hombre fácil, pero no puedo recordarlo.

—¿No sería Green? —Riordan cantó la pregunta.

—Sí, así se llamaba. El negro se llamaba Sam o algo así.

—¿Quiere acompañarnos a un reservado para tomarse la última ronda? Señor...

—Llámeme Doc, todo el mundo me llama así.

—Bien, Doc, dígame a Dennis lo que se va a tomar.

Doc lo hizo, y luego fue al lavabo.

—Aquí hay algo más —susurró Riordan a Claire— de lo que nos da a entender. Verás.

—¿Por qué lo crees? —inquirió, colocando delicadamente una mano sobre el muslo a Riordan.

—El instinto, querida. Así me convertí en una leyenda en el departamento, por mi instinto. Y tú —le dijo a Dennis— pon la tele. Pon la tele, para que cuando vuelva Doc podamos charlar tranquilamente en el reservado.

28

MAS O MENOS A LA MISMA HORA, expectante, Noah Green se acercaba a la charcutería de la Segunda avenida. Por suerte, no iba acompañado de su esposa. Su esposa que jamás se cansaba de repetirle: «Ese sitio tiene que recibir comisiones de las funerarias».

Green no veía la hora de probar la comida de la charcutería, pues la nevera de su casa estaba siempre repleta de alimentos *goyishe*^[**].

—¡Aquí todo es desnatado! —le había gritado una vez a su mujer. Aunque también los dependientes y su alocada diversidad le deleitaban. Chinos, negros, japoneses y polacos, que probablemente ocultaban los crucifijos en las billetteras, y, por supuesto, judíos. Jóvenes avispados, frescos como la cecina y sus mayores, gruesos, calvos, que hablaban en *yiddish*, agrios como los encurtidos. Todos ellos eran dependientes profesionales, de postgrado. Eran rápidos, tenían una memoria y unos dedos de una exactitud infalibles, y lograban concentrarse de tal manera que podrían haber sido ganadores del Gran Premio.

«¡Funcionaba! El puñetero país funcionaba; al menos allí». Green sonreía a los dependientes desde la puerta. «El crisol no había dejado de trabajar. Funcionaba; suave como la crema agria».

Vio al vendedor de periódicos en la mesa del fondo, y ocupó la del lado opuesto. Sol pidió sopa de pan ázimo, pastrami con centeno —magro, por supuesto—, patatas fritas, tónico de apio del Doctor Brown y strudel de manzana. Frunciendo el ceño ante la posibilidad de que su hijo no conociera jamás a su padre, y con el

corazón dándole un vuelco, Green pidió lo mismo. Salvo el strudel.

—Tengo que decirte... —comentó Sol cuando el camarero se alejó.

Green se inclinó hacia adelante.

—Tengo que decirte que por la tarde, a eso de las cinco, el día antes de que esa chica, la rubia, fuera encontrada en el cubo de la basura, la vi discutir con un tipo. Fue en el terreno baldío de la calle Nueve y la B. Yo pasaba por ahí en coche, de regreso a mi casa.

—¿Reconociste al tipo? —inquirió Green pinchando un encurtido.

—Era la estatua —suspiró Sol—. Moishe. Estaba muy, pero muy enfadado. Gritaba. No logré entender todo lo que decía, sólo capté una cosa, algo que mi madre me decía todo el tiempo. *A finster in di oygen.* [*]

—Ya —asintió Green—, mi madre deseaba que la mitad del vecindario se quedara ciego, Hitler incluido. ¿Y qué pasó?

—Es todo lo que vi. La última vez que miré, seguía gritando.

—¿Y la chica?

—Le contestaba a los gritos. Nada del otro mundo. Hijoputa, cosas por el estilo.

Green tomó una gran cucharada de sopa de pan ázimo. Fue como beber luz de sol. Y preguntó:

—¿Moishe estaba cerca de la chica?

—Lo suficiente. Pudo haberle pegado, si hubiera querido.

—¿Tenía la mano levantada? ¿Tenía algo en la mano?

—No. Sólo se gritaban.

—¿Por qué esperaste para decírmelo, Sol? —preguntó Green bajando la cuchara.

—El viejo me cae bien —repuso el vendedor de periódicos, encogiéndose de hombros—. ¿Y qué si ladra un poco? Tiene derecho, es un tipo activo que no tiene nada que hacer. Además, Moishe me recuerda a mi tío Jake, que también era un puercoespín, no sé si me explico. No quería meterlo en líos. Sí, le gritaba, ¿y con eso qué? Imaginé que la puta habría empezado la pelea.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—Porque me preocupaba, por eso. No creo que Moishe pudiera matar a nadie, salvo quizá a algún tipo de esos rompehuelgas, pero

en esta vida no se puede creer en nada. No hice más que pensar y supuse que necesitaríais todos los elementos que pudierais conseguir.

—Te lo agradezco, Sol —dijo Green mirando el enorme bocadillo de pastrami. Sacó tres lonchas de pastrami para tomarlas como aperitivo—. ¿Se lo has comentado a alguien más?

—A nadie —replicó Sol—, ni siquiera a mi mujer. A nadie.

—Vale, no tienes por qué comentárselo a nadie. Ya lo sé yo.

—El tipo negro, el que reemplaza a Sam, si viniera a hacerme preguntas, ¿debo comentárselo?

—Ya lo haré yo. Y veremos adonde nos conduce la pista.

—¿Crees que es posible que Moishe...?

—¿Crees posible que tú...?

—Tienes razón. Todo es posible. Hasta tú podrías haberlo hecho, Noah. Aun así, lo de la estatua no encaja. Por otra parte...

—Cómete el pastrami o me lo comeré yo.

29

A LAS SEIS Y MEDIA de la mañana siguiente, hacía un balsámico día de mayo; la estatua estaba de pie, junto a un banco de Tompkins Square. Al otro lado del sendero, en otro banco, dormía un tipo negro, enorme, que vestía un abrigo largo y pesado. Un perro suelto se paseaba por el césped; su dueña, una joven delicada, tenía los ojos cerrados y se encontraba atrapada por los auriculares.

—Te invito a desayunar —sugirió Noah Green sentándose pesadamente en el banco, junto a la estatua.

—Desayuno a las seis de la mañana —repuso el viejo mirando fijamente al frente—. Siempre a las seis. Una rebanada de pan tostado, queso Philadelphia, té sin azúcar y zumo de ciruelas. Llevo sesenta años y pico tomando el mismo desayuno. ¿Y sabes qué me indica esto? Me indica que si tomara otra cosa, a hora distinta, me caería muerto. De todos modos, no has venido a invitarme a desayunar.

Green sacó un cigarro, le echó una mirada amenazante y lo partió en dos.

—¿Por qué no me dijiste que conocías a Blondie? ¿Que la conocías lo suficiente como para discutir con ella? ¿Qué mosca te ha picado? Te comportas como si quisieras que te convirtiéramos en sospechoso. ¿A qué puñetero juego estás jugando? Y siéntate, por el amor de Dios.

—Estar de pie me hace bien para la circulación —comentó la estatua sin dejar de mirar en dirección al río Hudson—. Y para la respiración. —Sacó un enorme pañuelo blanquirrojo y se sonó

ruidosamente—. Hablas de Blondie. Te diré lo que pasó. Eres poli y judío, así que, ¿te acuerdas lo que escribió el antisemita del comisario de policía... cuando fue, *boychik*^[*]?

—En 1908 —respondió Green con una sonrisa—. Se llamaba Bingham. Mi abuelo hablaba de él, y los policías judíos, los viejos, también hablaban de él.

—¡Los judíos constituyen la mitad del hampa de la ciudad de Nueva York! —gritó la estatua. El enorme tipo negro que ocupaba el banco de enfrente, abrió un ojo, miró colérico a la estatua, y volvió a cerrarlo—. Eso es lo que el muy *fershtunkina* del comisario de policía dijo —prosiguió el viejo—. Que la mitad de los gangsters de la ciudad de Nueva York eran lo que el tipo denominaba hebreos rusos. ¿Te imaginas? Eso es difamación de todo un grupo.

Green sacó otro cigarro y preguntó a la estatua:

—¿Te acuerdas del ladrón que escribía al *Forverst*? ¿Aquel que firmaba las cartas con lo de «Un ladrón de las Tumbas»?

—Me tomas el pelo —dijo la estatua frunciendo el ceño—. No recuerdo nada parecido.

—Que va en serio, te lo enseñaré. Está en un libro que tengo. El ladrón escribió que el comisario de policía se había confundido, porque aunque a los judíos los arrestaban con más frecuencia que a los *goyim*^[*], eso no quería decir que cometieran más delitos que los *goyim*^[**]. ¿Y cómo era posible? Pues los arrestaban con más frecuencia porque los crimiñadles judíos no se atrevían a matar a un poli. Y para no lastimar a otro ser humano, se dejaban arrestar. —A la estatua aquello no le hizo ninguna gracia—. El tal Bingham retiró lo que había dicho, y aunque no formábamos ni la mitad de los delincuentes de Nueva York, no nos quedábamos cortos. Ese maldito antisemita no se lo había inventado todo. Eso era lo que más fastidiaba, eso es lo que siguió doliéndonos.

—¿Sabes lo que solía decir mi padre? —inquirió la estatua mirando a Green—. Venga a dar golpes sobre la mesa, decía: «¡Un judío nunca tendrá excusas para ser criminal! ¡Nunca! ¿Me oyes, Moishe? Si alguna vez cometes un delito, será como si le clavaras un puñal en el corazón a todo el pueblo judío».

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Blondie? —le preguntó Green cogiéndolo de la chaqueta.

—Me fijé en ella cuando pasaba por ahí, cosa que no ocurría con

frecuencia —repuso la estatua, sentándose junto al detective—. ¿Cuántas rubias como ella se ven por esta zona? Me fijaba adonde iba, a qué edificios, y también me fijé en lo que hacía para pagar lo que compraba. Claro, no era asunto mío. Pero hace mucho tiempo ya que ningún asunto es mío. Por eso la observaba. Y seguí observándola porque la tía tenía algo que me llamó la atención. Como una bola fría de pan ázimo. Ya sabes, hay gente que no podría ser judía por nada del mundo, y sin embargo...

Green asintió.

—Y sin embargo, en los huesos, en los *kishkes*^[**], sabes que son judíos. Así que más o menos una semana antes de que muriera, pasaba yo por ese terreno de la calle Nueve y la avenida A, cuando vi a Blondie ahí parada, como si esperase a alguien. Entonces voy y me la vuelvo a mirar y le digo, porque la cosa no me dejaba tranquilo: «Eres la desvergüenza para el pueblo judío».

—¿Le dijiste eso en vez de decirle «hola, ¿qué tal?»? —comentó Green.

—¿Qué querías que hiciera, que me fuera por las ramas? Y la tía va y me insulta, en *yiddish* y todo; aquello me dio un sobresalto, aunque probaba lo que ya sabía. Me dijo que por qué no me metía en mis putos asuntos y que quién le daba derecho a un *alter cocker*^[*] como yo, a juzgar a todos los judíos. Y la tía no paraba. Así que le contesté. Le dije que esperaba que su madre estuviese muerta, así no tendría que avergonzarse de haber traído a este mundo a una puta. ¡Una puta yanqui! ¡Aaj!

—¿Y cuánto tiempo estuvisteis así, terneza va terneza viene?

—¡Cualquiera sabe! Unos minutos, quizá cinco, o tal vez diez. Al final la tía fue y cogió una mierda de perro, imagínatelo, una chica judía cogiendo una mierda de perro, y me la tiró.

—¿Logró darte?

—Justo aquí —repuso la estatua frotándose el ojo derecho, y olisqueándose la mano.

—¿Y tú qué hiciste?

—Intenté cogerla y logré agarrarla. Iba a zurrarla. Iba a zurrarla en público en nombre de todo el pueblo judío. Pero me dio un golpe en el estómago con una piedra, que cualquiera sabe de dónde sacaría, y no logré sujetarla. Me escupió a la cara y salió corriendo. Eso es todo.

—¿Todo?

—La noche siguiente y la siguiente, la busqué. Me sentía mal. Aquella no era manera de ayudarla, mira que hablarle así... Quería volver a intentarlo, de un modo mejor. Pero no volví a verla, hasta que salió en los diarios.

—Moishe, cuando la viste en los diarios —dijo Green mirando a la estatua—; ¿por qué no me lo contaste todo?

—¿Es que te parezco loco? No tenía nada que contarte que tuviera relación con el asesinato, y si hubiera dicho algo, ¿qué te habría parecido, eh?

—¿Se lo has contado a Mendelssohn?

—Cuando lo vea se lo contaré —respondió la estatua volviendo a ponerse de pie.

—Díselo hoy mismo, Moishe. Tiene que saberlo todo.

—Noah, ¿qué rayos es esto? ¿Alguno de los que trabaja contigo cree seriamente que soy un asesino? ¿Qué pasa ahora, tengo un nuevo oficio?

—En esta profesión, hay veces en que algunas cosas comienzan a relacionarse de un modo que hace muy difícil que uno encuentre salidas. La relación puede ser equivocada, pero antes de que pueda probarse, alguien está metido en un *tsuris*^[*] de cuidado. De mucho cuidado, Moishe.

La estatua se sonó la nariz ruidosamente con el enorme pañuelo.

—Moishe —dijo Green poniéndose de pie—, ¿estás seguro que ésa fue la última vez que la viste?

—Ya te lo he dicho. Me estás fastidiando. De ahora en adelante, si tienes preguntas, habla con mi abogado. Esta ventanilla se ha cerrado.

—Así me gusta —replicó Green, y saludándole con la mano se alejó.

30

A LA MAÑANA SIGUIENTE, bien temprano, Green leía el *Down Beat* y sacudía la cabeza apenado.

—Ya han desaparecido casi todos los gigantes —le dijo a Randall Dickerson, que ocupaba el escritorio contiguo—. Ya no surge nadie que pueda siquiera llevarle la caja de instrumentos a Coleman Hawkins. O a Lester Young. O a Coltrane. Nadie. Atajo de maricones que estudiaron composición en Yale o en algún sitio parecido. ¡Pero los gigantes! ¿Quién tenía credenciales como para darles un título?

Dickerson, que había permanecido absorto leyendo el contenido de un sobre delgado de papel manila, levantó la vista y repuso:

—El laboratorio de análisis dice que algunas de las fibras halladas en Blondie y en Sylvia Robinson eran iguales. Lana. Pero con una rara combinación de tintes. Uno de los colores es un púrpura terroso y no figura en los archivos del laboratorio. Podría ser casero. Estas fibras no concuerdan con las ropas de Sylvia ni de Blondie. De modo que podrían provenir de alguna prenda de otra persona.

»Noah —agregó Dickerson mirando a Green—, necesitamos un permiso de registro. Esa manta de caballos que siempre usa la estatua. Debió de dormir con ella cuando viajaba en tercera clase, en el barco. Parece de lana, y cualquiera sabe de qué colores es. Sabemos que estuvo con Sylvia. Sabemos que discutieron. ¿Qué pasa si no se cargó a las dos? A menos que tuviera algo que ver con Blondie. Pero aunque no tuviera nada que ver...

Green arrojó el *Down Beat* a la papelera y dijo:

—Moishe la conocía. No quiero decir que se la tirara. Pero una tarde tuvieron una acalorada discusión, en un terreno baldío, más o menos una semana antes de que la mataran. Moishe averiguó que era judía, y en nombre de todos los judíos que pisaron alguna vez este mundo, la reprendió. La chica no sé comportó como una penitente. De hecho le enseñó que tenía por boca una letrina. Y él fue a por ella... para zurrarla. Eso dice, y le creo. Se lo habría hecho a su propia hija si la tuviera, ¿por qué no entonces a cualquier chica judía que hubiera elegido el mal camino? Ella le dio un golpe en el estómago, y ahí acabó la cosa. Dice que no volvió a verla.

Dickerson sacudió la cabeza, se puso en pie y se dirigió al lugar donde estaba sentado Green. Con suavidad, con demasiada suavidad, preguntó:

—¿Y cómo te enteraste?

—Me lo dijo Sol. Y Moishe me lo confirmó.

—Noah —la voz de Dickerson sonó aún más baja e implacable—, ¿cómo diablos te sentirías si yo me callara algo así?

Green sacó un cigarro, se lo miró con detenimiento y repuso:

—Iba a escribirlo para el archivo y tenía la intención de mostrártelo. Pero no me he decidido a hacerlo. Pero Randall, no significa nada. Moishe no va por ahí matando prostitutas porque sean judías. Le gritó, eso es todo.

—Quiero esa manta —insistió Dickerson mirando fijamente a Green.

—Claro —replicó Green—. Si tienes una corazonada sobre Moishe, has de seguirla.

—Noah, no me vengas con chorradas.

Green se metió el cigarro apagado en la boca.

—Tengo que informar al capitán —le dijo Dickerson.

Desde su oficina, Fortunato Randazzo escuchaba atentamente mientras sus ojos brillantes iban de un detective al otro.

—La estatua te ocultó información —gruñó Randazzo señalando a Green con un dedo regordete—. Si el vendedor de periódicos no se hubiera chivado, nunca nos habríamos enterado. ¿Cómo diablos sabes que no te oculta alguna otra cosa? ¿Por ejemplo el sitio donde ocultó el resto de los cadáveres?

—Lo único que sé —masculló Green— es que es una pérdida de

tiempo. Vale, tenemos que seguir las pistas del laboratorio de análisis, pero Moishe no es un asesino.

—Me sorprendes, Noah Green —dijo Randazzo paseándose delante de su escritorio—. De veras me sorprendes. Tantos años de detective y ahora me vienes con este rollo todo bondades. —Y con una melindrosa voz de falsete, Randazzo agregó—: ¡Oh, no! ¡Moishe no es un asesino! No, no, no. Estoy convencido. Mírale esos profundos ojos castaños, ¿cómo podría ser capaz de asesinar a nadie?

»No existe nadie —rugió Randazzo—, nadie que en el fondo de su corazoncito no sea un criminal. ¿Qué te crees tú que piensa el Papa, a las tres de la mañana, con la vista clavada en el techo? Piensa en el jodido cardenal que le hace la vida imposible y que no tiene la decencia de caerse muerto. ¿Te crees tú que el Papa no le pondría las manos alrededor del cogote a ese hijo de perra, mientras está ahí tranquilito en la cama? ¿Por qué carajo no puede un viejo judío, que para colmo es rápido de manos, querer cargarse a alguien con toda su alma? Y en este caso se trata de un viejo judío al que, tenlo presente, le cuesta cada vez más distinguir entre fantasía y realidad. ¿Es que te crees que no lo he visto hablar en voz alta estando solo?

»Así que —continuó Randazzo señalando a Green— se la carga porque es un descrédito para la raza judía. Lo hace en sueños, con la diferencia de que no está soñando.

—¿Y Sylvia, por qué iba a cargarse a Sylvia? —inquirió Green.

—Quizá llegó a la conclusión de que debía castigarle porque estaba deshonrando a Martin Luther King. ¿Quién diablos puede saberlo? Lo único que digo es que lo han visto con las dos, lo han visto molestándolas, y que la violencia no le es extraña: recuerdo de la época en que trabajaba con el sindicato, de modo que, ¿de dónde sacas eso de que Moishe no es un asesino?

—No es un asesino —insistió Green mirando la pared.

—No me gustan las mentes cerradas —dijo Randazzo—, y menos en un policía.

—Si existen pruebas, cambiaré de opinión —dijo Green—. Hasta un memo lo haría.

—Qué susceptible —dijo el capitán sonriendo fríamente—. Nunca te he apartado de un caso. Pero a veces no me faltan ganas.

Juro que no me faltan ganas. ¿Qué opinas, Noah?

—¿Qué opinarías tú, capitán, si te apartaran de un caso?

—Pues te tendría entre ceja y ceja —respondió Randazzo haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Riordan me lo hizo una vez. Jamás perdoné a ese borracho de mierda.

—¿Y por qué te apartó del caso? —inquirió Green.

—No es asunto tuyo. Porque soy italiano, ¿vale? Bien, solicítalo el permiso de registro.

Al llegar a la calle, Green se volvió a mirar a Dickerson y le comentó:

—Creí que ibas a decirle que te había ocultado información.

—Me dijiste lo que tenías que decirme —repuso Dickerson abriendo la puerta del coche—. No se hable más.

31

HACIA MEDIANOCHE, el hombre calvo y delgado, de rostro pálido y ojos negros y brillantes tiraba de un perro enorme, con un buen humor alarmante; procuraba que fuese hacia el bordillo de una calle poco iluminada, ubicada entre la avenida West End y Broadway, en el Upper West Side.

—¡Maldito seas! —masculló Jeremy con fiereza—. En la cuneta, te he dicho en la cuneta. Ni siquiera tú puedes cagar en la acera.

—¿Por qué no le pegas? —La voz grave, agradablemente sonora que oyó detrás de él, pertenecía a un hombre negro, alto, que estaba apoyado contra una cerca de hierro como si fuera el dueño de la ciudad entera.

—Ah, John Lewis, llegas a tiempo. No puedo pegarle, porque es de Mulvaney, por eso. Se me ocurrió a mí, pensé que un perro sería una buena tapadera para vernos, ¿quién podría hablar de nada serio con un perro de por medio? Por eso le pedí el perro prestado al jefe, pero este chucho es tonto, y para colmo tiene un tamaño descomunal. ¿Alguna novedad?

—Pues no demasiadas —repuso Randall Dickerson—. Le consiguió un abogado al viejo, a la estatua.

—¿Cómo lo supiste? ¡No hagas eso! —aulló Jeremy tirando con fuerza del perro que, alegremente, echó a correr llevándose a Jeremy en medio de la calle, hasta que Dickerson sujetó la correa y obligó al perro a volver a la cuneta.

—Me lo dijo el viejo. Dice que Noah le comentó que necesitaba un abogado, o que lo necesitaría dentro de muy poco.

—¿Cómo se llama el abogado?

—Jason Mendelssohn; un punto a tu favor. Pero averigüé que el padre de Mendelssohn había sido abogado del sindicato para el que trabajó el viejo, de modo que la cosa encaja.

Jeremy le gruñó al perro, que había meado en mitad de la acera y acto seguido había saltado sobre él para lamerle la cara.

—¿Alguna vez le dijiste a un presunto acusado que se consiguiese un abogado? —inquirió Jeremy.

—Claro —repuso Dickerson—, cuando quería darle un buen susto para hacerle soltar prenda. Quiero decir, cuando sabía positivamente que no era culpable pero el tipo temía ser sospechoso. De lo contrario, no.

—¿Y cómo hará para pagarle a Mendelssohn? —inquirió Jeremy, agachándose para recoger una pila de excrementos con la sección de deportes del *The Times*—. El jefe nunca me dijo que su perro tuviera diarrea.

—Su hijo. Es gerente de una empresa importante. Tiene mucha pasta.

—Forma parte de la relación comercial que existe entre Green y Mendelssohn. Le lleva clientes. Y por eso le pagan. ¿Qué otros servicios presta Green? ¿Tienes alguna pista?

Dickerson le dio unas palmadas al perro, que estaba alzado sobre las patas traseras, lamiéndole la nariz al detective.

—El viejo decía que nunca había visto a la tal Blondie, y después resulta que un vendedor de periódicos lo vio discutiendo con ella una semana antes de que la mataran. El tipo se lo dijo a Green y Green logró que la estatua lo admitiese, aunque se tomó después su tiempo para contármelo.

—¿Y qué dijo para justificar esa tardanza?

—Que no se había decidido. Además, Green dice que de ningún modo el viejo puede ser un asesino.

—¿Sabes si Green le contó a Mendelssohn lo de la discusión?

—No, no lo sé.

—Te apuesto a que lo hizo. Maldito perro idiota. ¿Por qué no te fijas dónde vuelves a cagar? ¿Cómo crees que podré volver a ponerme estos zapatos?

32

EN EL DUODÉCIMO PISO del número uno de la Police Plaza, en una de las salitas de interrogatorios, ubicadas al fondo del pasillo al que daba la enorme oficina ventilada del jefe Mulvaney, se encontraban Jeremy, Jeremiah Riordan, ex comandante del Primer Escuadrón de Homicidios, y un hombre corpulento, pelado, de unos cincuenta y cinco años.

—Repítamelo otra vez, señor Rinaldi —dijo Jeremy—. Despacio.

Rinaldi miró a su alrededor, con la esperanza de que a alguien se le hubiera pasado por alto alguna ventana y observó:

—Qué calor.

—En este lugar resulta difícil mantenerse frescos —comentó Jeremy con una sonrisa—. No sé si me explico. Aunque le pido perdón. Es usted un invitado, un invitado con todas las de la ley, y deberíamos contar con sitios menos cerrados para los invitados. Tendré que encargarme de ese aspecto. Y bien, me decía que...

Rinaldi sacó un pañuelo blanco y mugriento del bolsillo trasero, se enjugó el cuello, las mejillas y la frente, se sonó la nariz y volvió a guardarlo en el bolsillo para repetir:

—Qué calor.

Junto a Rinaldi, Riordan, que vestía chaqueta y corbata, sonrió a Jeremy a través de sus dientes amarillos y le dijo:

—Para mí nunca llega a hacer demasiado calor, Jeremy, no sé si te acuerdas.

Jeremy se echó a reír y le explicó a Rinaldi:

—El comandante Riordan y yo estábamos en cierta ocasión

esperando a un delincuente en la parte residencial de la ciudad. Ocurrió hace mucho tiempo, antes de que lo ascendieran. Como llamábamos la atención por nuestra palidez y en vista de las circunstancias, no podíamos esperar fuera de la casa donde vivía el tipo. Teníamos que cogerlo en la cama, o bien esperar a que volviera si andaba por ahí de pindongueo. Y vaya pindongueos se mandaba el tío. Podíamos endilgarle ocho violaciones, y la mayoría de las víctimas tenía más de setenta. Primero las atracaba, y de postre las violaba.

»En fin, que caímos por ahí a las cinco de la mañana. Íbamos en un coche sin distintivos que daba la impresión de haber sido objeto de actos vandálicos en todos los semáforos en rojo que habíamos encontrado de camino. Por si alguien se fijaba en nosotros. Así que subimos la escalera de puntillas y descubrimos que el tío no estaba en casa. Entonces decidimos quedarnos a esperar.

»Pues bien, se trataba de un hijoputa muy fuerte. Teníamos que pillarlo por sorpresa. Aunque éramos dos, queríamos conservar los dientes que nos quedaban y el resto de nuestros cuerpos. Bueno, estábamos en un cuarto pequeño, con un armario empotrado. El lavabo se encontraba al fondo del vestíbulo. No podíamos esperar en la habitación porque en cuanto abriera la puerta, vería al menos a uno de nosotros, imagínese lo pequeña que era la habitación. Así que decidimos ocultarnos en el armario.

»Por desgracia, quienquiera que fuese el ausente propietario de aquel agujero negro, el muy cabrón ponía la calefacción a tope. Y cuando digo a tope, era a tope. No logramos descifrar cómo se apagaba. El radiador no tenía ninguna llave. Seguramente se la habría comido el puñetero violador una noche de locos sueños. Así que ahí estábamos, en el armario, empapados de sudor, entre la calefacción y el calor de nuestros propios cuerpos; y para colmo ni las americanas pudimos quitarnos porque no podíamos dejarlas en la habitación, además, en el armario no había dónde colgarlas si estábamos nosotros dentro, y si las llevábamos abajo, al coche, jamás volveríamos a verlas, y encima existía la pega de que alguien podía enterarse de nuestra presencia. De modo que ahí estábamos, cocinados.

»Gracias a Dios, la polla delincuente regresó al cabo de media hora. Yo me moría, juro que me moría. Pero éste —dijo Jeremy

señalando a Riordan—, ni una gota sudó, juro que ni una gota.

—Es que no sudo —dijo con orgullo Riordan.

—¿Qué pasó con el violador? —preguntó el sudoroso Rinaldi.

—Ojalá no me lo hubiera preguntado —comentó Jeremy—. Nos echamos sobre él, lo cogimos por el cuello y la espalda, pero el tipo se nos sacudió de encima como si fuéramos polvo. Y al hacerlo, se tiró el pedo más sonoro y oloroso en cuya asquerosa presencia he podido estar en toda mi vida. No sé si lo hizo a propósito o no, pero juro que nos produjo una impresión de mil diablos. Subió los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro, y desapareció en la oscuridad, que le resultaba muy conveniente a él y a su forma de actuar.

—¿Lograron atraparlo? —preguntó Rinaldi.

—Todavía sigue siendo un caso activo —respondió Jeremy.

—Quiere decir que en algún archivo hay una rata que se está comiendo ese expediente —cacareó Riordan—. Con toda probabilidad, el muy hijo de puta se habrá convertido en alcalde de alguna ciudad importante del medio oeste —concluyó con otro cacareo.

—Pues bien, señor Rinaldi —dijo Jeremy ahogando rápidamente una risita—, ¿dígame qué le hizo sospechar que el abogado del hombre que mató a su hijo obtenía información sobre usted desde dentro?

Rinaldi agachó la cabeza, frunció el ceño, se restregó el mentón, volvió a levantar la cabeza y sin mirar a Jeremy, fijó la vista en la pared.

—Durante el juicio, el detective Green nos invitó un día a almorzar a mi mujer y a mí. Estábamos hablando y mi señora va y dice cómo Mike, durante toda la semana antes de que lo mataran, estuvo pensando en aquel tipo. Le dijo que a Mike le costaba enfadarse, pero que se estaba caldeando. Le comentó que aquel tío estaba fastidiando a Mike, lo estaba pinchando. Lo provocaba diciéndole que parecía duro, pero que por dentro era un blando. Y además, le comentó que decía cosas de Janice, la esposa de Mike, a pesar de que no la había visto nunca.

—¿Y por qué hacía semejante cosa? —preguntó Jeremy.

—¿Por qué un pescado huele a pescado? —le espetó Rinaldi—. Porque el tipo estaba hecho así. Y mi mujer va y dice que el tipo era

tan terrible que no le extrañó que Mike acabara diciendo que iba a partirle la cabeza.

—¿Alguna vez le comentaron algo de esto al fiscal? —inquirió Jeremy con suavidad.

—No. Mi señora se fue de la lengua al hablar con el detective Green. Habíamos acordado no decir nada de aquello. En fin, que aquel cabrón había matado a mi hijo. Todo lo demás estaba completamente fuera de sitio. Mi señora sigue reprochándose por haber hablado, pero ese Green es un buen tipo, y escucha, sabe cómo escuchar.

Riordan cacareó.

—Riordan también me preguntó lo mismo —dijo Rinaldi mirando a Jeremy—. Y le dijimos que no, que no se lo habíamos contado al fiscal. Conocíamos a Mike, sabíamos que lo decía para desahogarse, que no iba a hacer nada. Lo conocíamos. Era nuestro hijo.

—¿Y qué dijo Green? —inquirió Jeremy inclinándose un poco hacia adelante.

—Dijo que él se encargaría del asunto —repuso Rinaldi—. ¿Por qué no iba a hacerlo? Además, jera un tipo tan majo! Dijo que se lo comentaría al ayudante del fiscal del distrito. Y bueno, al día siguiente, cuando estaba yo en el estrado contando lo de Mike, diciendo que era un buen hijo, un buen padre, va Mendelssohn y empieza a preguntarme si entre Mike y el acusado no había algún tipo de enemistad. Yo le dije que prácticamente no se conocían, ¿cómo iban a estar enemistados? Y Mendelssohn me miró con una sonrisa dé ésas que si hubiéramos estado en un bar se la habría borrado con cara y todo. Y no me hizo más preguntas.

»Después, subió mi señora al estrado y habló de Mike. Y cuando le tocó el turno a Mendelssohn, le preguntó si Mike había hablado alguna vez de aquel tipo, si alguna vez había dicho que el tipo le caía gordo, y esa clase de cosas. Mi señora no sabe mentir. Nunca supo. Así la criaron. Se puso muy incómoda y toda colorada y empezó a toser y terminó contándole más o menos lo que le había dicho a Green durante la comida. Entonces, el apestoso de Mendelssohn le metió en la cabeza al jurado que yo mentía. Y no hicieron ni caso de lo que yo declaré. El jurado se creyó lo que mi señora dijo, porque obviamente, decía la verdad. Los del jurado

creyeron que mi hijo y el acusado no se podían ver.

—¿Cree usted que su hijo fue tras aquel tío? No digo que lo atacara por detrás, sino que quizá lo tomara por sorpresa —inquirió Jeremy mirando la silla desocupada que había junto a Rinaldi.

—No —respondió el hombre grande sosteniéndose el mentón con la mano—. Creo que no. No era de esos. Claro que a lo mejor le dijo algo, no sé cómo se sentía, pero seguro que no comenzó a pegarle sin decirle algo. Y seguro que no habría atacado a nadie por la espalda, de eso estoy seguro como de que me llamo Doc. No, a mi Mike le tendieron una emboscada.

—Ya veo —dijo Jeremy doblando los dedos hasta hacerlos crujir—. En algún momento, después de la comida con el detective Green y las declaraciones que hizo su señora a Mendelssohn al día siguiente, ¿le comentó usted al fiscal sobre lo de la enemistad entre su hijo y el asesino?

—No. Supuse que Green se lo habría dicho, y si el fiscal hubiera tenido alguna pregunta que hacernos, nos la habría hecho. Se trataba de un tema que no quería sacar a relucir. Pero cuando Mendelssohn empezó a hablar del asunto, supe que algo había ido mal porque el fiscal puso una cara como si le hubieran dado de puñetazos en el estómago.

—¿Después de eso le dijo el ayudante del fiscal del distrito que aquello era una novedad para él? —inquirió Jeremy.

—Sí —asintió Rinaldi—, en la primera ocasión que tuvo. Entonces, nosotros le dijimos: «¿Es que el detective no se lo comentó?». El tipo localizó a Green, que estaba trabajando en otra parte y Green le dijo: «Está en el expediente. Usted no se encontraba en su despacho. Se lo dejé a su secretaria en cuanto terminé de comer con los Rinaldi». El fiscal dijo que si hubiera visto el puñetero expediente, lo habría preguntado primero, para que no pareciese como que ocultábamos algo, y hubiera podido prepararlo todo de manera que pudiéramos explicarlo mejor.

—¿Y cómo reaccionó el detective Green? —preguntó Jeremy.

—Se enfadó. Dijo que él no tenía la culpa si la secretaria no sabía hacer su trabajo. El fiscal dijo que iba a averiguar exactamente qué había ocurrido, pero nunca más volvimos a tener noticias del asunto.

—¿Entonces, el detective Green era la única persona, de parte de

la acusación, que sabía lo que se le escapó a su esposa durante la comida? —inquirió Jeremy en voz baja.

—Sí, era la única persona —respondió Rinaldi.

Jeremy apagó el grabador.

—Muchas gracias, señor Rinaldi. Posiblemente tengamos algunas otras preguntas que hacerle, y me gustaría hablar con su esposa.

—Como guste —replicó el hombre enorme—. Lo extraño es que a ella, al principio, el tal Green le había caído muy bien. Dijo que era muy amable, tanto que ni parecía policía.

—No fue la primera a la que le costó creer que era un policía —comentó Riordan sombríamente.

Jeremy observó a Riordan, sus mejillas rojas, los dientes amarillos y el pelo blanco rizado.

—Muchas gracias a usted también, señor. El comandante —dijo dirigiéndose a Rinaldi— sigue tan vigilante como siempre. Más aún, si cabe.

—Recuerdos al jefe Mulvaney —dijo Riordan con una sonrisa—. Dile que estoy siempre a su disposición, de día y de noche.

—El jefe ya lo sabe —repuso Jeremy sonriendo—. Ocupa usted un lugar especial en su corazón.

33

HENRY LANGSTON FITZGERALD vivía en el Bowery, en el extremo norte del Bowery, cerca del Teatro Público. Su apartamento —en realidad se trataba de una buhardilla— se encontraba en la última planta de un edificio de seis pisos, testigo, según sus propias palabras, de una época en que los trabajadores se sentían orgullosos de sus trabajos y en que los constructores les daban materiales con los que era un honor trabajar. Tenía algo más de noventa años, y su estructura había albergado, en diversas ocasiones, empresas de impresión y un fabricante de sombreros para caballeros.

Ahora era totalmente de viviendas y entre sus ocupantes había varios estudiantes de arte del Cooper Union, recién casados, que soportaban a los borrachos del portal a cambio de un alquiler razonable y un reportero político que hacía mucho había trabajado para el *The New York Times*, pero que ahora estaba jubilado y se dedicaba a escribir novelas y a quejarse de que la lectura de sus obras era demasiado fácil y amena como para que se las publicaran. («Nadie tiene que interpretarme, ésta es mi perdición»).

Se accedía a la casa de Fitzgerald a través de unas empinadas escaleras. El hombre negro, de espalda erguida, subía sin esfuerzos, pero Angel se vio obligado a recordarse que debía empezar a practicar algún deporte. Jogging, quizá, como el rastrero de Arthur. Algo. Tenía que hacer algo.

Fitzgerald se volvió para mirarlo y le dijo:

—Es una vergüenza. A tu edad, estás bufando como una mujer preñada. Dios te ha dado ese cuerpo, y no te dará ningún otro. Eso

es lo malo de los regalos. Que la gente no los valora. Pero si tuvieras que montar tu propio cuerpo por ti mismo, no abusarías de él como lo haces. Ya hemos llegado.

La puerta estaba pintada de negro y sobre ella había colgado un enorme trozo de papel rojo, en el que había escrito con letra de imprenta y rotulador negro:

ENTONCES SE ABRIRÁN LOS OJOS DE LOS CIEGOS,
LOS OÍDOS DE LOS SORDOS OIRÁN,
Y LOS LISIADOS SALTARÁN COMO CIERVOS
Y LAS LENGUAS DE LOS MUDOS CANTARÁN DE DICHA.

—¡Sí, señor! —exclamó Angel—. Entonces llegará el día.

Fitzgerald lo miró con aire amenazante y abrió la puerta. Dentro, había una única habitación espaciosa, con una cocina grande en un extremo, junto a una ventana. El resto —sin contar una cama estrecha en una especie de ático al que se llegaba por una escalera corta— estaba formado por la sala.

Las paredes eran blancas y estaban desnudas, a excepción de un pequeño crucifijo que pendía encima de un interruptor de la luz, y un dibujo enorme, en color, de un triángulo en cuyo interior había un ojo.

—¿Sabes lo que es eso? —le preguntó Fitzgerald a Angel.

—Un triángulo con un ojo dentro.

—Tienes la imaginación y el espíritu de un arrendador. Es un triángulo equilátero y por lo tanto, simboliza la Trinidad. El ojo, so burro, es el ojo de Dios, que todo lo ve.

—Estupendo —dijo Angel, sentándose en una silla de respaldo recto, el único tipo de silla que había—. ¿Y para qué quería verme?

—Eres un buen rastreador. Después de todo, tardé un tiempo en advertir que me seguías, de modo que has de ser bueno porque soy paranoico. ¿Cuánto cobras?

—Hasta ahora es un trabajo que he realizado sólo por gusto —repuso Angel frunciendo el ceño.

—He realizado, querrás decir. ¿Cuánto cobras, pues?

—¿Qué hay que hacer?

—Quiero que me busques una esposa. Es decir, una candidata para el puesto.

—¿Y yo qué sé de...?

—Te mueves mucho, siempre observas lo que sucede, eres inteligente, eres un buscavidas y lees novelas, lo cual significa que ves lo que hay debajo de la superficie.

—¿Y qué se supone que debo buscar? —inquirió Angel mirando de soslayo.

—Edad: entre dieciocho y cincuenta. Tiene que ser limpia. Con eso quiero decir que ha de ser una persona que se sentiría terriblemente incómoda si no estuviera limpia. No importa lo que haga para ganarse la vida, si es que hace algo.

—Pero tiene que ser cristiana, ¿verdad?

—En absoluto. Ya me encargaré de eso, y de cualquier otro tipo de educación que necesite. Tampoco hay restricciones en cuanto a raza, país de origen, creencias políticas. Pero tiene que tener una cualidad. Tiene que ser buena.

—¿Cómo?

—¿Vas a decirme que nunca has conocido a nadie que sea bueno?

Angel levantó la vista, miró al techo y luego a su alrededor y se fijó en el ojo de Dios.

—Mi abuela era buena. Aunque hace ya cuatro años que ha muerto, incluso ahora cuando estoy hecho un lío, se me aparece y me dice lo que tengo que hacer.

—¿Se te aparece? —repitió Fitzgerald mirando fijamente a Angel—. ¿Lo dices en serio?

—No —repuso Angel—. Los fantasmas no existen. Quiero decir que me surge en el pensamiento.

—¿Y cómo era de buena tu abuela?

—Pues no podía hacer nada malo —repuso Angel encogiéndose de hombros—, ¿qué más puedo decirle?

—Entonces sabes a qué me refiero cuando digo buena.

—Dijo que no le importa qué tipo de trabajo haga —comentó Angel reprimiendo una sonrisa—. ¿Y si fuera prostituta? Una vez conocí a una puta que no podía hacer nada malo, salvo lo que hacía para comer, y no creía que estuviese mal.

—Si es buena, y limpia, la tendré en cuenta.

¿Acaso tengo que recordarte a quién se le apareció por primera vez Cristo resucitado?

—Ah, sí, a María Magdalena —replicó Angel frunciendo el ceño

—. ¿Cuánto me pagará?

—¿Qué crees tú que sería lo justo?

Angel se lo pensó un rato, reunió valor y repuso:

—Sólo podré trabajar de dos a tres horas diarias. Tengo que ir a la escuela, atender a mi madre y hacer otras cosas. Así que ocho dólares por hora, más gastos.

—¿Qué clase de gastos?

—Cualquiera sabe. En esta ciudad no se puede dar un paso sin meterse en gastos. A lo mejor necesito tomar un taxi para seguirla. No sé. Oiga, si soy lo suficientemente honrado como para saber lo que es ser bueno, tendría que confiar en mí y saber que no voy a engañarle.

—Pide un comprobante por cada gasto que realices —sugirió Fitzgerald—. Y no superes las siete horas semanales. A menos que estés tras una candidata que merezca la pena.

—¿Por qué quiere casarse? —preguntó Angel-i Tengo entendido que ha vivido solo durante mucho tiempo.

—Cincuenta y un años —repuso Fitzgerald poniéndose en pie—. Ya son bastantes años.

34

MENDELSSOHN silbó por lo bajo cuando la camarera se alejó de su mesa.

—Cerveza —dijo Noah Green—. He pedido cerveza. ¿Cómo decías?

—¿Cuánto hace? —preguntó el abogado.

—¿Cuánto hace de qué? Por el amor del cielo, vaya abogado criminalista. ¿Quieres decir que porque he sido un *shikker*^[*], seguiré siempre siendo un *shikker*?

—¿Quieres decirme qué problema tienes? No te cobraré.

—No —repuso Green encendiendo un cigarro—. Toma —agregó, se agachó, recogió una bolsa de plástico de la compra, la abrió y puso sobre la mesa una pila de cassettes—. En su mayor parte, son grabaciones de radio. Tienes aquí diez horas inolvidables salidas de la Universidad de la Sabiduría Musical de Kay Kyser, con Ginny Simms, Ish-Ka-Bibble y un montón de gente *goyim*^[***] cuyos nombres no recuerdo.

—¡Estupendo! No sabes cómo te agradezco que inviertas tanto tiempo en encontrar toda esta mierda, mi cliente se pondrá muy pero que muy contento. ¿Cuánto te debo?

—*Bupkes*^[*], olvídale. Mientras te buscaba las cassettes, encontré uno de Billie Holiday que no tenía, de modo que mereció la pena invertir el tiempo.

—Anda, vamos —insistió Mendelssohn—, ¿cuánto te debo?

Green le contestó haciendo un amplio ademán, se quitó la chaqueta, la colocó en el respaldo de la silla y dijo:

—Qué calor.

Llegaron los bocadillos de pastrami, junto con el batido de nata para el abogado y la cerveza para el detective. Green tomó la copa, bebió un sorbito, hizo una mueca y comentó:

—En realidad, me hubiera apetecido un aguardiente, y no este brebaje. Pero no te preocupes, puedo pasar sin ella.

Cuando hubo terminado con el bocadillo, Mendelssohn encendió un cigarro largo y delgado, mientras Green iba al lavabo. Depositó el cigarro en un cenicero, sacó cinco billetes de cincuenta dólares de la billetera, y una de sus tarjetas en la que escribió: «Algo para el crío», buscó un clip para papeles en el bolsillo de los pantalones y colocó el pequeño paquete en el bolsillo superior de la chaqueta de Green.

Cuando Green volvió del lavabo, los dos viejos amigos dejaron propinas por separado, pagaron sus cuentas en la caja y, juntos, se fueron andando hacia la zona norte de la ciudad, deteniéndose de vez en cuando para mirar los equipos estéreo, los artículos de marroquinería y demás mercancías de los escaparates.

En el bar de Gudaiti, un hombre fornido, de aspecto alegre y cara redonda, que había ocupado la mesa contigua a la de Green y Mendelssohn, sacó una libretita, anotó algo y asintió satisfecho, pero entonces, la cara se le ensombreció. «Con lo que he averiguado en este almuerzo —pensó— podría haber pedido algo mejor, incluso podía haber pedido ese otro *whisky sour*».

35

A LA MAÑANA SIGUIENTE, el hombre negro de espalda erguida, había ido a comprar sus periódicos, igual que el proxeneta que asistía a la universidad comunitaria y los demás habituales. La estatua se encontraba en la esquina, tarareando *Kol Nidre*^[*]. Bastante bien, pensó el vendedor de periódicos. Con verdadero sentimiento, pero sin llorar tirado por los suelos.

Todo estaba en orden y Sol se disponía a comerse su rebanada de pan untada y a tomarse el café, aún caliente del termo, cuando un joven regordete y de rostro fino le sorprendió con su presencia.

—Shel, Shel, ¿dónde diablos has estado? ¿Te encuentras bien? No tienes buen aspecto. Shel, escucha, cerraré el kiosco y nos iremos a casa.

El joven que temblaba bajo el abrigo azul con capucha y llevaba la cabeza de pelo rubio y fino descubierta, hizo un gesto negativo y repuso:

—Escúchame, papá, no tengo tiempo. Necesito doscientos. Es que los necesito ya mismo. No puedo decirte más. Tienes que creerme. Los necesito. Los necesito más que nada.

Sol le dio unas palmaditas en la mejilla al joven y le dijo:

—Espera un momento —se volvió de espaldas, se quitó el cinturón, corrió la cremallera que tenía en la parte interna, sacó cuatro billetes de cincuenta dólares, lanzó el cinturón al interior del kiosco y le dio el dinero a su hijo, que se marchó a toda prisa. Su padre, que deseaba desesperadamente llamarle a gritos, se contuvo y miró a su alrededor para comprobar si alguien seguía a Shel. Al

parecer nadie lo seguía. Pero ¿quién podía estar seguro en un sitio como aquél?

Cuanto más pensaba Sol en lo ocurrido, más ganas le entraban de vomitar. Y antes de que se diera cuenta de nada, se encontró de pie junto al bordillo, vomitando.

—Ya me haré cargo del kiosco —le dijo Angel, que estaba detrás de él—. Vete a casa.

—Gracias —murmuró Sol—, gracias, pero no. Si me voy a casa me volveré loco. Mi señora querrá saber por qué he ido. ¿Y qué voy a decirle?

—¿Qué ocurrió?

El vendedor de periódicos le describió lo que había ocurrido durante los treinta y ocho segundos que había visto a su hijo.

—¿Llevas alguna foto de él para que pueda echarle un vistazo? —inquirió Angel.

Sol asintió, sacó la billetera del bolsillo del pantalón y le pasó a Angel una instantánea.

—¿Debería decírselo a la policía?

—¿Decirles qué, Sol? Si sólo es un drogadicto, no tendrán tiempo para él. Si es camello, podrían caerle quince años como mínimo. Tal vez más.

—Al menos estaría vivo.

—En eso tienes razón. ¿Tienes otra foto?

—Sí, tengo fotos, pero no sé por cuánto tiempo tendré a la persona que aparece en esas fotos.

—Dale una a Noah. Él estará al quite por si ve a tu hijo, y si lo llegan a pescar, hará lo que pueda. Al fin y al cabo, ahora él también tiene un hijo.

Sol buceó en el bolsillo y encontró otra instantánea.

—¿Y ahora qué tengo que hacer?

—Quédate donde estás. Donde sabe que va a encontrarte.

—Angel, es el único hijo que tengo.

Angel le dio unas palmaditas en el hombro y lo tranquilizó:

—No le pasará nada.

Cuando se hubo alejado calle abajo y hubo doblado la esquina, Angel miró hacia arriba, al sol brillante y dijo en voz baja:

—Sol, será mejor que te consigas uno de esos recipientes de cristal con una vela dentro. Por si las moscas.

36

ESA TARDE, TEMPRANO, un coche patrulla, conducido por Randall Dickerson, avanzaba por la Segunda avenida hacia la calle Veinte Este, rumbo al Laboratorio de Análisis, ubicado en el octavo piso de la Academia de Policía.

Junto a Dickerson iba Noah Green y, gruñendo en el asiento trasero, iba Fortunato Randazzo.

—Todo esto es una mierda —observó el capitán—. Un soplón vale más que todos los puñeteros químicos de ese lugar. No os imagináis cuántas veces he visto a abogados listos, como el hijoputa de Mendelssohn, coger a los peritos del laboratorio de análisis y hacerles tragar toda su mierda científica.

—Yo he visto todo lo contrario —comentó Green, volviéndose—. He visto...

—Has visto, has visto —rugió Randazzo—. Te cuento un caso. El cadáver fue atropellado una y otra vez. No hubo testigos. Hay un buen número de tíos a los que les hubiera gustado atropellar a ese desgraciado. Habrían hecho cola con el motor en marcha. Escogemos a unos de esos tipos. Los del laboratorio encuentran unos restos de pintura azul en el culo del difunto que concuerdan con la pintura azul del coche del acusado. Vale. En el tribunal, el genio del laboratorio de análisis jura que los restos de pintura del cadáver son del mismo tipo de la pintura del coche del acusado. En los pigmentos de estos restos hay cromo y un producto a base de cobre. De modo que al acusado le arruinaron el pastel, ¿no?

»Pero el abogado defensor, un pelmazo llamado Mendelssohn, le

dice al genio del laboratorio de análisis: «¿Declara usted ante este jurado que no existe ninguna duda y que fue este coche, el coche del acusado, el que atropelló al señor Russo?». El tipo del laboratorio de análisis responde que no, que no puede estar seguro de que fue este coche, porque existen otros coches pintados con la misma pintura. Pero insiste en que no hay duda de que los restos encontrados en las ropas del cadáver concuerdan con la pintura del coche del cabrón del acusado.

»Entonces, Mendelssohn pregunta, mojándose los labios con la lengua, porque sabe que nuestro perito meterá la pata por tercera vez: «¿Y cuántos coches diría usted que llevan esta pintura?».

»El tipo del laboratorio de análisis gorgotea cuando las aguas lo cubren por completo a él, a la acusación pública y al ayudante del fiscal del distrito: «Pues diría que hay miles de coches así». Y tú que estás ahí, logras ver que en la cabeza de cada uno de los miembros del jurado se enciende una enorme luz que pone: «¡bingo!».

—Huellas digitales —dijo Green.

—¡Ah!, ahora sí que dices algo con sentido. Si tienes unas huellas decentes, entonces estás salvado. Pero en cuanto al resto de las pruebas que se cocinan ahí, más nos valdría contar con ese dinero para poner más hombres en las calles. Hombres con ojos.

—¿Pueden ver en el interior de los bolsillos? —inquirió Green volviéndose—. ¿Pueden ver entre los pelos que llevas en la cabeza?

—Oye —dijo Randazzo dirigiéndose a Dickerson—, estás viendo cómo este tío pierde la chaveta y, ¿no me dices nada? ¿Qué clase de ángel de la guarda eres?

Sin decir palabra, Dickerson sonrió.

—Nunca lo olvidaré —insistió Green—. Una mañana, estaba en el laboratorio de análisis, esperaba que me confirmaran qué cantidad de la sustancia que le había incautado a un tío era en realidad heroína, y estaba charlando con el teniente Maloney, que es un maestro en esto de encontrar pruebas, ya sabes, cristales, fibras, pelos, marcas de herramientas. Y con el tío tomé una actitud como la tuya, capitán. «No me vengas a decir que la tierra es redonda».

—Cuidado con lo que dices —le advirtió Randazzo.

—Entonces, Maloney va y me dice: «Quítate la americana. Voy a sacudirla con un palo».

—Trabajan tal como me lo había imaginado —comentó Randazzo—. Como chimpancés en un zoo.

—Y Maloney me dijo —prosiguió Green— que yo no tenía ni idea de lo que llevaba encima. Cogió mi americana, la sacudió bien con un palo sobre una especie de mesa del laboratorio, le ordenó a un par de tíos del laboratorio que analizaran lo que había salido de la americana y al cabo de un rato, me muestra a través de un microscopio, restos de óxido y pintura, pequeñas partículas de cristal, polvo, partículas de tierra, desechos, trozos de tabaco y un poco de marihuana que había en el aire, quién sabe dónde.

—¡Ajá! —exclamó Randazzo.

—Y me analizaron el pelo y encontraron distintos tipos de polvo y restos de productos químicos. Con lo que me sacaron de la americana y del pelo, hubieran podido decir a ciencia cierta dónde había estado los últimos días. En la calle Canal se le pegan a uno cosas muy distintas de las que se le pueden pegar en Park Avenue, ¿me explico?

Randazzo resopló cuando se detuvieron ante la Academia de Policía y le espetó:

—Tú y dos millones más de sospechosos.

Cuando subieron, los condujeron hasta la atestada oficina del doctor Victor Bluestone, el director del laboratorio de análisis, un hombre alto, delgado y reservado. Mirando de reojo un expediente que tenía ante sí, Bluestone dijo:

—Las fibras coinciden bastante. Las que encontramos en las mujeres muertas eran de lana, y cada una de ellas tiene rastros de ocho colores de tintura. El problema es que en nuestros archivos no tenemos nada parecido con que comprobar esas tinturas. Nunca había visto nada igual. Ese abrigo no salió de una tienda. Está hecho a mano. El tejido, el corte, la tintura, todo.

Para disgusto de Randazzo, Bluestone se dirigió a Green.

—Lo más interesante —prosiguió el director del laboratorio de análisis— es que las tinturas son originales. Las hicieron en casa, en la casa de alguien.

—¿No podrían haber hecho otros abrigos en el mismo sitio? —inquirió Dickerson.

—Claro —respondió Bluestone—. Pero si los otros fueron hechos completamente a mano, como éste, no es probable que haya

muchos.

Por primera vez, Randazzo se mostró interesado.

—Si lo cogiera un abogado defensor en el estrado —le ladró a Bluestone— y le preguntara: «¿Cuántos abrigos como éste cree que pueden existir?», ¿qué contestaría usted?

—Pues contestaría que en todo el tiempo que llevo en este trabajo —repuso Bluestone con voz clara y firme— es el primero que he visto. Y le diría que sería muy poco probable que existieran muchos otros.

—Supongamos que el abogado le preguntara: «¿Y en qué basa esa suposición?».

—He dirigido durante quince años este laboratorio, que tiene el mayor volumen de cualquier ciudad del país. Si he visto solamente un abrigo y una serie de tinturas como éstas en quince años, repito que es muy poco probable que existan muchos otros abrigos.

—Bien hecho —dijo Randazzo—. Bien —agregó dirigiéndose a Green—, tu amigo estuvo cerca de las dos chicas. Tenemos testigos presenciales de que llevaba una prenda que se parecía mucho a este abrigo, que es el que tú has sacado de su casa. Con una orden de registro. Arréstalo.

—Es extraño —comentó Green— que Moishe no nos lo pusiera difícil. Ni siquiera telefoneó a Mendelssohn. Se limitó a darnos el abrigo y no dijo palabra.

—Pues no tendría nada que decir —replicó Randazzo—. Oiga —añadió volviéndose a Bluestone—. Entre esas tinturas, ¿hay alguna de color azul?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada —replicó Randazzo dirigiéndose hacia la puerta—. Es un color que trae problemas. Es todo.

Una vez fuera, el capitán le dijo a Green:

—Enviaré a Oliver y a Ferruzzi a recoger al viejo.

—¿Temes que si fuera yo lo dejaría escapar por la puerta trasera? —inquirió Green poniéndose colorado.

—¡Me temo que soy demasiado blando, gilipollas! —aulló Randazzo, al tiempo que se dejaba caer pesadamente en el asiento trasero.

37

AL REGRESAR A LA COMISARIA, en el escaparate de un mercadillo de una iglesia, en St. Mark's

Place, Green vio un abrigo. Parecía idéntico al de la estatua. No comentó nada a Dickerson ni a Randazzo, y minutos después de haber llegado al segundo piso, Green se marchó, diciéndole a Dickerson que tenía una pista para otro de sus casos.

Cuando entró en el mercadillo. Green se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no se sometía a una revisión oftalmológica. La lana era más fina, y probablemente no era pura lana. Los colores eran más claros, y la mezcla era distinta. Finalmente, notó que el abrigo venía de Taiwan. Y en Taiwan nunca hacen nada a mano.

Recordando un par de escaparates del vecindario en los que se exponían ropas pasadas de moda, o que nunca habían estado de moda en ninguna parte y en ningún momento, Green se dirigió hacia la Segunda avenida. Un chucho pequeño, casi un cachorro, olisqueaba y gimoteaba ante un enorme cubo de basura del que provenía un olor de lo más desagradable. Al reconocer el hedor, Green se apartó y encendió un cigarrillo como autodefensa. La tapa del cubo estaba suelta y Green la sacó dándole una suave patada al cubo.

En el interior del cubo se encontraba el joven que aparecía en la instantánea que Sol Weinstein le había dado. Sheldon Weinstein. Parecía dormir un sueño muy pacífico que le impedía darse cuenta de que la mitad de su cuerpo —del ombligo para abajo— había sido

eliminada. Vestía una camiseta roja desteñida en cuya pechera unas letras blancas anunciaban:

I ♥ NEW YORK.

Después de telefonar a Randazzo y a la brigada de identificación, Green esperó junto al cadáver.

—¡Gilipollas! —imprecó Green a la cabeza rubia adornada con un collar discontinuo de granos de café—. Hijo de puta, vas a matar también a tu padre.

Una mujer de mediana edad y rasgos angulosos, con un cigarrillo medio apagado pendiéndole del labio inferior, bajó la escalera de un edificio de cuatro pisos, vio la cabeza, miró a Green y siguió su camino.

—Oiga —le llamó Green—. ¿Había visto a este hombre?

—No quiero líos. No me importa lo que hubo entre vosotros, que no salga de aquí. Yo no he visto nada. Buenos días.

El coche de Randazzo se acercó con estruendo; Randall Dickerson iba al volante.

—¡Ajá! —exclamó el capitán—. ¿Sabes? —dijo, dirigiéndose a Green—, si los de la recogida de basuras hubieran llegado antes que tú, esto habría ido a parar directamente a la mezcladora. Nunca ven nada y no nos habríamos enterado. Alguna vez teníamos que tener un poco de suerte.

Randazzo le echó una ojeada a la mitad superior del joven y preguntó:

—¿Cómo rayos cuadra esto? ¿Sería un prostituto masculino? Eso lo relacionaría con las otras. Tal vez. Imagino que no sabrás quién es.

—Conoces al padre —le informó Green—. Es Sol, el que tiene el kiosco en St. Mark's Place.

—¡Dios mío! —exclamó Randazzo sacando el pañuelo y sonándose la nariz—. Era hijo único.

—Tiene dos hijas más.

—Díselo a la Bella Abzug. El único hijo. Dios mío. Oye, ¿no tendría la estatua algún lío con este chico?

—Capitán, ¿alguna vez has oído hablar de la presunción de

inocencia? —inquirió Green poniéndose rígido.

—No lees los periódicos. La Corte Suprema la ha revocado, gracias a Dios. Te hice una pregunta. ¿Conocía el viejo a este chico?

—Que yo sepa, no —repuso Green.

—Pues ahora tengo otro tema del que hablar con él —dijo Randazzo, se subió al coche y se alejó.

Dickerson, que se había quedado en el lugar de los hechos, le preguntó a Green:

—¿Por qué los corta en dos?

—Tal vez para que parezca que lo ha hecho un loco. O tal vez exista un nuevo culto del que no estamos enterados. O tal vez diseñe ceniceros. Mierda. Será mejor que se lo diga a Sol.

—Yo iré llamando a las puertas —dijo Dickerson—. Pero lo más probable es que lo hayan arrojado a la basura a varias manzanas de aquí. Aun así, nunca se sabe.

Dos niños de unos ocho años se aproximaron por la acera.

—¡Cruza a la acera de enfrente! —les gritó Green señalando el otro lado de la calle.

Los niños rieron tontamente y pasaron corriendo para ver lo que se suponía que no debían ver.

Miraron fijamente, volvieron a echarse a reír y uno de ellos le preguntó a Green:

—¿Qué nos das si encontramos la otra mitad?

—Un par de culos nuevos —repuso Green— para reemplazar los que os romperé a patadas.

Los niños se alejaron calle abajo a toda carrera sin dejar de reír.

—¿Qué hará falta para asustarlos de veras? —inquirió Green.

—Creo que no me gustaría averiguarlo —repuso su compañero.

38

AL ENTERARSE DEL ASESINATO del muchacho delicado, Angel fue a toda prisa hasta el kiosco para ofrecerse a atenderlo. Pero Sol ya se había marchado, y el kiosco estaba cerrado. Allí sólo estaba el detective corpulento con cara afligida.

—¿Se lo ha tomado muy mal? —preguntó Angel por decir algo.

—Sol dice que él mató al muchacho —murmuró Green—. Que no le prestó suficiente atención. Que no intentó ayudarlo lo suficiente, ni averiguar qué clase de ayuda necesitaba. ¿Sabes si se dedicaba a algo más que a comprar droga por esta zona?

—Le iba bien —le comentó Angel—. Hace cosa de cuatro o cinco meses, lo pasaron a uno de los grandes negociados. Era un tipo inteligente, muy bueno para los números, tan bueno que hasta le pagaban y todo, además de proporcionarle la droga que necesitaba diariamente para seguir en pie. Hace unas dos semanas, lo hicieron a un lado. Lo apartaron de todo. Y desde entonces, ha estado dando vueltas como una rata que no encuentra la madriguera.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó Green fríamente, con voz queda.

—Cuando me enteré de que estaba tan comprometido —repuso Angel mirándolo con tranquilidad— no quise que me incrustasen un par de balas en el coco. No te lo dije a ti, y tampoco a Sol. Esta gente es muy peligrosa, Noah. No podía arriesgarme. Si algo me ocurriera, mi madre acabaría en un cubo de basura, ¿me entiendes? Y para serte franco, exceptuando a mi madre, la verdad es que no me gustaría morir por un yonqui cualquiera. Estos tíos, Noah, serían

capaces de matar a sus propios hijos si llegasen a sospechar de ellos. Y lo han hecho.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque la muerte lo cambia todo. El chico debió de fastidiarlos de algún modo, y cuando ellos le hacen esto a alguien que creen que los ha jodido, quieren que la gente se entere. Ahora todo el mundo está enterado.

—Este es el tercero —dijo Green acercándose tanto a Angel que el adolescente tuvo que retroceder—. No quiero que haya más. Quiero saber quién te contó todo esto antes de que lo supiera todo el mundo.

—¿Quieres encontrarme en un cubo de basura? ¿Es eso lo que quieres? —preguntó Angel negando con la cabeza—. Escúchame, me limito a vagar. Voy con muchos tipos distintos de gente. Es la única forma de aprender. Tú ya me conoces, y sabes que soy así. Te cuento lo que hay en el aire, pero no te lo cuento todo. Ya lo sabes. Si me atosigas, tendré que decirte que no. Y como esto significa mucho para ti, si digo que no, me pondrás en la lista negra, y así me considerarás, por lo que no podré volver a verte.

—No hay nada gratuito, muchacho —le dijo Noah impidiéndole el paso—. Tarde o temprano, te pedirán cuentas.

—No soy un soplón —le dijo Angel con gesto adusto—, y nunca dije que lo fuera. Te he dado datos, pero nunca he delatado a nadie.

—Angel, las reglas han cambiado. El homicidio tiene otras reglas.

—No tengo nada que ver con eso. Ya no juego más. —Y con esto Angel se alejó a toda prisa y luego echó a correr.

Una joven mujer negra de cabello crespo se acercó al kiosco cerrado; llena de exasperación sacudió la cabeza y declaró:

—¿Y ahora qué, es que están otra vez de fiesta? Tendré que irme a otro kiosco, y desviarme tres manazas.

—Han matado al hijo del dueño —le informó Green, completamente apagado.

—Cielos —dijo la mujer mirando a Green—. ¿Y cómo ocurrió?

—Es lo que intentamos averiguar.

—Ah —dijo la mujer mirando a Green de arriba a abajo—. Es usted policía. En vista de que el asesinado es blanco, supongo que averiguarán quién ha sido.

Green lanzó el cigarro a la cuneta y se alejó.

—Más les vale —le gritó la mujer—, porque su padre es un tío majo. Mucho más majo que usted.

Green quería comentarle a la estatua lo ocurrido, y se puso a buscarlo. Pero luego decidió regresar a la comisaría. Al subir la escalera, vio bajar al capitán Randazzo.

—¿Cómo está Sol? —preguntó Randazzo.

—Dice que hoy el alma ha abandonado su cuerpo. Y ese es el aspecto que tiene.

—Sol no es el único que ha perdido hoy el alma —comentó Randazzo poniéndole una mano en el hombro a Green—. Iba a buscarte para decírtelo; Moishe ha muerto.

Green quiso sentarse, pero como no podía, se apoyó contra la pared.

—¿Lo han cortado como a los otros?

—No. Fue de un ataque al corazón. Cuando Oliver y Ferruzzi fueron a recogerlo, no pudieron entrar. Decidieron entrar por la ventana y lo encontraron en el suelo, contra la puerta. Al parecer, se disponía a salir.

—Probablemente ellos le provocaron el ataque al corazón —dijo Green con la boca amarga—. Pobre viejo, si no nos hubiéramos ensañado con él...

—Me parece que necesitas un descanso. Te estás olvidando de lo más importante demuestro oficio. Nunca has de entablar una relación personal con un sospechoso. Ni amistosa ni de las otras. Tienes que estar por encima de eso. Es la primera vez que noto que te olvidas de eso.

—No necesito descansar —observó Green.

—Te apartaré del caso.

—Moishe ha muerto, por el amor de Dios.

—Murió después que el muchacho. Pudo haber sido él. Sigue siendo sospechoso. Tú fuiste quien se empeñó en que fuéramos al laboratorio de análisis. Pues bien, han encontrado algo. Y no te gustará. Si se hubiera tratado de otro sospechoso, te habría alegrado saber lo que encontraron. Noah, tómate unas vacaciones. Disfruta de tu hijo.

—¿Es una orden o una sugerencia?

—Por el momento, una sugerencia.

—No puedo estar sin hacer nada —replicó Green negando con la cabeza—. No sería bueno para el bebé ni para Shannon. ¿Dónde está Moishe?

—Mendelssohn —repuso el capitán echándose a la boca unos cuantos caramelos duros—. Él se encargó de todo. No me acuerdo del nombre de las pompas fúnebres.

—Ya sé quiénes son —dijo Green—. Frank Campbell. Se irá con bombos y platillos. Justo lo que él no quería.

—¿Campbell? —inquirió Randazzo frunciendo el ceño—. Eso no me suena judío.

—Has acertado, chico —dijo el detective.

39

SEGUÍA SIENDO UNA ESTATUA, pero demasiado indefinida. De todos los cadáveres que había visto, éste era el más irreal.

Moishe Kagan vestía un traje cruzado, azul oscuro, que Green nunca le había visto, una camisa blanca y una corbata rojo oscuro; sus labios de caramelo tenían algo así como una sonrisa juguetona.

—La última *greps*^[*] —masculló Green.

Detrás de él sonó la risa ahogada de Jason Mendelssohn, que lo había oído.

—Tiene todo el aspecto —murmuró el abogado— de no poder aguantar más tanta satisfacción.

—Es obsceno —musitó Green.

—Permíteme —dijo Mendelssohn empujando a Green más allá del féretro, como para echar una última y prolongada mirada a Moishe, mientras deslizaba un librito azul en el bolsillo del pantalón del difunto.

—¿El libro del sindicato? —inquirió Green con una sonrisa.

—Exactamente. Ahora sí que es Moishe el que está en el cajón.

La mayoría de los que habían acudido eran viejos miembros retirados del Sindicato Internacional de Trabajadores de la Confección de Ropa Femenina, aunque también habían asistido unos cuantos colegas más jóvenes del finado, que rondaban los sesenta y seguían firmes en la brecha, dando guerra. También estaba Balfour, el hijo de Moishe, que se parecía a Abba Eban y que si no hubiera sido por su acento neoyorquino, habría podido ser de verdad Abba Eban. La mujer de Balfour, una pelirroja, le recordó a

Green la antigua canción de jazz de Stella Brooks, *a Little Piece of Leather*.

I'm

Las caras de sus dos hijos adolescentes reflejaban una cordial neutralidad, incluso cuando se daban de codazos con malvadas intenciones.

—Ya no hay hombres como papá —les dijo Balfour Kagan a Green y a Mendelssohn.

—Sí —respondió Mendelssohn, mirando al joven Kagan directamente a los ojos—. Después de hacer a tu padre, rompieron el molde.

—Sí, ya lo puede decir —comentó Balfour Kagan y luego agregó —: Oiga, ¿en qué clase de... esto... problema estaba metido mi padre al final?

—No estaba metido en ningún problema —repuso Green—. Hubo un malentendido por parte de algunos de mis colegas.

—Sobre el que aún no hemos dicho la última palabra —dijo Mendelssohn cogiendo al hijo de Moishe por el brazo—. Ya te daré noticias al respecto. No te preocupes de nada.

—¿Quiere decir —inquirió el joven Kagan con aire preocupado — que todavía son necesarios sus servicios?

—Sólo para redondear las cosas. ¿No querrás que queden por ahí cabos sueltos?

—Claro que no —repuso Kagan con un suspiro—. Quería preguntarle sobre esto —dijo y sacó un sobre del bolsillo interior de la americana—. Alguien me dejó esto en el hotel.

En el sobre había un cheque por cinco mil dólares de la Sociedad Protectora Familiar del Lower East Side, y una carta en la que los donantes declaraban que esperaban que el dinero se utilizara para recordar, de alguna manera, al querido miembro de la comunidad, ahora difunto. Quizá se podrían plantar unos árboles o comprar unos libros de historia del trabajo para el centro comunitario. La decisión quedaba absolutamente en manos de la sucesión.

—Como verá —dijo Kagan señalando la carta—, lleva la firma de un tal Robert Mendez. ¿Lo conoce?

—Un recadero —respondió Green—. La tal Sociedad Protectora Familiar del Lower East Side no es *kosher*^[*]. Al menos, no para mí. Tiene que ser una especie de tapadera. Todavía no hemos logrado

descubrir a qué se dedican exactamente, pero me imagino que blanquea dinero a través de algunas de sus donaciones. Vaya, que no me huele nada bien, eso es lo que intento decirle.

—Noah —dijo Mendelssohn con tono de ligera reprobación—, eso es menos que un rumor. Es puro humo. ¿Te parece justo?

—¿Eres su abogado? —preguntó Green mirándolo a la cara.

—He representado a la sociedad en un par de asuntos pequeños.

—¿Y eso los convierte en legales? Escuche —agregó Green dirigiéndose a Balfour Kagan—, su padre le hubiera devuelto ese cheque a Mendez y le hubiera dicho que se lo metiera en donde no le brilla el sol. Es dinero sucio. Podría contagiarle quién sabe qué cosas.

—No veo qué daño podrían ocasionar unos árboles y unos libros —protestó Balfour Kagan, ceñudo.

—Así se habla —intervino Mendelssohn—, lo que cuenta es el bien de la comunidad. Si todo el mundo fuera de purista por la vida, nunca se haría nada bueno.

Green se volvió para mirar el cadáver y declaró:

—Vale, Moishe está muerto. Si esto no lo hace levantar de la tumba, ya no se levantará más.

40

EL BEBÉ DORMÍA en el dormitorio, y en la mesa de la cocina, Shannon Leahy Green clasificaba una montaña de recortes para preparar una entrevista que le haría, a la mañana siguiente, al funcionario responsable del sistema de instrucción de la ciudad de Nueva York, en perpetuo estado de hundimiento. Mientras estudiaba las estadísticas, canturreaba suavemente:

*La señorita Mary Mack, Mack, Mack,
Toda vestida de negro, negro, negro,
Con plateados botones, botones, botones,
Por toda la espalda, espalda, espalda.*

—¿Qué diablos es eso? —inquirió Noah Green, que estaba sentado en la sala y observaba la calle a través del mirador.

—Una canción infantil inglesa, de hace mucho tiempo —repuso ella y prosiguió:

*No sabe leer, leer, leer,
No sabe escribir, escribir, escribir,
Pero sabe fumar, fumar, fumar
La pipa de su papá, papá, papá.
Le pidió a su mamá, mamá, mamá,
Cincuenta peniques, peniques, peniques,
Para ver al elefante, elefante, elefante.*

—¡Por el amor de Dios, cambia de disco! —aulló su marido.

*Salta el cerco, cerco, cerco,
Saltó tan alto, alto, alto
Que tocó el cielo, cielo, cielo
Y nunca volvió, volvió, volvió
Hasta el cuatro de julio, julio, julio.*

—¡Cristo Santo! —rugió Green.

*Subió la escalera, era, era,
Se golpeó la cabeza en una puerta
Y ahora está muerta*

—¡Ya basta, maldita sea! —vociferó Green entrando en la habitación como una tromba y, dando un puñetazo sobre la mesa, desbarató todos los recortes.

—¡Si serás...! —gritó su mujer poniendo los brazos en jarras—. ¿Qué mosca te ha picado? Era sólo una broma, y mira lo que me has hecho, te has cargado una hora de trabajo. Cielos, te he visto nervioso, pero nunca así.

—Siento lo de los recortes —se excusó Green sentándose a la mesa. Se agachó para recogerlos, pero Shannon le hizo ademán de que se marchase.

—No, que me lo liarás aún más —le dijo.

Green inspiró profundamente y luego soltó el aire.

—Creo que me están vigilando. Pero no puedo precisar quién es ni por qué.

—Pon a alguno de tus compañeros a averiguarlo.

—Vaya tontería —le espetó—. Si después resulta que no es nada, voy a dar la impresión de que me ha llegado la hora de la jubilación. Y si no puedo arreglármelas solo, entonces, quizá ya sea hora de que me jubile.

—¿Por qué crees que te están vigilando? —inquirió Shannon, besándole la cabeza.

—Porque lo presiento. Y presiento que es desde dentro. He oído a tíos avanzados en años hablar de esa sensación. Y siempre han acertado. Claro que siempre han tenido buenos motivos para tener miedo.

—¿Te refieres a Asuntos Internos?

—Sí, pero no tengo motivos para tener miedo. ¿Por qué van a

por mí entonces?

—¿No podría tratarse de una queja absurda que ellos consideren que tienen que investigar?

Green sacó una cerveza de la nevera.

—Podría ser. También podría tratarse de alguien que quiere tenderme una trampa. ¿Pero quién? Y también podría ser que me lo estoy imaginando. ¿Qué dicen que les pasa a los maestros? Que se queman, ¿no? Pues nosotros estamos más quemados que ellos. Pero nunca creí que me tocaría a mí.

Shannon se puso delante de Green, le levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—No, a ti no te ha tocado. Si creyera siquiera que estás empezando a estar quemado, te lo diría. Pero no es tu caso. Si te das por vencido, entonces sí, te convertirás en un caso clínico.

Green le colocó las manos en la cintura y asintió con la cabeza.

—Sí, es verdad. ¿Para qué diablos soy detective si no logro solucionar este asunto?

41

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Fortunato Randazzo tenía a su lado una taza humeante de café y tres salchichas pequeñas y gordas; se disponía a echar un vistazo a las tiras cómicas del *The Daily News*, como las llamaba él, cuando Noah Green llamó a la puerta al mismo tiempo que entraba y decía roncamente:

—Quiero saber qué está pasando.

Randazzo notó que el detective no se había afeitado con el cuidado de costumbre. Y si no se equivocaba, la camisa era la misma del día anterior.

—Me alegra oírtelo decir —repuso el capitán sin decidirse a si debía o no ofrecerle una salchicha a Green. El capitán decidió que no le sentaría bien. Por otra parte, como él era italiano, estaba inmunizado.

—Vamos, vamos —prosiguió Green sin sentarse—, sabes a qué me refiero.

—Nos ahorraremos mucho tiempo —dijo Randazzo— si me dices de qué estás hablando.

—De Asunto Internos. Me están investigando, ¿no es verdad?

—Sabes que no es así —replicó Randazzo echándose a reír—. Y yo sería el último en enterarme. No le avisan al oficial a cargo porque si tienen razón, y hay una manzana podrida, él es responsable por no saber que el tipo era una manzana podrida y por no saber qué estaba haciendo. Claro que muy de vez en cuando te permiten saber qué pasa si es que necesitan un cierto tipo de tapadera para su gente, pero aparte de esa circunstancia, casi

nunca. Ellos mismos se encargan de montarse sus propias tapaderas. Son como fantasmas, los jodidos, nunca sabes que están, pero si crees en ellos, están, y de qué manera. Y todos creemos en ellos, ¿no es así? ¿Por qué crees que están tras de ti? Y siéntate, por el amor de Cristo. Que no soy el enemigo.

Green se sentó en el borde de una silla, frente al escritorio de Randazzo y repuso:

—Lo presiento. Sé que no es por nada que haya hecho. Pero siento que me siguen, que me sigue otro policía. ¿Alguna vez tuviste esa sensación?

Randazzo engulló una salchicha y respondió:

—Sí, unas cuantas veces. Pero nunca pasó nada. De modo que pudieron haber sido ellos, o quizá no. Maldita policía secreta. Si no logran encontrar nada, no te dicen lo que buscaban.

—Podría tratarse de alguna queja absurda que han decidido comprobar —comentó Green sacando un cigarro.

—Claro, y también podría ser idea tuya. Ya te lo dije, no te vendrían mal unos días de descanso.

—No puedo pedirte que me avises si te preguntan algo, porque si te preguntan algo, no tendrás manera de avisarme —concluyó Green poniéndose en pie.

—Noah —suspiró Randazzo—, si me preguntan por mi madre, y ella me preguntara si ellos habían preguntado por ella, le mentiría aunque estuviera besándola. Sé que no puedo pedirte que te lo quites de la cabeza, porque en tu lugar, yo tampoco podría quitármelo de la cabeza y en lo que a mí respecta, si van tras de ti, también me están investigando a mí. Sólo puedo decirte lo que ya sabes. Si son ellos, nunca te enterarás hasta que ellos no quieran que te enteres. Y si tienes suerte, nunca sabrás nada.

—Hablas como si fueran mágicos, invisibles, inhumanos.

—Todas esas palabras los describen muy bien —dijo Randazzo.

—Pues no me quedará sentado para que me sigan torturando —declaró Green y se marchó a toda prisa.

42

WILFRED MULVANEY había dormido una buena siesta después de la cena. En la sala de música, el despertador sonó a las once y media. Se despertó, se sirvió un Armagnac, se puso los zapatos y una chaqueta de lino y gritó a su mujer que estaba en el piso de arriba:

—No me dejes encerrado afuera. —Después de lo cual, abrió la puerta principal.

—¿Cuánto tardarás, cariño? —bajó la lisonjera voz de soprano flotando por la escalera.

—Volveré para Navidad —canturreó él. A toda prisa se internó en el aire húmedo y fue hasta su coche, el coche no oficial, un Jaguar rojo, del mejor modelo.

Media hora más tarde, entró en la rectoría de una sencilla iglesia católica del Bronx, le dio un caluroso apretón de manos al sacerdote, un enérgico italiano de avanzada edad, y le agradeció que le permitiera utilizar su casa.

—No hay de qué —dijo el sacerdote—. Si alguna vez se queda sin celdas, cuando guste puede encerrar aquí a un par de ladrones. Los reformaremos, los pondremos patas arriba. Lo hemos hecho antes. Su hombre está ahí dentro —le indicó el sacerdote, señalando un cuarto del fondo.

El hombre que Mulvaney había ido a ver era una mujer. Alta, delgada como un junco, con cabello corto y negro y la cara del boxeador que no se retiró a tiempo; vestía un traje masculino barato, de color azul, una camisa blanca y una corbata verde. Cuando Mulvaney entró en la habitación, ella le dio una calada al

cigarrillo, lo arrojó a la chimenea y le sonrió con los pocos dientes que le quedaban.

—¿Lo has traído todo? —inquirió ella con vozarrón de fumadora.

—Primero canta, cariño. Claro que lo he traído todo. Pero antes, como dice el hombre de la tele, has de ganártelo. Al estilo antiguo.

—Al estilo antiguo me darías por el culo, que es lo que en realidad te apetece hacer ahora.

Mulvaney suspiró ante tamaña imposibilidad, le dio unas palmadas en el trasero —su buen trabajo le costó encontrarlo— y canturreó:

—Ah, chata, cuántos placeres se pierden los que ocupan puestos de jerarquía. Bien...

La mujer encendió otro cigarrillo y en voz baja dijo:

—Los tres, los tres que mataron eran soplones —miró al jefe con una sonrisa misteriosa.

—No eran soplones nuestros —puntualizó Mulvaney, ceñudo—. Eso lo sé seguro. ¡Malditos hijos de puta! —El jefe contó siete dientes cuando la mujer sonrió con más amplitud.

—Y no tienen pistas —prosiguió ella—. Y tú tampoco, podría apostar. Por eso te has acordado de mí, cariño, ¿no es así?

—Tara, ¿quieres ser complaciente con este pobre viejo y darle los datos que te ha pedido antes de que te pongas a ejecutar esas maravillosas variantes tuyas?

—Vale, lo que tú digas. Y va en serio —cloqueó ella—. He trabajado con ellos de vez en cuando durante un par de años. Nada grande, pero tampoco pequeño. Me muevo mucho, oigo cosas, y aunque no te lo creas, hay quienes quieren impresionarme porque entro muy bien y nadie puede impresionarme jamás. Y es la verdad, salvo en tu caso, cariño.

—¿Trabajas con los de la DEA?

—¿Con quién sino? De vez en cuando, el contacto que tengo ahí dentro quiere madrugarme, me exige más huevos de oro. Y por eso intenta hacerme sentir una inútil, ¿te lo imaginas? ¿Y cómo lo hace? Pues me cuenta mentiras sobre la información que le consiguen otros soplones de nivel. Sin darme nombres, claro. Ni detalles, salvo alguna que otra cosita. Con lo que me dice tengo material de trabajo para mis viajes, y he podido deducir que la DEA

está investigando parte de un negociado, pero no saben quién da las órdenes últimamente. O sea que mantienen a los soplones a la espera, a ver si pican algo, y los soplones consiguen alguna información que les permite efectuar algunas redadas, sin que nadie se vaya de la lengua, claro está, pero en esas redadas se han perdido cantidades importantes de mercancía, con lo que hay ciertas personas desconocidas que se sienten muy descontentas. Así que esas ciertas personas desconocidas empiezan la cacería de soplones.

—¿Qué te hace pensar que tienen los soplones adecuados?

—No voy a decírtelo —repuso sacudiendo la cabeza.

—¿No tienes ninguna duda?

—Ninguna —rió ella—. Compruébalo. Pregúntale a tus amigos de la DEA.

—¡Amigos! —exclamó Mulvaney. Le entraron ganas de lanzar un escupitajo al suelo, pero le pareció impropio—. ¿Estás segura de que tus amigos de ahí dentro no sospechan que tú y yo tenemos tratos de vez en cuando?

La mujer le sonrió a través de los espacios que separaban sus dientes y le preguntó a su vez:

—¿Cómo iban a enterarse, a menos que tú se lo dijeras? Sus archivos dicen, y yo digo que vosotros, mamones, me habéis hecho putadas siempre que habéis podido. Y es verdad. Jamás perdería el culo por nadie del Departamento de Policía de Nueva York.

—Conmigo no llegarás a esos extremos —ronroneó Mulvaney—, pero para mí es un consuelo saber que irás al cielo. ¿Cómo sabes que esta noche no te han seguido?

—Porque soy un tío. ¿Por qué iban a seguir a un tío si en realidad quieren seguirme a mí?

—Aun así, quiero que te quedes aquí a dormir y que no te vayas hasta que no sea bien de día. Y no vuelvas loco al viejo cura. Limitate a hacer las cosas anticuadas, al viejo estilo.

Mulvaney sacó del bolsillo de su traje un sobre de papel manila. La mujer lo abrió y contó cuatro mil dólares en billetes de cincuenta.

—Qué bien me siento haciendo tratos con un policía honrado. ¿Qué te parece un polvete veloz? Invita la casa.

—Cariño —dijo Mulvaney quitándole el sobre vacío y guardandoselo en el bolsillo—, estoy seguro de que ya llegará el

día, como llega la lluvia de primavera, en que los dos nos extasiaremos, y en nuestro honor, la tierra temblará. Pero en este momento, tengo una cita. ¿Me llamarás? Espero que entiendas que se trata de algo más que de una petición.

La mujer hizo una ligera reverencia y contestó:

—Sí, mi capitán Mick. Si vuelvo otra vez a la isla de Riker, se me caerán los pocos dientes que me quedan, y ya no me querrás más.

43

MULVANEY salió de la iglesia y, al ver una cabina telefónica en la esquina, echó a correr. Miró su reloj, se encogió de hombros e hizo la llamada.

—¿Galvin? Soy Mulvaney. ¿Estás solo? Pues procura estarlo. Te veré dentro de veinte minutos. No, no puedo esperar.

El jefe colgó, corrió hasta su coche, se dirigió a toda prisa a Manhattan, hacia el oeste, por la calle Cincuenta y siete y se detuvo delante de un enorme edificio de oficinas. Con aire amenazante le enseñó la placa al sereno, se metió en un ascensor y subió al decimonoveno piso. Se dirigió hasta una pesada puerta de cristal en la que había escrito con pulcras letras:

BRIGADA DE ESTUPEFACIENTES (D.E.A.)

Llamó a la puerta con golpes cortos y enérgicos. Le abrió un hombre de aspecto atlético, de unos cuarenta y siete años, que llevaba el cabello castaño claro bien corto y tenía los ojos azules y evasivos.

—¿Cómo sabías que era yo? —preguntó Mulvaney—. Podría haber sido el ángel negro de la muerte.

—Vi a través del cristal que sólo había una persona —respondió Kenneth Galvin—. No hizo falta que supiera quién era. Entre nosotros, no tengo nada de qué preocuparme. —Le echó un vistazo al revólver que tenía en la mano antes de guardarlo en la pistolera que llevaba debajo del hombro—. No tengo Dewar's

ni Cutty Sark, pero el gobierno de los Estados Unidos te ofrecerá

con gusto un poco de John Begg. Un escocés muy poco apreciado.

—Te advierto —puntualizó Mulvaney pasando por alto el gesto que Galvin le hizo para que tomara asiento— que hoy daré una conferencia de prensa para anunciar que el Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York ya no formará parte de ningún Cuerpo de Lucha contra la Droga que tenga que ver con la Brigada de Estupefacientes.

—Jo —soltó Galvin sentándose detrás del escritorio de la recepcionista—. El comisario de policía no me comentó nada —dijo sirviéndose media taza de John Begg, se puso en pie, fue al surtidor, llenó el resto de la taza con agua y revolvió el contenido con el dedo.

—El comisario de policía —dijo Mulvaney— oírás mi recomendación.

—Ah, sí, es verdad —dijo Galvin con una amplia sonrisa—. J. Edgar Hoover no murió nunca. Fue al Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York para ponerse al frente de Asuntos Internos. Y por supuesto que el comisario seguirá tu recomendación. Si no tienes nada contra él, tendrás algo contra su sobrino, o el primo segundo de su mujer.

Mulvaney se sentó junto al escritorio de la recepcionista y procuró recuperar sus ímpetus.

—¿Crees que a Washington le parecerá satisfactorio un argumento como éste? Has sido tú quien ha roto un acuerdo realizado en la cúspide. Te destituirán, Galvin. Quizá tengan un puesto para ti, como cuidador del lavabo de caballeros del aeropuerto de Bogotá.

«Dejaste que continuáramos investigando esos asesinatos cuando ya tenías la respuesta —le dijo Mulvaney poniéndose en pie y mirándolo desde su altura—. Y tuviste la respuesta desde el primer día. Te importó un pijo que muriera gente que quizá no hubiera muerto de habernos enterado de lo que hacías. El siguiente pudo haber sido un policía.

Los ojos azules que miraban desde abajo se mostraron ligeramente divertidos.

—La única forma de que hubiera podido tocarle a un policía —repuso Galvin—, es que el policía hubiese sido un soplón. Ya vale, escúchame ahora a mí; Wilfred, no creo que pudiera ser tan bueno

como tú con un cuerpo de estas dimensiones. ¿Mantener honrados a veinticuatro mil policías? ¿Pero qué te has creído? Aunque metieras a uno de tus hombres en cada uno de los setenta y tres distritos, aun así, en el barril azul habría algunas manzanas agusanadas.

»Últimamente, hay algunas que están muy agusanadas. Wilfred, nosotros logramos desbaratar esa banda de traficantes de coca que dirigía el mierda de Peralta. El muy cabrón iba por ahí diciendo que era dueño de ese distrito. Lo cierto es que tenía en nómina a dos detectives y dos patrulleros. Y no eran criaturas. Los muy mamones llevaban por lo menos doce años en el cuerpo. Uno de ellos contaba con veinticuatro menciones especiales de distintos departamentos. Pero si dan ganas de llorar... y de estrellarle la cabeza contra la pared al muy cabrón. Peralta sacaba a la calle droga por valor de tres, cuatro millones a la semana. Y estos hijos de puta le facilitan las cosas, le dan información desde dentro, para que nunca le toquen sus fábricas. Hasta que llegamos nosotros. —Galvin bebió otro sorbo de John Begg y prosiguió—: Y ése no es el único, y tú lo sabes. Ni por asomo. Y eso también lo sabes tú. —Le alcanzó la botella a Mulvaney, quien hizo caso omiso de ella.

»Escúchame un poco más, Wilfred, antes de que te conviertas en un hazmerreír con esa conferencia de prensa. Alguien se está cargando a nuestros informadores. Nuestros informadores, ¿me explico? No los tuyos. Si estuvieras en mi lugar, Wilfred, ¿te arriesgarías a compartir unas pistas que podrían ser vendidas justamente a quien perseguimos? No es que sepa exactamente a quién estamos persiguiendo, pero estoy seguro de que no es un chalado que va por ahí cortando en dos a la gente. Eso es lo que les gustaría que pensáramos, y quiero que sigan creyendo que pensamos eso, así tendremos un margen de maniobra. Pero si informamos al Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, y no te lo tomes a mal, Wilfred, porque lo digo en serio, podríamos perder ese margen precisamente porque algunos de los nuestros juegan a dos bandas.

»A propósito —continuó Galvin—, no supimos lo que ocurría desde el primer día. Sospechábamos que podía tratarse de un programa contra nuestros elegidos, pero la rubia, aunque trabajaba con nosotros, iba con una gente muy especial. No me hubiera sorprendido si uno de ellos se la hubiera comido. Con cuchillo y

tenedor. Pero cuando se cargaron a Sylvia, se nos encendieron las lamparitas. Las dos lamparitas. Ella y la rubia trabajaban para nosotros desde dentro, pero desde dentro de dos organizaciones distintas que no pensábamos que estuvieran relacionadas. En realidad, según nuestros servicios secretos, se trataba de dos serios competidores. Parte de esa información secreta nos llegó a través del muchacho judío, que fue el tercero en palmarla, y que trabajaba para una de esas organizaciones. Desinformación. Los cabrones que dirigen estas operaciones trabajan como el KGB. Ninguno de los tres confidentes, en mi opinión, logró superar el nivel inferior, de modo que sus muertes son lo que podríamos denominar golpes preventivos.

Mulvaney se puso en pie, tomó un vaso de papel, se sirvió un poco de escocés, sin agua, y dijo:

—No dará resultado, Kenneth. Si me excluyes de este asunto, cualquiera sabe de cuántos otros asuntos van a excluirme.

—Vamos, Wilfred —le dijo Galvin—. No te gustará oírlo que voy a decirte. Pero volveré a explicártelo. Si fueras sólo tú, te enterarías de todo lo que sé. Pero si te lo contara, tú tendrías que informar a los detectives que están en el caso para que dejaran de perseguir pistas falsas. Y tendrías que explicarles el por qué. No puedo arriesgarme a eso.

—Esa es tu opinión —comentó Mulvaney fríamente—. Quizá me piense lo de la conferencia de prensa, pero no hay manera de que podamos volverá trabajar juntos. No pienso permitir que me traten como a un mariquita del Consejo Nacional de Seguridad.

—¿Sacarás a toda tu gente de la fuerza combinada de tareas? —inquirió Galvin mirando al jefe.

—A todo hijo de vecino. Y de vecina —repuso Mulvaney mientras se disponía a abrir la puerta que daba al corredor.

—Wilfred —dijo Galvin levantando la mano para detenerlo—, sobre el otro asunto del que ya estás enterado, tenemos que mantenernos juntos o se nos irá de las manos. Y entonces sí que perderemos muchas cosas. Ningún confidente, ningún soplón colaborará si piensa que como recompensa lo van a partir en dos. ¿No le dirás a la prensa que los cadáveres pertenecen a colaboradores nuestros, verdad? Y por favor, haz lo mismo con tu gente, aterrorízalos con lo que les harás si se descuidan. En eso eres

un experto, Wilfred. Te... te lo pido por favor.

—No tienes por qué hacerlo —sonrió Mulvaney—. ¿Qué clase de mamón crees que soy? Olvídalo. Sólo unos pocos tienen que enterarse. Tenemos demasiados detectives en el caso. Después de que se lo diga al comisario de policía, le recomendaré que trabaje con unos pocos detectives y un capitán. Si llego a enterarme de algo por los periódicos que hubiera podido salir de mi gente, esos tíos tendrán mucha suerte si llegan a rellenar los papeles de la jubilación.

Mulvaney se sirvió más escocés en el vaso y le preguntó a Calvin:

—¿Sigues teniendo gente dentro?

—Algunos de los que teníamos antes, que eran muy pocos, están ahora de excedencia provocada por un miedo incontrolable. Sin embargo, les he recordado que, a diferencia de las condenas ridículas que obtendrían de los tribunales de Nueva York por sus pecados, los Tribunales Federales —si es que estos animales me dejan plantado— les darán por lo menos de cuatro a cinco años y, si puedo hacer algo, lo cual es altamente probable, podrían caerles de diez a quince años. Después de todo, hicimos un trato con esta gente. Podrían caerles penas muy largas sin esos tratos. Si la pringan ahora, acaban en chirona. Para completar la respuesta a tu pregunta, tenemos a un par de pobres almas que siguen investigando. No tienen miedo. En realidad, están medio chalados. ¿Y tú Wilfred, tienes a alguien dentro?

—No —respondió Mulvaney, recordando la sonrisa de la mujer alta y delgada vestida con traje de hombre.

—Bien —dijo Calvin—, agradezco tu cooperación, especialmente después de...

—Olvídale —le interrumpió Mulvaney con la mano en el picaporte—. Soy un hombre indulgente.

—Todo el mundo lo sabe, Wilfred. Nos humillas a todos.

—Si todo el mundo lo sabe —replicó Mulvaney haciendo una reverencia al tiempo que salía—, todo el mundo está lleno de mierda.

44

CUANDO WILFRED MULVANEY cerraba la puerta de la oficina de la Brigada de Estupefacientes, Noah Green se despertó temblando. Estaba completamente helado y no podía parar de temblar. Abrigándose con los brazos, abandonó la cama y comprobó si el traqueteo de sus huesos no había despertado a su mujer. No, seguía durmiendo.

Green sacó un pesado abrigo del armario, se lo puso, preparó café, se bebió una taza y se quedó sentado en la cocina hasta que los temblores desaparecieron.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Shannon, entrando en la cocina.

—Tengo frío —le explicó Green—. Seguro que estoy incubando algo.

—No te acerques al niño. ¿Te apetece una sopa?

—Quiero saber de qué se me acusa, maldita sea.

—Ni siquiera sabes si te acusan de algo —le dijo, sentándose frente a él.

—Menuda ayuda la tuya —protestó Green cerrándose el cuello del abrigo—. Si te digo que el Departamento de Asuntos Internos va tras de mí, es que es así. Tú conoces tu oficio, y yo el mío.

—Noah —le dijo mirándolo y sacudiendo la cabeza—, estás permitiendo que te vuelvan loco.

—¿Qué diablos se supone que debo hacer?

—Vete a ver a... ¿cómo se llama?... Mulvaney.

—Claro —replicó él, buscando un paquete de cigarros en el

abrigo—, y si no están listos para recibirte, no te conocen. «Pero señor Green, ¿qué le ha hecho pensar que estamos interesados en usted?».

—¿Seguro que no quieres nada? —inquirió su esposa.

—No, gracias —repuso y apagó el cigarro.

—Bueno, me vuelvo a la cama. Tengo la cita con la junta educativa a las ocho.

—Ya.

—¿Tienes fiebre?

—No.

—Noah, si no has hecho nada, no tienes de qué preocuparte.

—Eso es lo que les digo a todos —le espetó—. Pero después los apartan del cargo. Vete a dormir. Si no te dejo ninguna nota, quédate tú con todo. Excepto los discos de Billie Holiday, que son para el niño.

—Muy gracioso —le dijo mirándolo fijamente.

—Vamos, si fuera a hacerlo, no haría tanta publicidad. Oye, ¿dónde hay papel y un bolígrafo?

Shannon se fue al cuarto de atrás y regresó con papel con membrete del periódico y un rotulador negro.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Shannon.

—Recapitularé todo lo que he hecho —repuso Green— para ver si puedo encontrar algo por lo que podrían estar tras de mí. Algo que hice que podrían haber interpretado mal, ¿sabes?

—¿Y entonces qué?

—Entonces estaré preparado.

—Ya.

45

EL RESTO DE LA NOCHE, Green durmió en la mesa de la cocina, eso, cuando logró dormir. Al despertarse por última vez, Shannon ya se había marchado y la portera estaba allí, mirándolo con ese aire divertido, típico de los espectadores que presencian los signos de una disputa doméstica.

—Estoy por incubar algo —masculló Green—, y no quería pegárselo a la señora Green. —¿Por qué carajo tenía que darle explicaciones? Ya podía ir acostumbrándose.

En la comisaría, en voz muy baja, Green le comentó a Dickerson sus sospechas y le preguntó:

—¿Crees que estoy loco?

—Tu dosis de paranoia es la justa para seguir con vida —repuso Dickerson—. Podrías tener razón.

—¿Alguien te ha preguntado alguna cosa que podría venir de ellos?

—¿Sobre ti?

—Sí.

Dickerson negó con la cabeza.

—Y no has oído nada.

—Nada.

—¿Qué crees que debería hacer? ¿Ir a ver a... cómo se llama... Mulvaney? ¿Crees que daría la impresión de que estoy tan preocupado que tienen que estar en lo cierto?

—Depende de cómo te presentes. Si entras con cara verde te harán puré. Pero si entras hecho un basilisco, cabreado como una

mona de verdad, empezarán a preguntarse si no les habrá engañado algún vendedor de información. Y ahora que lo pienso, ¿por qué no estás cabreado como una mona?

—No me acuerdo —repuso Green con una sonrisa—. Lo digo en serio. Me han puesto tan nervioso que anoche intenté recordar algo que los hiciera pensar que tienen razón. Y no encontré nada. Soy tan honrado que me da apuro. ¡Maldita sea! —aulló Green dando un puñetazo en el escritorio de Dickerson—. ¿Quién diablos se creen que son? ¿La Gestapo?

—Pregúntaselo a ellos —repuso Dickerson, dándole un bocado al panecillo tostado.

46

ESA TARDE, EN
RAFFERTY'S

, Jeremiah Riordan y Claire miraban cómo se peleaban Katherine Hepburn y Spencer Tracy.

—Demasiados huesos —sentenció Riordan levantando la vista de su ginebra
Gordon's

—. Si te metieras en la cama con ésa, a la mañana siguiente amanecerías lleno de morados. Con todo, lo más grande de una discusión como la que tienen esos dos es que cuando la sangre se te ha subido a la cabeza, y eso no es lo único que tienes subido, joder, qué encontronazo más fenomenal se produce en el clímax de la discusión. Deberíamos discutir más a menudo, cariño.

—No se me da bien —repuso Claire haciéndole una seña a Dennis para que le sirviera otra copa de vino blanco—. Siempre veo el punto de vista de las personas, porque todos tienen un punto de vista. Dime, Jeremiah, ¿por qué odias tanto a Noah Green? ¿Qué te ha hecho?

—Me culpa por no haber ascendido en el departamento, por no haberme reemplazado. Dice que hice entrar a Randazzo sólo porque él es judío. Eso dice.

—¿Y es verdad?

—Claro que es verdad —gritó Riordan. Sus chillidos obligaron a Dennis a preguntar si la ginebra era mala.

—La ginebra es muy buena, y ocúpate de tus asuntos —gruñó

Riordan.

—Entonces —insistió Claire poniendo una mano en el brazo de Riordan—, ¿por qué lo odias si eres tú quien le ha hecho daño?

—Porque no acabé con él. Es un ejemplo vivo de uno de mis más grandes fallos. No tiene nada que hacer en el departamento. Ningún judío tiene nada que hacer, y él menos que ninguno. Los judíos no piensan más que en ellos mismos, y eso no es bueno para el departamento.

Claire miró su copa de vino y preguntó:

—¿Por qué siempre te metes con Green cuando hablas de los judíos? Es como si en él vieras algo más que a un judío. Es como si vieras en él al diablo.

—Ah —suspiró Riordan; la sonrisa cómplice dejó al descubierto los dientes amarillos—. A través de los siglos, querida mía, hemos sido muy pocos los que hemos realizado un estudio serio de las Tinieblas, de Satán y sus criaturas. La mayoría de nosotros creemos que Satán nunca será destruido, sólo desplazado, y por poco tiempo.

»Dios insiste en mantener el mal en el mundo para que lo valoren con más desesperación. Es una postura vana la de Dios. Y claro, Satán se aprovecha de la vanidad de Dios luchando continuamente para prevalecer. Satán maquina sus planes a través de las almas que posee, y sólo podemos mantenerlo a raya evitando que esas perversas criaturas tuyas no accedan al poder, dondequiera que estén. Por supuesto que los judíos no son los únicos agentes de Satán, pero todos los judíos son sus agentes.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquirió Claire con suavidad.

Dennis se había acercado lentamente al extremo de la barra donde se encontraban ellos dos. Al verlo, Riordan le ladró, más que le chilló:

—¿Qué quieres? Ya lo has oído.

—Me gusta volver a oírlo —explicó el tabernero—. Si lo grabaras, lo pondría para dormirme.

—¿Cómo sé que todos los judíos están poseídos por Satán? —prosiguió Riordan volviéndose hacia Claire—. ¿Alguna vez has oído a algún judío, aunque fuera a uno solo, decir que lamentaba, y ya no digo que estuviera compungido, sino que lo sintiera, nada más, que sus antepasados hubieran matado a Cristo? Imposible, no les salen las palabras. Satán les impide pedir perdón. Y hay muchas

pruebas más. Te mostraré unos libros que hace tiempo que se han agotado. Los judíos eran los dueños de las editoriales, y han dejado de imprimir libros como éstos, porque dicen la verdad.

»Cuando tuve mis últimos encontronazos con Green, me encontraba próximo a la jubilación obligatoria, y sabía que si me sucedía Green, poco a poco, porque son sumamente listos, metería en mi puesto a otros de su raza y además, apoyaría el ascenso de otros judíos del departamento. No nos hubiéramos dado cuenta, y habrían dirigido el departamento de policía de conformidad con el Talmud, que como sabrás, es el libro de Satán, donde dice que la vida y la propiedad de los cristianos no valen un escupitajo de judío.

—¿Cómo impediste que ascendieran a Green? —inquirió Claire.

—Diciendo en los sitios adecuados, ojo, que lo dije y no lo escribí, que no era un tío para trabajar en equipo y que tenía prejuicios contra los cristianos. Era una pena, dije, que fuese tan inteligente, pero al fin y al cabo, aquél no era el departamento del Estado de Israel.

—¿Y ahora quieres destruirlo por completo? —preguntó Claire. Al mismo tiempo, notó que Dennis la miraba y aprovechó para señalarle su copa vacía.

—No me has entendido bien —dijo Riordan—. No quiero destruirlo por completo. Quiero destituirlo. Sacarlo del cuerpo para siempre. A su edad, no podrá ir a parar a ningún sitio donde pueda hacer daño, por más listo que sea. Entonces podré descansar, cariño, y quizá vayamos a Atlantic City.

—No conozco a ese Green —dijo Claire mirando su copa de vino —, pero he conocido a algunos judíos, y me han resultado como todo el mundo. Los hay buenos y los hay malos.

—Eres demasiado inocente —sentenció Riordan inclinándose hacia adelante y dándole un beso en la oreja— para ver en las Tinieblas. —Cuando vio que Dennis se iba a la parte delantera de la barra para atender a un nuevo cliente, le susurró a Claire—: ¿Te gustaría hacerme muy feliz?

—Anoche dijiste que te había hecho muy feliz —rió ella tontamente.

—Sí, es verdad —admitió él poniéndole la mano en la parte interior del muslo—. Pero se trata de algo completamente diferente.

Quiero saber exactamente dónde tiene ese hebreo el escritorio en la comisaría del Noveno Distrito, pero no quiero ser yo quien lo pregunte. Quiero pedirte que me lo averigües, y que además, me hagas otro favor. En un segundito, cuando los veas a todos distraídos, ya sabes que en la comisaría eso ocurre a menudo, déjale una nota a Green en su escritorio.

—¿Una nota?

—Eso es todo, cariño. Una simple nota.

—¿Y qué dirá?

—Te la enseñaré antes de cerrar el sobre. Nunca te dejaría en ayunas, solita en la oscuridad. Anda, celebremos esto en la oscuridad.

—¿Celebrar qué?

—¿Cómo que qué? Pues celebremos, como tenemos por costumbre, el triunfo de la virtud... y la patada en los huevos que acabamos de darle al diablo.

A ÚLTIMAS HORAS de la mañana siguiente, Riordan se detuvo frente a un bar y grill largo y espacioso de la Sexta avenida, cerca de la calle Cuarenta y tres.

—Éste —le dijo a Claire—. Nos tomaremos un par de cervezas y luego telefonearás.

—¿Por qué éste? —inquirió ella echando un vistazo a los borrachos de las diez, acodados a la barra, y a la plancha negra de pastrami que el chef sazonaba con cenizas de cigarrillo en el grill. El salami, pensó Claire, parecía un poco más desabrido que el grill.

—¿Que por qué este bar? —preguntó Riordan abriendo la puerta para que pasara Claire—. Porque es inclasificable. Porque se parece, si me perdonas, querida, a ti y a mí. Nadie recordará que estuvimos aquí, porque apenas hemos estado.

Se sentaron al final de la barra, cerca de la puerta.

—Y ahora —dijo Riordan, dándole un trozo de papel—, llamarás a este número y preguntarás por Green. Noah Green. Si contesta él, cuelgas. Si dicen que no está, pregunta en qué ronda anda.

—¿Ronda? —preguntó Claire mirándolo.

—Tienes razón. Un civil no conocería esa palabra. Pregunta cuándo volverá. Entonces, tú irás cuando él no esté.

—Repíteme otra vez la parte difícil, despacio —dijo ella.

—Sssh —le sonrió él cuando vio que el camarero se aproximaba. Sonriéndole también al camarero, Riordan pidió dos Buds.

Una vez que les sirvieron las cervezas y que bebieron un sorbo, Riordan continuó en voz baja:

—Entonces, sólo tendrás que ir a la comisaría y decir que quieres ver a un detective. Cualquiera de ellos. El sargento que atiende al público te preguntará por qué quieres ver a un detective. Le dirás al sargento que se trata de un asunto criminal muy privado y él entenderá por qué sólo te atreves a decírselo a un detective. En ese momento, dejarás caer alguna que otra lagrimita. ¿Podrás cariño mío?

—Sí —suspiró ella—. Pensaré en mi madre que me enseñó a no mentir nunca, porque si lo hacía, Dios no me aceptaría en el cielo.

—¿Y tu madre nunca mintió?

—Nunca. Mamá era la persona más odiada de la manzana, y sobre todo en la familia.

—¿Entonces por qué te hace llorar su recuerdo?

—Porque me ponía en evidencia frente a mis amigos.

—Bien —continuó Riordan bebiendo más cerveza—, sea como fuere, dado que no tendrás aspecto calmado y hablarás con muchos nervios, alguien te llevará arriba. Cuando subas, le dirás al detective que te atienda que acabas de recordar el nombre de la persona con la que habías hablado anteriormente. Que ya habías estado allí anteriormente y habías hablado con el detective Green. Y ahí dices que quieres hablar con él. Entonces, el detective te dirá que Green no está. Y tú le pedirás que te indique cuál es su escritorio, porque cuando vuelva, quieres hablar con él. También le dirás que la primera vez que estuviste allí estabas tan nerviosa que no te acuerdas dónde se sentaba. Y luego dirás que Green era un tipo muy majo. El detective te indicará el escritorio de Green. Tú le darás las gracias y harás una reverencia.

—Disculpa tío —los interrumpió un hombre alto, de sucia cabellera rubia, con un ojo morado y el otro completamente cerrado y fuera de servicio; llevaba la cara manchada de sangre que le caía de alguna parte de la apelonada cabellera—. Soy de Sydney, tío, soy nuevo aquí y se han aprovechado de mí. ¿Me puedes invitar a un *whisky*, a ver si me repongo un poco?

—¿Por qué no te vas al centro, al *The New York Post*? —le sugirió Riordan—. Antes era un periódico americano, pero ahora el propietario es australiano. Te dará un puesto de editor.

—Jeremiah —suplicó Claire buscando el monedero.

—Ni hablar —le dijo Riordan quitándole el bolso—. A menos

que lleves un revólver.

—Ey, tío —protestó el recién llegado con voz suplicante—. Soy un hermano igual que tú. Acuérdate de Jesús y de cómo curó al leproso.

—El Jesús que yo recuerdo —repuso Riordan desdeñoso— es el que se acercó a la higuera y cuando vio que no tenía frutos, sino sólo hojas, maldijo al árbol y le dijo: «¡Que nadie coma jamás de tus frutos!».

—Deberías avergonzarte —protestó la voz plañidera con más fuerza—, mira que hablar de Él de esa manera.

—Vamos, tío —intervino el camarero, un joven enorme con un vozarrón potente, señalando al australiano—. ¡Fuera!

—Tengo dinero —replicó con voz ronca el visitante—. ¿Cuánto cuesta una cerveza?

—Veinte dólares —repuso el camarero y metiendo la mano debajo de la barra para buscar una porra, la sostuvo amorosamente en la mano, al tiempo que observaba cómo el australiano se dirigía briosamente hacia la acera.

—Creo que estaba llorando —observó Claire mirando cómo se iba el australiano.

—Eso espero —dijo Riordan—. Mira que dar tan mal ejemplo de su país. Eso es lo que ocurre cuando colonizan un lugar con convictos. En cuanto hayas visto dónde está el escritorio de Green, le dices al detective que te indicó dónde estaba que has cambiado de parecer, que no puedes esperar a ver a Green, y que hablarás con él.

»El detective te llevará a su escritorio y entonces, tú le dirás que no han dejado de vigilarte y que además, se envían mensajes a través de unos transmisores que te colocaron en los dientes. Y le dices que a ellos no les importa que tú escuches los mensajes de cómo piensan volverte loca, porque saben que nadie del mundo exterior te creerá cuando se lo cuentes.

»En ese punto —Riordan hizo una pausa para beber un sorbo de cerveza—, el detective, quienquiera que sea, empezará a pensar en la forma más rápida de deshacerse de ti. Entonces tú le dirás rápidamente que también han colocado unos transmisores pequeños en el último cajón de los escritorios de todos los detectives de la comisaría, por si uno de ellos te creyera. Le dirás que ellos quieren

enterarse si eso ocurre, porque entonces querrán volver loco también a ese detective.

»El detective ya se habrá dado cuenta de que estás como una regadera, pero tú lo mirarás con esos ojos, azules como el mar en verano, y le dirás: «Señor, se lo ruego, abra su escritorio. Sé que está ahí dentro, porque los oí cuando lo comentaban desde mis dientes». Y para darte el gusto, abrirá un cajón, y mira por dónde, no habrá ningún transmisor. Entonces tú le dirás: «Déjeme mirar en algún otro cajón. Ellos me vieron cuando me dirigí a usted, y por eso quitaron el transmisor de su escritorio. Pero si elijo otro, al azar, estará allí. Si esta vez me equivoco, me iré. Me iré en seguida». Ésas serán las mejores noticias que ha oído en todo el mes, entonces te dirá: «Muy bien, ¿qué escritorio?». Y tú señalarás el de Green. Te acercarás a él a toda prisa y mientras le des la espalda al detective, metes la carta debajo de un cenicero o de otra cosa que la oculte, y abres el último cajón y... maldición, tus astutos amiguitos te han vuelto a ganar de mano. Entonces, te vas con una sonrisa cálida y desesperada.

—Sé que será una pregunta estúpida —dijo Claire—, ¿pero no podrías haberle enviado la carta por correo?

—Cualquiera puede enviar una carta, cariño —repuso Riordan con una sonrisa sarcástica—. No todo el mundo puede estar tan familiarizado con el sitio donde trabaja un detective como para ser su propio cartero y caminar por su oficina como si trabajara en ella. ¿Y por qué no podría trabajar allí y dejar una carta de esa forma?

—Vuelve a decirme qué pone la carta que voy a entregar.

—Es muy simple y muy claro. Dice: «Green, los de Asuntos Internos están tras de ti».

—Se pondrá nervioso —dijo Claire—. Sobre todo por recibir la carta de esa manera.

—Se dará de golpes de cuarenta maneras distintas. Se volverá loco. Y antes de quedar acabado, se habrá comido hasta las uñas de los pies.

—¿Entonces estarás tranquilo, Jeremiah?

—Sí, excepto bajo las mantas —repuso él tocándole el muslo—. Dios es bueno, Claire, ajusta todas las cuentas a su debido tiempo.

48

GREEN no se incorporaba a sus obligaciones hasta las cuatro de la tarde de aquel día, pero comenzó a buscar a Angel desde la mañana temprano. La puerta del apartamento de la avenida B y la calle Dos estaba abierta: la madre de Ángel roncaba tirada en el suelo de la cocina. Pero no había ni señales de Angel. Green recorrió los parques y centros recreativos y llegó hasta Washington Square. Regresó hacia el este, revisando las calles y las avenidas. Se fijó en la librería La Ribera de Broadway, en la librería de St. Mark's

Place, en los bares. Al chico le gustaba leer en los bares. Green se quedó un rato en el kiosco de periódicos de Sol, que seguía cerrado, con la esperanza de que Angel pasara por pura costumbre.

En el límite del Bowery, junto a las escaleras que bajaban a la estación de metro de Astor Place, Green vio una cara conocida, o lo que quedaba de ella. Un parche negro con manchas que parecían de mantequilla de cacahuete, le cubría el ojo derecho al hombre pequeño, de unos treinta años, cabello rojizo, y piel marrón, picada de viruela. Vestía una camiseta de color azul celeste que llevaba la siguiente inscripción: «no soy fácil, pero podemos discutirlo», pantalones negros que parecían servir también como pijama, tirantes amarillos, y no llevaba calcetines. Sobre una caja de madera, cubierta por un periódico chino, había varias filas de gafas de sol y, aquí y allá, algunos encendedores y algunas billeteras.

Green cogió una billetera y la examinó de cerca.

—Está en apuros —dijo el vendedor en voz baja—. Antes no les

importaba que hablara contigo. Creían que era como esos cachorros a los que todo el mundo les cae bien. Lo que intento decirte es que no se lo tomaban en serio. No creían que supiese nada como para contártelo, y no sabía nada. —Cuando vio aproximarse a una muchacha en dirección a las escaleras del metro, levantó la voz y continuó diciendo—: Todas esas billeteras están hechas a mano, señor, en Inglaterra.

—¿Entonces por qué no pone «Inglaterra» en alguna parte? —preguntó Green mirándolo con rabia.

—Por el sistema de educación que allí tienen, ya sabe, el sistema de clases. Los pobres bestias no lograron escribirlo bien, por eso les salió Taiwan. En Inglaterra si usted pertenece a una clase baja, ni siquiera le enseñan bien el abecedario. Así que los pobres hacen lo que pueden.

La muchacha desapareció escaleras abajo.

—Por culpa de tus soplones, perdieron mucha pasta y a algunos de sus hombres más experimentados —dijo el vendedor mientras le enseñaba a Green otra billetera.

—No eran nuestros. Los nuestros siempre vienen con *bupkes*^[**]. Imagino que los federales tendrían confidentes trabajando ahí dentro. Malditos federales. Nos tratan como si fuéramos los rusos. Dime una cosa, ¿cómo diablos lograron que los periódicos no publicasen nada sobre sus negocios?

—¿Será porque no se lo comentaron a los rusos? —inquirió el vendedor con una sonrisa inocente.

—Vete a la mierda.

—De todos modos —prosiguió el vendedor—, el presidente debería tener la misma seguridad que los otros tíos. Ya no correrán riesgos. Por eso buscan a tu muchacho. Aunque saben que no sabe nada, quieren asegurarse. Como decís vosotros, quieren hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Lo has visto?

—Hace un par de días que no lo veo. Ese muchacho tiene unas orejas muy grandes. Supongo que se habrá enterado que lo están buscando y se ha largado.

Dos borrachos de edad y capacidad indefinidas cruzaron la calle en dirección a ellos.

—Señor, le garantizo personalmente esta billetera; no sólo le

garantizo que no tendrá defectos de fabricación, sino que ningún ciudadano deshonesto se la birlará. Porque se activa con el olor de los dedos. Si cualquier dedo que no sea el de su dueño la toca, gritará: «¡Me ha tocado un asqueroso ladrón!». Claro que lo gritará en chino, porque ésta la hicieron en Taiwan (aquí en el oeste somos muy lerdos para estas cosas) pero el grito hieló de tal manera la sangre que el ladrón no tiene que entender lo que dice. Soltará esta billetera como si fuera un hierro al rojo.

Los borrachos siguieron rumbo a la Segunda avenida.

—Preguntaré por ahí un poco más —le dijo el vendedor—. Pero no guardo esperanza, amigo mío. Dudo mucho que alguno de ellos haya tenido madre. Creo que los criaron en un cardumen de pirañas. Yo tampoco tendría que hablar contigo, pero te debía ésta, Además, se piensan que no estoy en este mundo, ni en ningún otro.

—Ellos, ellos. ¿Quién coño son ellos?

—Muérdete la lengua. ¿Pero quieres saber lo que pienso?

—Dime.

—En la cima, bien arriba, hay una computadora del copón.

Green le devolvió la billetera, negó con la cabeza y se fue en dirección al este, temiendo cada fila de cubos de basura con la que se topaba, pero incapaz de dejar de destapar todos aquellos que llevaban tapa.

Arthur, que corría con su gracia y su tranquilidad acostumbradas por la calle Cinco Este, aminoró la marcha cuando vio que Green volvía a tapar un cubo de basura.

—Es una verdadera vergüenza —le dijo Arthur pasando por su lado con lentitud— lo mal que les pagan y que tengan ustedes que complementar el sueldo de ese modo.

49

GREEN entró en la comisaría a las cuatro menos diez, dejó atrás al capitán, que también subía las escaleras.

—¿Qué soy yo que ni siquiera me saludas por señas? —inquirió Randazzo—. ¿Un rayo de sol, una canción? Nunca me espero nada de ti, pero al menos tengo derecho a una seña de reconocimiento que me indique que en esta tierra existe un Fortunato Randazzo y que aunque no te caiga bien, lo ves. ¿Tengo o no tengo razón?

—Te pido perdón —dijo Green—. Estaba pensando.

—¿Es que no puedes ver lo que te rodea y pensar al mismo tiempo? Vaya policía. ¿Qué te ocurre?

—No encuentro a Angel. Y no soy el único que está buscándolo.

—¿Quién más lo busca?

—Los traficantes, los grandes. Todavía no sé quiénes son.

—Si nadie suelta un duro —comentó Randazzo disgustado— no hay Cristo que sepa nada.

Green subió la escalera, se sentó ante su escritorio, sacó un cigarro, lanzó el celofán al cenicero, vio una carta debajo de éste, la abrió, la leyó, se dio un fuerte mordisco en el pulgar, hecho una furia, entró sin llamar en la oficina del capitán y dejó caer la carta frente a Randazzo.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Green, ahogándose casi.

Randazzo leyó la carta dos veces, levantó los ojos, miró a Green y le dijo:

—¿Por qué iba a saber algo más de lo que sabía la última vez

que hablamos de esto? En primer lugar, siéntate y cálmate, o te dará un ataque, Shannon volverá a casarse y otro tío será el padre de tu hijo. Y ya sabes tú lo que son los padrastros. De modo que inspira profundamente. Fúmate un cigarro. Toma, cómete unos caramelos ácidos, me ha sobrado salchicha de esta mañana. Oye, ¿sabes que podría tratarse de una broma? Algunos de tus compañeros de ahí fuera tienen un sentido del humor al que le van las cagadas de plástico que venden como bromas.

»O bien —continuó Randazzo alcanzándole el frasco de boticario para que Green se sirviera— podría tratarse de algún civil que quiere hacerte sudar la gota gorda. Con el tiempo que llevas en el cuerpo, seguro que tienes un montón de enemigos. Vamos, Noah, piénsatelo un poco, recupera tu *yiddishe kopf*^[*] y úsala. Si los de Asuntos Internos estuvieran interesados en ti, ¿por qué diablos te lo harían saber? ¿Para que borrraras tus huellas? No tiene sentido.

—Quizá lo han hecho para que me asuste y actúe como si fuera culpable de algo...

—En primer lugar, es bueno de tu parte que cooperes con ellos, si es eso lo que ellos quieren, y en segundo lugar, *schmuck*^[***], si no has hecho nada, ¿qué carajo importa si actúas o pones cara de culpable? ¡Cristo! Pero si te estás viniendo abajo.

Embutido en un traje nuevo de verano, de color beige, adquirido en Orchard Street y ante cuya visión, Shannon se había echado a reír con tal ahínco que el bebé había comenzado a llorar, Green sudaba copiosamente. Miró a Randazzo y luego se asomó a la ventana.

—Esto de que te vigilen es criminal. Da grima. Ojos, oídos que ignoras dónde están, pero que no se apartan de ti jamás.

—Joder, tío —exclamó Randazzo—, ni siquiera sabes si te están vigilando.

—¿Ves lo que te digo?

—¿Qué quieres que te haga? —suspiró Randazzo—. No sería procedente que tomaras vacaciones ahora. Te volverías loco. ¿Pero cómo vas a trabajar si no haces más que pensar que el mundo está plagado de ojos y oídos?

—Ya sé lo que voy a hacer —anunció Green poniéndose en pie—. Ya lo he decidido, tendría que haberlo hecho antes. Iré a ver a Mulvaney y arreglaré todo este maldito asunto. Y voy a ir ahora

mismo.

—Te será más fácil ver al papa sin cita previa que a Mulvaney. Odia las sorpresas. Llámalo.

—No. De ese modo se me sacará de encima. Voy a verlo. Tengo que hacer algo.

—Bueno —dijo Randazzo inclinándose hacia atrás—, no tienes nada que perder, supongo. Oye, ya que vas a ir hasta allá, tráeme una ración doble de pastelitos fritos. No hace falta que te des prisa en volver. Me gustan fríos.

Randazzo esperó unos cuantos minutos, se incorporó, cerró la puerta por completo, cogió el teléfono, se anunció, esperó y dijo:

—¿Jefe? Fortunato. ¡Randazzo! ¿Cuántos Fortunatos conoce? Sí, puedo ir mañana a las nueve, pero no llamaba para pedirle una cita. Ah, ya, iba usted a llamarme hoy. ¿Por qué asunto? ¿Es que alguien le pasó el dato de que nos hemos montado un prostíbulo? Ya, era sobre los asesinatos. Sí, claro.

»Escuche, le llamaba por lo de Noah Green. ¿Es muy serio? ¿Cómo que de qué Green le estoy hablando? Ah, ya capto. ¿A qué se refiere cuando me pregunta si tendría que haber algo contra Green? No, nunca noté nada raro. Aunque ahora que lo pienso, últimamente está más preocupado, quizá tenga algo que temer. Vale, los comprobaré. Ah, no quiere que lo compruebe. De acuerdo, jefe, nos veremos mañana...

Frunciendo el ceño, Randazzo se hurgó la nariz y dijo en voz alta:

—Claro que voy a hacerlo de todos modos. Seguro que tiene algo contra Green, de lo contrario no me habría venido con tantos dobles sentidos. Quiere que no me meta para que no pueda cubrirme, y cuando arresten a Green, ¿quién más caerá con él? Pues su jefe inmediato superior. Me enviarán a Staten Island, otra vez al frente de la brigada de detectives. O me darán a entender prolijamente que ya es hora de que inicie los trámites para la pensión. Que abra una *trattoria*. O un taller de reparación de calzado. Y que cuelgue la foto de Pavarotti en un escaparate y la de Geraldine Ferraro en el otro. La nave de los venidos a menos.

»¡Maldición! —aulló Randazzo; dirigiéndose a la ventana, se asomó y vio los coches patrulla y los chicos que jugaban en la calle—. Ya me estaba acostumbrando a esto, estaba construyendo algo, y

ahora se ha acabado. Maldito Green. ¿Sabes qué? Tienen razón. Tendría que haberme dado cuenta de lo que pasaba, fuese lo que cuernos fuese.

50

EN EL CENTRO, unas horas antes, Angel se deleitaba con su anonimato en medio de la multitud de la calle Cuarenta y Cinco y la Quinta avenida, y pensaba: «Si vives en un lugar pequeño al norte de Nueva York o de cualquier parte, estás frito. Sólo tienen que dar la vuelta a la esquina y te han pillado».

Aun así, miró por encima del hombro y lo empujaron hacia el desfile justo cuando la banda se hizo visible tocando *The Battle Hymn for the Republic*. Justo detrás de los cuatro muchachos que tocaban unos tambores pequeños, se aproximó un racimo de hombres y mujeres de mediana edad que caminaba debajo de una enorme pancarta de tela que rezaba: AMAMOS A NUESTROS HIJOS, al tiempo que los que los rodeaban gritaban:

—¡Vale, mamás y papás!

Un grupo de hombres mayores, con sombreros de paja adornados con cintas blancas, rojas y azules apareció a continuación proclamando: HOMOSEXUALES DE LA TERCERA EDAD. Detrás de ellos iban los homosexuales FLORISTAS AMERICANOS (*En el jardín del Señor, no todos los tallos son rectos*).

Angel se quedó boquiabierto al ver el siguiente grupo formado por cuatro jóvenes sacerdotes católicos, de aire solemne, vestidos con sus trajes clericales y que llevaban la siguiente pancarta: no puede haber AMOR sin justicia. Angel sonrió al ver a los alegres miembros de la sociedad homosexual episcopal (*A Dios nuestro Señor la cosa le gustó*).

Durante una pausa para que los coches cruzaran la avenida,

Angel volvió a echar otra mirada por encima del hombro y como no notó nada sospechoso, se volvió a observar al hombre negro que lanzaba al aire el bastón y marcaba el compás cantando y ladeando la cabeza, a un fornido policía de uniforme de unos treinta años, que estaba cerca de él:

*Catorce, quince, dieciséis,
¿Cómo sabes que los polis son gays?*

Angel sacó del bolsillo trasero una barra de chocolate con almendras Hershey y mientras se la comía tranquilamente, observaba a las Salsa Soul Sisters, las Tortilleras de Hoboken, seis lesbianas en silla de ruedas, seguidas por las lesbianas de la seguridad social, y, vestidos con camisas azules desabrochadas y tejanos, marchando en formación ordenada pero relajada, la LIGA DE OFICIALES HOMOSEXUALES DEL DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK.

Los policías de servicio que se encargaban de mantener a la multitud en las aceras, pasaron por alto resueltamente a sus colegas manifestantes, aunque las espaldas de los policías de servicio eran de por sí bastante elocuentes.

Cinco hombres que iban en un *jeep*, todos vestidos de cuero negro, incluidos los guantes negros, bajaron lentamente por la Quinta avenida. Uno de ellos enarbolaba un cartel de tela con la siguiente inscripción: LIBERACIÓN SEXUAL TOTAL. SADOMASOQUISMO. Otro, rubio y delgado, iba sentado en el regazo de un hombre corpulento, de cabello negro, que llevaba una barba corta y bien arreglada. Junto a ellos, el conductor miraba colérico al frente. De pie, en el asiento trasero del *jeep*, un hombre de unos veinte años, llevaba unas cadenas alrededor del cuello que se balanceaban sobre su pecho desnudo.

Cuando el hombre de las cadenas pasó de una acera de la Quinta avenida a la otra, aparentemente bendiciendo a las multitudes, Angel notó que en el pantalón de cuero negro llevaba una abertura que dejaba a la vista una parte de sus desnudas nalgas. Cuando el muchacho se volvió completamente en dirección a Angel, quitándose la chaqueta, Angel descubrió que el hombre de las cadenas había perdido la mano izquierda en alguna parte.

Embelesado ante la vista del muñón, Angel oyó que detrás de él una voz le decía:

—Yo no sacaré conclusiones apresuradas, querido Angel. Por otra parte, no me gustaría nada ver lo que quedará de ese chico cuando llegue a los cincuenta.

Angel echó a correr justo en frente del *jeep*, al tiempo que el manco tendía los brazos hacia él como para abrazarlo. Justo antes de llegar a Madison Avenue, Angel se volvió para mirar atrás y vio a Arthur que, sonriente, galopaba hacia él. Sin perder el ritmo de la carrera. Arthur notó que Angel lo estaba mirando, y se abrió la camisa lo suficiente como para permitirle ver la hoja larga de un cuchillo que llevaba atado al costado.

—¡Mierda! —masculló Angel— apuesto a que ese chisme tiene por lo menos quince centímetros de largo.

De la manifestación que había quedado en la Quinta avenida le llegaron los acordes de *God Save America*, con la voz metálica de Kate Smith amplificada de un modo tan vibrante que parecía haber resucitado, pero se encontraba tan asombrada por el retorno que no podía parar de gritar.

Angel sabía que en una carrera rápida y desesperada llevaba ventaja, pero que su perseguidor tenía más resistencia, por lo que sólo se le ocurrió una solución. Encontrar a un policía. Y subiendo por la calle Cuarenta y cinco, desde Lexington Avenue se aproximaba a su salvación: una mujer policía delgada, pelirroja, de unos veinte años, que iba jugueteando con la cachiporra con jovial seguridad. Angel se echó a sus pies.

—Va a matarme —gritó Angel señalando hacia Arthur, quien, sin embargo, se había girado discretamente para perderse en el vestíbulo del Hotel Roosevelt.

—Pelmazo —le espetó la delgada mujer policía al postrado Angel—, saca tu sucio pelo de mis zapatos.

—Oficial —dijo Angel mientras se incorporaba—, me ha salvado la vida. Cuando la vio, huyó. Le dedicaré el resto de mi vida. Sería un honor para mí conocer su nombre.

—Esfúmate, pelmazo —le dijo al tiempo que su vivaz cara de italiana se transformaba en una mueca.

Angel le obedeció justo en el momento en que la mueca de la policía se transformaba en una expresión de horror y disgusto, pues

aproximándose hacia ella por la calle, había una oveja que se había extraviado del grupo de manifestantes, pero que no había perdido la pancarta, que decía:

DEJAD QUE EL ESPÍRITU SANTO
SE MANIFIESTE SIN TAPUJOS

51

EL JEFE DISFRUTABA DE LOS ANUNCIOS del *The New Yorker* cuando el reloj de su escritorio dio las seis. Jeremy entró en el despacho y le dijo:

—Todo el mundo sabe quién tiene que enterarse. Y todo el mundo sabe que si hay una filtración se ahogarán en masa.

—Tráemelos a todos aquí, mañana a las ocho en punto. Ya se lo voy a decir yo también.

—Una cosa más —agregó Jeremy—. Randazzo sacó el tema y estaba un poco nervioso. ¿Por qué está Green en la lista de los que necesitan enterarse si lo estamos investigando?

—Porque lo necesitamos —repuso Mulvaney, y abriendo una cajita de cuero extrajo un Dunhill—. ¿Sigue Green ahí fuera?

—Sí. Dice que no se irá hasta que no le haya visto.

—¿Has conseguido algo de la nota que encontró en su escritorio?

—El muy mamón —repuso Jeremy negando con la cabeza— está tan trastornado que dejó el papel lleno de sus huellas.

—Esto es un mal asunto, Jeremy. Muy mal asunto. Hay alguien que se hace pasar por nosotros. Si cundiera el ejemplo, ya nadie sabría a quién temer. Cristo, «Green, los de Asuntos Internos van tras de ti». Quiero saber quién ha sido. Tengo que saber quién lo ha hecho.

»Bien, Jeremy. Empecemos: ¿cuántos civiles estuvieron en la comisaría antes de que apareciese Green? También cabe la posibilidad de que se trate de una broma de los subnormales de sus

compañeros. Si fueron ellos, te juro que al que ha sido le meteré en el culo el expediente que voy a abrirle, y los haré pedazos en cuanto los descubra. Maldita sea, pero si esto es como falsificar algo en nombre del Vaticano.

Wilfred Mulvaney notó que se estaba poniendo colorado, se reclinó ligeramente en su asiento y añadió:

—También quiero saber qué está haciendo Jeremiah Riordan y con quién.

—¿Quiere que le ponga una escucha telefónica?

—No. Nada, quiero hablar con un juez. Diablos, no tengo nada que contarle a un juez. Sólo quiero que un par de muchachos lo tengan vigilado.

Jeremy se dirigió hacia la puerta y preguntó:

—¿Qué se supone que tienen que buscar?

—Se supone que tienen que mantenerlo vigilado. ¿Alguna otra pregunta?

—No, señor.

—Bien —dijo Mulvaney, se puso de pie y cerró la ventana—. Haz pasar a Green. Y no quiero llamadas de nadie, tampoco del comisario de policía.

—¿Ni de su señora?

—Si llamara ella, le dices que estoy con el comisario.

Noah Green apareció en la puerta, con los hombros encorvados; su cara reflejaba disgusto, incomprensión, rabia y temor, sentimientos que le resultó imposible ocultar tras una máscara de seguridad. Se sentó pesadamente en la silla que estaba frente al escritorio del jefe.

—Estoy en su lista, ¿no es así? —Green se sintió aliviado al oír que la voz no le había salido entrecortada.

Mulvaney contempló fríamente al detective durante unos momentos antes de contestarle:

—Diría que no está usted muy alejado.

—¿De qué se me acusa?

—La gente siempre se apresura a utilizar esa palabra. Sólo quiero discutir con usted un par de cosas.

—¿Necesito un abogado?

—Supongo —dijo Mulvaney con una sonrisa— que muchos le habrán formulado esa misma pregunta. ¿Qué les contesta usted?

—Les contesto —repuso Green frotándose la nariz—: «Ya le avisaré con bastante tiempo si necesita un abogado y cuándo. El que yo lo haga redunda tanto en mi beneficio como en el suyo propio». Entonces, les digo por qué.

Mulvaney aprobó haciendo un gesto afirmativo con la cabeza y le preguntó:

—¿Seguimos adelante?

Green sacó un cigarro, miró a Mulvaney, no esperó su reacción y lo encendió. Luego comentó:

—Es extraño estar en el sitio del otro en esta conversación.

—Es así como crecemos, señor Green, a través de la experiencia. Me alegra muchísimo que haya venido a conversar. He oído hablar de usted. Arranca confesiones sin dolor. Socava todo tipo de resistencia con tanta suavidad, que se dan cuenta que han cantado cuando la cosa ha terminado.

El jefe sacó cuidadosamente una carpeta de papel manila de debajo del papel secante de su escritorio.

—¿Me han grabado? —preguntó Green—. ¿En vídeo? ¿En audio?

—Está todo aquí —repuso el jefe dándose unos golpecitos en la frente—. Comencemos. El bar de Gudaitis, en la calle Essex, dos reuniones con el abogado Mendelssohn en el último mes, eso es lo que vimos, pero la información nos indica que a lo largo de los años ha habido muchas otras.

—Fuimos a la escuela juntos —repuso Green—. Y seguimos viéndonos. Nos reunimos, comemos, nos ponemos a *shmooze*^[*]. Nunca le hablo de ninguno de sus casos y él tampoco.

—Ya llegaremos a eso —dijo el jefe—. En la última reunión, de esto hace tres días, a las dos y veinte de la tarde, mientras usted estaba en el lavabo, Mendelssohn le puso unos billetes en el bolsillo superior de la chaqueta. ¿Qué fue eso una *shmooze*^[**] o un *shmeer*^[*]?

—Por el amor de Dios —imploró Green negando con la cabeza—. Le encontré unos cassettes que quería para un cliente. Su cliente es un fanático de Kay Kyser y como me conozco todas las tiendas de discos, le busqué unas cintas de Kay Kyser.

—¿Kay Kyser? —inquirió Mulvaney y puso una cara como si fuera a vomitar—. ¡Qué perversiones oculta esta ciudad! ¡Vaya

perversiones!

—Le dije que no quería que me las pagara. Es amigo mío, además, si no hubiera buscado esas cintas de Kay Kyser, jamás habría encontrado una grabación en vivo de Billie Holiday en Storeyville.

Mulvaney se inclinó hacia adelante e inquirió:

—¿El club de George Wein, de Boston?

Green asintió.

—Cielos, sabía que había algunas grabaciones por ahí, pero nunca había visto ninguna.

—Se la grabaré —le dijo Green.

—Ah, cómo me gustaría aceptar, pero como comprenderá, no puedo hacerlo. Bien, mientras usted estaba en el lavabo, el abogado hizo caso omiso de sus deseos y le dejó un botín. ¿Cuánto?

—¿Me creerá si le digo que no lo supe hasta ayer, cuando en la tintorería me dieron el dinero? Nunca utilizo esos bolsillos. Eran cinco billetes de cincuenta dólares. Las cassettes me costaron aproximadamente veinte dólares cada una, o sea que en total fueron unos cien dólares. Además, me puso una nota con el dinero que decía que era para el niño. A Shannon no le pareció mal, y a mí tampoco.

—Me sorprende usted —dijo Mulvaney—, de veras me sorprende que alguien tan inteligente llegue a una conclusión tan estúpida. Y me refiero a que es inteligente defendiéndose, como todos tenemos que ser. Dígame, detective, supongamos que está usted en su casa viendo por la televisión un vídeo de Mendelssohn depositándole este dinero en el bolsillo superior de la chaqueta. ¿Cómo rayos puede interpretarse eso?

—Pero todas las cosas tienen su explicación —suspiró Green.

—Claro. Una vez que esa imagen queda grabada en la mente del ciudadano de a pie, puede bajar Dios del cielo y dar todas las explicaciones que quiera, pero no le servirían de nada. Nunca, jamás, haga nada que no quisiera usted ver al desnudo en *60 Minutes*. ¿Me explico?

Green asintió.

Mulvaney volvió a echar un vistazo a la carpeta de papel manila y prosiguió:

—Recordará usted un caso, ocurrido hace cuatro años más o

menos, el de aquel tipo que mataron en una pelea. El tipo se llamaba Rinaldi. Mike Rinaldi. El acusado era... esto... Jack Lundberg. Acabaron cayéndole de cuatro a ocho años por homicidio impremeditado, aunque parecía asesinato en segundo grado. ¿Se acuerda de ese caso?

—Sí, me acuerdo.

—El tipo que mataron tenía familia. El que lo mató era una mierda y tenía antecedentes como matón al que contrataban para romper cabezas. ¿Y cómo sucedió? La defensa averiguó algo que el asistente del fiscal del distrito ignoraba. El tipo al que mataron había estado diciendo por ahí qué le iba a partir la cabeza al otro tío. La defensa utilizó este dato en plan sorpresa en medio del juicio, y los nuestros nunca se recuperaron, aunque no había pruebas de que nuestro tío hubiera empezado con lo que después resultó ser su funeral. La cuestión es por qué el detective que llevaba el caso, que conocía la información, nunca se la pasó al ayudante del fiscal del distrito. Y la otra cuestión es, ¿cómo se lo hizo el abogado defensor, que era amigo íntimo de ese detective, para obtener esa información? ¿Me sigue?

Green asintió.

—Uno podría preguntarse por qué el abogado defensor, que se llamaba... bueno, usted ya sabe cómo se llama... por qué digo, ese abogado se preocupó tanto por el caso. Lo habían nombrado de oficio. El acusado no tenía dinero. Ninguno de sus ex empleadores querían tener nada que ver con él, por lo tanto, ninguno de ellos le consiguió un abogado. ¿Por qué entonces se molestó Mendelssohn en poner a trabajar su retorcido cerebro para llevar este caso? Una vez metido en él, quiso ganarlo, por los medios que fuera. Como es propio de él. ¿Pero por qué, detective, por qué llevó ese caso?

—Porque la prensa lo seguía.

—Eso mismo. Un columnista del *Daily News* había recogido la noticia: el ciudadano decente, con esposa e hija, asesinado miserablemente. Por un tipo que es una mierda. A Mendelssohn le encantaba la desventaja. Nadie creía que sacaría adelante al tipo. Pero si lograba conseguirle una sentencia benévola, toda la ciudad se pondría a gritar asombrada: «Mira por dónde», y eso le traería infinidad de clientes.

Mulvaney sacó un Dunhill y continuó:

—¿Pero cómo diablos iba a hacerlo? Bien, Dios es bueno, Dios puso a un viejo amigo suyo, un detective, en el mismo caso, y entonces él acudió al detective para pedirle ayuda. Nada serio. Nada que se parezca al perjurio. Simplemente dime si oyes algo que podría utilizar. No quiero ahora decir que entre esos dos amigos se hablara de dinero, pero no habría nada malo, más tarde, independientemente del resultado del juicio, digo que no habría nada malo en que el abogado le diera al detective un par de miles. Por si algún día tenía un hijo.

—¿Quiere enterarse de lo que pasó realmente? —inquirió Green poniéndose colorado.

—Bueno, aquí dice que presentó usted un informe en el que dejaba constancia que la señora Rinaldi le dijo durante el almuerzo que su hijo no pensaba del todo bien con respecto a esa mierda de tío, pero ocurre que alguien de la oficina del fiscal del distrito perdió el informe. Eso fue lo que usted dijo. ¿Es eso lo que va a decirme ahora?

Green se mojó los labios y respondió:

—Estoy seguro que ahí también dice que por aquella época yo bebía. Bebía mucho. Puedo jurar que hice el informe porque esa tarde el ayudante del fiscal del distrito no estaba en su despacho para que yo se lo comentara. El juicio se había suspendido, porque uno de los miembros del jurado había comido gambas en mal estado durante el almuerzo, y el ayudante del fiscal del distrito se había marchado a no sé dónde. De todos modos, escribí ese informe y creí que se lo había dado a una de las chicas de la oficina. Posiblemente me imaginé que lo había entregado, pero no lo hice. Durante el almuerzo había bebido copiosamente y además, llevaba encima un suplemento extra para cuando me entrara sed.

—Pero ésa no es la cuestión principal, detective —le dijo Mulvaney mirándolo fijamente—. La cuestión principal es cómo logró el señor Mendelssohn averiguar la información que sólo usted, además de los padres de Rinaldi, conocía.

—Yo no le dije nada.

—Ya —se mofó Mulvaney—, y ése fue el año en que Mendelssohn encontró la lámpara de Aladino. Recuerdo haberlo leído en el *The New York Post*.

—Avíseme cuando esté dispuesto a escucharme —le dijo Green.

—Soy todo oídos, detective.

—Mendelssohn tiene una secretaria. Lo odia. Por eso sigue manteniéndola. Le fascina darle órdenes a alguien que no lo soporta.

—¿Y ella por qué lo aguanta?

—Porque le paga el doble de lo que le pagarían en ninguna otra parte. En fin, unas cuantas semanas después de concluido el caso, fui a su despacho por algún motivo, y él no estaba. Ella me comentó que desde el primer día del juicio, nos había puesto a dos personas para que nos siguieran. Comían donde nosotros comíamos. Y escuchaban lo que hablábamos. Si no conseguían mesa a nuestro lado, untaban al camarero para que les diera una. Así fue cómo se enteró Mendelssohn.

—Aquí eso no figura —le indicó Mulvaney señalando la carpeta de papel manila—. ¿Y a quién se lo dijo usted?

—A nadie. Ya era bastante *shcmuck* [****] por haber perdido el informe, y hubiera sido doblemente *shcmuck* por no haberme enterado de lo que pasaba en la mesa de al lado.

—¿Y cómo se supone que iba usted a darse cuenta?

—Ya conoce usted la respuesta. Me pagan para que sepa cuándo huelen mal las cosas. Tampoco dije nada porque si él se enteraba de dónde había conseguido yo la información, pondría a parir a su secretaria. Y cuando digo a parir, digo a parir de veras.

—Es usted generoso —bramó Muvalney—. Se preocupa por la gente. La secretaria. Usted mismo. Pero por los únicos por los que no da un carajo es por el cuerpo de policía. ¿Quién sabe cuántos casos más robó ese hijo de puta con sus confidentes? Dígame, detective, ¿estuvo el asistente del fiscal del distrito en alguno de los almuerzos con los Rinaldi?

—Sí, en uno.

—¿Estaría dispuesto a atestiguar en una queja que presentaremos al colegio de abogados, que el fiscal estuvo con usted y que había gente escuchándolos?

—Esa mujer sigue trabajando para él, jefe.

—¿Es que se ha vuelto usted loco, Green? Creí que había venido a verme porque le gustaba llevar esa placa.

—Sí, haré lo que usted quiera.

—Lo que usted quiere, señor Green. Es usted el que no quiere un

sistema de justicia criminal en el que unos tienen más ventajas que otros.

Green asintió.

—Está bien —prosiguió Mulvaney—. Supongamos que no vendió usted esa información al señor Mendelssohn. ¿Por qué le buscaba usted clientes? Le dijo a Moishe Kagan que fuera a verlo. ¿A cuánto asciende la comisión del que consigue clientes?

—No tengo disculpas por eso —replicó Green—. El tipo era viejo, andaba desconectado de lo que ocurría, y de repente se convierte en sospechoso de asesinato. Necesitaba un buen abogado.

—Vaya honorarios cobraba Mendelssohn al hijo del viejo. ¿Está seguro de que de esto no salió también algo para su hijo?

—Escuche —dijo Green poniéndose en pie—, si su cabeza funciona así, será mejor que me consiga un abogado.

—Síéntese, caballero, que esta película puede tener un final sorprendente.

Green volvió a encender el cigarro y se sentó.

—Veamos —prosiguió Mulvaney mirándolo—, usted sabía lo del altercado, del altercado físico, que se produjo entre el viejo y Blondie. Y sin embargo ocultó esa información a su compañero y a su comandante. ¿También se la ocultó a Mendelssohn?

—Nunca se lo mencioné a Mendelssohn. Estaba preocupado por el viejo. Si los periódicos llegan a enterarse de que él y Blondie se habían peleado, podía quedar libre de sospechas un millón de veces, pero en lo que le quedase de vida, no iba a poder andar por las calles sin que alguien lo señalara con el dedo. Y ésa no es forma de ir por el mundo. Sabía que tendría que contárselo a Dickerson y a Randazzo, pero quería tomarme mi tiempo para pensar. En una de éstas, lográbamos solucionar el caso y la información ya no sería necesaria. No lo sé, lo cierto es que me preocupaba el viejo. Sabía que no podía haber matado a esa chica. Ni a ninguna otra. Es posible que pudiera cargarse a un propietario o a un jefe, pero no a un par de putas.

—Hay un detalle que se me ha olvidado, ¿dónde estudió psiquiatría? ¿Aquí o en el extranjero?

—Jefe, si después de tantos años sirvo para algo, tengo que poder discernir quién no lo hizo, aunque ignore quién haya sido. Sin embargo, me equivoqué.

Debí comentar lo de la pelea con Blondie desde un principio. Aunque estuviera preocupado por el viejo, no tenía ningún derecho a retener información sobre el caso.

—Cuando se vaya a su casa —le dijo Mulvaney—, quiero que repase usted nuestra conversación, pero con la diferencia de que usted deberá ponerse en mi lugar. Escuche sus respuestas como si ocupara mi puesto. Entonces, cuando se haya ido al lavabo y haya vomitado en la taza del retrete, vuelva a repasar la conversación poniéndose en mi lugar.

—¿Cuándo recibiré el informe con los cargos? —preguntó Green aclarándose la garganta.

—En sus sueños, supongo —respondió Mulvaney, sonriendo—. Y ahora quiero hablar con usted del caso de los asesinatos en los que falta la mitad inferior de los cadáveres.

Green todavía no había logrado dominar del todo la voz y preguntó:

—¿Sigo en el caso? ¿No hay problema?

—Apenas. En el departamento no logrará pasar usted del puesto que ahora ocupa. Si el comisario de policía quisiera, por algún motivo, ascenderlo, no podrá, no con lo que sé ahora. Lo que me fastidia más es que en el caso de Rinaldi mantuvo la boca cerrada y no dijo nada de cómo obtuvo Mendelssohn la información. A usted le importaba un carajo lo que pudiera ocurrirle a la secretaria. No es por eso por lo que se calló. No quería que lo humillaran. No quería que se supiera que cualquiera puede sintonizar con el detective de primera mientras está sentado, bebiendo como un cosaco.

Mulvaney miró fijamente a Green y prosiguió:

—El resto es trillado. Chapucero, indulgente, el departamento siempre queda en último término, si es que le llega el turno. Sin embargo, no ha hecho nada venal, en eso lo creo, y no quiero prescindir de su experiencia, incluida su habilidad de hacer confesar hasta a las piedras. Consideraré su papel en la queja ante el colegio de abogados como una redención parcial, mínimamente parcial, por haber fastidiado tanto el caso Rinaldi. Pondré una carta en su expediente, por si sufro una muerte repentina. Otra cosa más, señor Green. Bebe usted cerveza. Déjelo, ¿me ha oído?

Green asintió.

—Está bien —dijo Mulvaney reclinándose y estirándose en su asiento—. Llamaré a Jeremy y repasaremos la lastimosa cantidad de material que tenemos sobre los casos de *fershtunkiner*^[*]. Imagínese, alguien tiene un cadáver y medio que nos pertenece. Ah, por cierto, deme la dirección de ese sitio donde consiguió la cinta de Billie Holiday.

52

AUNQUE SEGUÍA PASANDO DELANTE del kiosco cada mañana, el hombre negro de espalda erguida se sorprendió de volver a verlo abierto una semana después de que lo cerraran. Sin embargo, el judío regordete no estaba allí. Una mujer pequeña, de piel oscura, de unos treinta años arreglaba los diarios.

—Disculpe —le dijo—, ¿es usted la nueva propietaria?

—Sí —repuso ella con una sonrisa que dejó ver todos los dientes—. ¿Puedo ayudarle en algo?

El señor Fitzgerald se limitó a servirse los diarios de siempre, los pagó y se dirigió a la cabina telefónica de la esquina. Veinte minutos después, sentado en el parque de Tompkins Square y riéndose entre dientes de la columna de William Safire del *The New York Times*, Henry Langston Fitzgerald se percató de una voluminosa presencia frente a él.

—Siéntese, señor Green —le dijo.

Noah asintió, sacó un cigarro, se sentó y esperó.

—A Angel le gustaría verle —dijo el hombre negro.

—Es un alivio —replicó el detective silbando suavemente—. Creí que la había palmado.

—Está en mi casa. Tiene que esconderse por aquí cerca por su madre. No tiene a nadie que se ocupe de levantarla del suelo, de alimentarla, ya sabe, ese tipo de cosas. Nadie de quien pueda fiarse. Incluyéndome a mí. Me ofrecí a hacerlo. Pero dice que tiene que hacerlo él mismo, que probablemente su madre mordería a otro que no fuese él. Va a verla en las horas más dispares. Espera, vigila, se

arriesga. Me sorprende que no agarren a su madre y le obliguen a dirigirse hacia ellos.

Green se reclinó en el banco y comentó:

—Sería un rehén muy poco atractivo. Y al vecindario no le gustaría. Está muy mal eso de raptar a la madre de un buen chico. ¿Qué cree Angel que piensan ellos de lo que sabe?

—Nada —repuso Fitzgerald—, quiero decir que a Angel no se le ocurre que haya nada que él sepa que pudiera hacerles daño. Sabe lo que todo hijo de vecino, eso es todo. Pero ellos no están seguros de que eso sea todo, y Angel se imagina que si alguna vez lo cazan, se enfadarán muchísimo por haber perdido tanto tiempo en alguien que no sabía nada.

—Humo —masculló Green—, todo el mundo camina sobre humo.

Un grifón alemán se acercó a Green y le ladró con apasionada aversión.

—Maldito antisemita —le espetó el detective—. Habrá notado —agregó dirigiéndose a Fitzgerald— a quien ha ido a ladrarle. ¿Dónde puedo ver a Angel?

—¿Le gustaría venir esta tarde? ¿A eso de las cuatro? En el Bowery. El tres cuarenta. Último piso. ¿Qué clase de mermelada le gusta?

—Ninguna en especial.

—¿Se encuentra bien el hombre que tenía el kiosco de periódicos? —inquirió el hombre negro.

—No exactamente. No sale de su casa. No habla por teléfono. Está ahí, sentado.

—¿Han intentado con alguna medicación?

—No quiere tomarla —repuso el detective—. Dice que no tiene nada por lo que mejorarse.

—¿Cree que podría ir a visitarlo? —preguntó el hombre negro frotándose el mentón.

—No quiere ver a nadie. Fui a verlo y estuve haciéndole compañía a su mujer durante un rato, pero él no quiso salir de su cuarto.

—Bien —dijo Fitzgerald poniéndose de pie—, de todos modos le agradecería que me diese su dirección. Tengo mucho tiempo libre y además, tengo algo que él necesita.

—¿Qué?

—Jesucristo.

—Vaya —dijo Green sin inmutarse—. Justo lo que necesita. La medicina más indicada. —Green le escribió la dirección en un papel y agregó—: Si no quiere salir, grítele lo que tenga que decirle. Entonces saldrá. Y tanto que saldrá.

53

LE COSTABA RESPIRAR, de modo que se detuvo en el tercer piso. «Imagínate que tuviera que perseguir a alguien por esta maldita escalera. Qué putada. Un hijo recién nacido y su padre muere de un ataque al corazón. Me está bien empleado por ser padre a mi edad. ¿Qué me quedaría si no? ¿Continuar siendo un gordo asqueroso con tanto bocadillo de pastrami y cebolla? Nunca más. Nunca más. Se acabaron las charcuterías. Y los helados. Zanahorias, zanahorias crudas todo el santo día. Hijo, estaré presente en tu graduación. Al menos, la de la escuela primaria».

Animado, Green logró llegar al sexto piso, aunque respirando aún con dificultad; se detuvo ante la puerta negra, leyó la inscripción y llamó.

Abrió Angel, tenía los ojos llenos de temor. Le preguntó:

—Joder, macho, ¿quieres un médico? ¿Una ambulancia? Siéntate, Noah.

Incómodo, Green se sentó y bebió el vaso de agua que le ofreció el hombre negro, de espalda erguida quien, acto seguido, colocó a su lado una bandeja con panecillos, mermelada de frambuesa y una tetera llena.

—Es una ligera indigestión —comentó el detective cuando el hombre negro hubo abandonado la habitación.

—El tipo al que enviaron tras de mí —dijo Angel paseándose por la habitación— puede ser el que buscas. El trinchador. No sé nada que valga la pena sobre él, pero una vez me dijo que trabajaba para ellos, es una especie de mediador, y tiene la mirada de hielo. Si

alguien pudo alguna vez cortar a esas víctimas en dos, sin estar loco, él es el que lo ha hecho.

—¿Qué te hace pensar que quien lo haya hecho no está loco? —inquirió Green. Eructó y se sintió muchísimo mejor.

—Es algo que se me ocurrió —repuso Angel. Se detuvo y se volvió hacia el detective—. Hicieron que pareciera algo limpio, pero cuando te pones a pensar, las piezas no encajan. Vale, dos putas, ¿pero por qué fue el hijo de Sol la tercera víctima? ¿Acaso el asesino es un loco bisexual? Puede ser, pero existe una explicación mejor. Sabía lo de los arrestos de su gente y que les habían requisado un montón de mercancía porque alguien, vosotros o los federales, había logrado infiltrarse en la organización. De modo que tuvieron que dar a entender públicamente lo que les ocurre a los confidentes.

»Pero —prosiguió Angel sentándose frente a Green—, eso que ellos quisieron dar a entender iba dirigido sólo a los confidentes. Se darían por aludidos. Un confidente huele a otro, esté vivo o muerto. Pero para el exterior, para los normales, la prensa, no querían que se viera como Al Capone. No querían llamar la atención por lo que les ocurriera a los tres confidentes. Porque no sería bueno para el negocio y, que Dios no lo quiera, sus fotos podrían salir en los periódicos. De modo que para los de afuera, hicieron que pareciera como si un loco se los hubiera cargado a los tres, como si la cosa no hubiera tenido ningún otro tipo de relación. Un loco al que le repudre que el día de Acción de Gracias sea una sola vez al año.

»Supusieron —continuó Angel observando a Green que permaneció impávido— que tarde o temprano vosotros y los federales os enteraríais del asunto. Pero para entonces, la prensa estaría a la búsqueda de nueva sangre, y esto pasaría a ser un asesinato más. La nota de un día. Sin fotos. Además, pensaron que si vosotros os percatabais de que se trataba de una venganza, os imaginaríais que el asesino sería un profesional contratado de otra ciudad y quitado de en medio cuando el tío hubiera tachado al último de su lista. ¿Dónde buscarlo entonces? Podría estar en cualquier parte ¿En Colombia, en Bolivia? Hasta podría ser un israelita. Por lo que oí decir son los tipos más duros que se hayan visto jamás. Y supongamos que encontrarais al tío; ellos supusieron que no hablaría. El tipo de profesional que contrataron para esto,

jamás hablaría. No por miedo, sino por orgullo.

»Sea como fuere, hicieron llegar el mensaje a los confidentes, y nadie sabe quién carajo son. Ya sabes, los que no tienen nombres, ni despachos, ni reflejos en el espejo. Quizá ni siquiera estuvieron nunca aquí, ¿te imaginas? Quizá en este mismo momento están en Macao, impacientes por que se les termine la jornada para volver a casa con sus esposas y sus hijos. Quizá todo lo que han provocado aquí, para ellos no es más que unos datos que salen en la impresora conectada a un computador. ¿Sabes a qué me refiero? Nada de esto es real para ellos. Las dos putas. El hijo de Sol. Tú. Yo.

—Vayamos paso a paso —dijo Green—. El tipo que te perseguía. Háblame de él.

—No sé si sólo tenía que llevarme ante ellos —replicó Angel—, o bajarme de un tiro. Tenía un cuchillo grande como una casa, pero quizá sólo pretendía asustarme para que lo acompañara.

—¿Cómo se llama? ¿Sabes cómo se llama?

—Arthur. Es alto, delgado, casi blanco. Corre mucho, hace *jogging*.

—¿Ese Arthur? —inquirió Green sonriendo expectante.

—Sí, dice que una vez lo arrestaste, pero que la pringaste.

—Mi gente tiene un dicho, Angel. «Nunca más». O sea que piensas que puede ser el trinchador.

—Intento pensar como lo harían ellos —repuso Angel volviendo a pasearse por la habitación—. Evidentemente, el importar a alguien tiene una ventaja. Llega y se va tan de prisa que a ninguno de vosotros os da tiempo de saber qué cara tiene. Pero en una situación como ésta, cuando no están seguros de cuántos son los confidentes que los han delatado, los asesinatos llevarán su tiempo, o sea que en este caso da igual utilizar a alguien con quien se pueda estar en contacto en caso de necesidad. Alguien digno de confianza, alguien con mirada de hielo.

Green asintió.

—Así que —continuó Angel—, Arthur tiene una buena tapadera. Cada día, llueva o truene, corre.

Todo el mundo lo ve correr. ¿Sería alguien como él capaz de cortar en dos a la gente y de echar sus cabezas a un cubo de basura? Es tan limpio que hasta podría salir en un anuncio de la tele, con pantalón corto blanco y decorosas zapatillas.

Green sacó una libretita negra, y le preguntó:

—Angel, ¿cómo era de largo el cuchillo que Arthur llevaba cuando te perseguía?

—Tendría una hoja de unos quince a veinte centímetros. Ya sabes, uno de esos cuchillos enormes.

—¿Dónde puedo encontrar a Arthur? —inquirió Green poniéndose de pie.

—Dentro de una hora pasará corriendo por el parque de Tompkins Square.

—¿Y después qué?

—Suele comer en el Café Loup, en la Trece Este, cerca de la Quinta. A eso de las ocho. Ninguno de los restaurantes de este barrio son lo bastante buenos para Arthur.

—Angel —dijo Green poniéndole una mano sobre el hombro—, te arriesgas mucho yendo a ver a tu madre. No es sensato. Puedo enviarla a un hospital.

—¡Ni hablar! —gritó Angel—. La gente como mi madre se muere si la meten en un hospital. No, déjamela a mí.

El hombre negro, de espalda erguida, volvió a aparecer y acompañó a Green hasta la puerta. Le preguntó:

—¿Arrestará usted a Arthur?

—Eso para empezar —repuso el detective.

54

ESA TARDE, A LAS OCHO MENOS CUARTO, Angel y Green se encontraban en el interior de un coche, en la calle Catorce y Broadway.

—Esperas hasta que salga, ¿vale? —le dijo Green. Estás en la acera de enfrente. Si no te ve, sílbale. Entonces, sales corriendo y gritando, en dirección a University Place. En una distancia corta puedes sacarle ventaja, y no será un maratón. Si no saca el cuchillo, pregúntale dónde cuernos lo ha metido, si alguien se lo ha quitado. Ya sabes cómo hacerlo. Pregúntale si tiene miedo de cortarse.

—¿Qué pasa si no lleva el cuchillo? —inquirió Angel esforzándose por mantener las manos quietas.

—Lo cogeré de todos modos. Ya sé lo que estás pensado. Lo agarraré antes de que te zurre. Pero lo hemos perdido si el hijo puta no lleva el cuchillo. Al menos por esta vez.

Bajaron del coche. Fueron por la calle Catorce en dirección a University Place: desde allí Angel prosiguió solo, hasta llegar al Café Loup. Entró. Green esperó en un portal, al otro lado de la calle. El local estaba a oscuras. Green se sentó en el suelo, colocó una bolsa de papel con una botella medio vacía de ron junto a él, y luego, se tapó la cara con el sombrero.

Minutos más tarde, un grifón alemán miniatura, con el horrible ladrido típico de todos los bichos de esa raza, comenzó a olisquear al detective que estaba en posición supina.

—¡Sal de ahí! —le gritó la mujer al perro—. Dios sabe qué enfermedades puedes llegar a pescar de ese mugriento borracho. Tendrían que arrojarlo a la basura.

—¡Va a matarme! ¡Va a matarme! ¡Socorro! —La voz de Angel, rebosante de un temor nada fingido, atravesó la suave brisa vespertina.

Green se puso en pie de un salto, apartó al perro de una patada, vio a Angel que corría por la calle Trece gritando como un desesperado, y a Arthur que lo seguía de cerca. Arthur no llevaba nada en las manos.

Green corrió hacia ellos, sacó el revólver y gritó:

—¡Arthur, no te muevas! —Empujó a Arthur contra el escaparate de una tienda, de un tirón le colocó los brazos detrás, lo esposó y lo cacheó.

—Dentro de la camisa —le dijo Angel.

Green temió no encontrar nada más que ropa interior. Sonrió ampliamente cuando vio el cuchillo; lo extrajo cuidadosamente, sacando primero la hoja de la funda de fina tela que Arthur llevaba sujeta a una correa, atada alrededor del pecho. Green se sacó del bolsillo una bolsa de papel, de su interior extrajo otra bolsa más pequeña y en su interior, colocó el cuchillo, sujetando primero la hoja, y luego lo metió todo dentro de la bolsa más grande.

—No está prohibido llevar cuchillo —dijo Arthur suavemente—. Ni siquiera lo tenía en la mano. Sólo perseguía a un chico que me llamó marica cuando salía de un restaurante. Es un insulto, judío. Búscalo en los libros de derecho. Serás el *schmuck*^[*****] de la semana si me encierras por perseguir a un chico.

Green permaneció delante de Arthur, y con un floreo, extrajo una tarjeta del bolsillo de la camisa.

—Escúcheme bien, voy a leerle sus derechos. Si hay algo que no entienda, con mucho gusto se lo repetiré.

El detective se aclaró la garganta.

—Tiene usted derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a la presencia de un abogado para que le aconseje antes de ser interrogado y para que le acompañe durante el interrogatorio, si así lo desea. —Green adoptó un tono compasivo—. Si no puede pagarse un abogado, tiene derecho a que se le designe uno antes del interrogatorio. ¿Ha comprendido usted estos derechos?

Arthur sonrió y no dijo nada.

—¿Le gustaría oírlos en *yiddish*? —inquirió Green.

—Ya los he oído —replicó Arthur.

—¿Contestará voluntariamente a mis preguntas?

—Me gustó el tercer plato del menú —repuso Arthur mirando a Green—. El del abogado antes del interrogatorio. Cuando lo llame por teléfono, ¿de qué tengo que decirle que me acusan?

Green sacó una hoja de papel de libreta del bolsillo del pantalón y leyó lo siguiente:

—Ley local n.º 64 (de 1983), Apartado b. Es ilegal portar cuchillos con una hoja de una longitud de diez centímetros o más, en cualquier lugar público, calle o parque.

—¿Y cuánto le cae a uno por eso? —inquirió Arthur—. ¿Le envían una carta a mi mamá?

—Quince días —respondió el detective.

—¿Qué crees que podrás hacer conmigo en quince días? —inquirió Arthur resoplando delicadamente.

Green empujó a Arthur en dirección al coche.

Unas horas más tarde, mientras Angel abandonaba la comisaría, le dijo a Green:

—¿Cómo vas a conseguir nada, si su abogado está siempre presente?

—Hasta los abogados tienen que dormir. No puedo interrogar a Arthur sin la presencia de su abogado, pero si Arthur quiere hablar conmigo, sobre cualquier otro tema que no sean los asesinatos, no voy a negarme a ser amable. Sé lo que significa sentirse solo y necesitar a alguien con quien hablar. Y tú todavía no estás fuera de peligro.

—¿Cómo?

—Si contrataron a Arthur, pueden contratar a algún otro. ¿Captas? Ten mucho cuidado, en todo momento.

55

—¿CÓMO LA ENCONTRASTE? —inquirió Randall Dickerson mientras miraba hacia la oscuridad, hacia los árboles que había frente a la comisaría.

—La encontré cuando detuve a Arthur en otras ocasiones. No quería saber nada de él. No quiso hablarme, y tampoco quiso verlo. Fue algo así como un aborto tardío.

—¿Y por qué crees que esta vez será diferente?

—Tengo una corazonada. Puede que la mujer considere que Arthur ya ha ido demasiado lejos como para que continúe considerándolo muerto.

—¿Vas a llamarla?

—No —repuso Green sacudiendo la cabeza—. Si me presento ante la puerta de su casa, no podrá colgarme el teléfono. No debo perder tiempo, pero debo proceder con lentitud. Sólo tenemos quince días, y si ella no nos ayuda, tendré que buscar otra forma. Si lo soltamos no volveremos a verlo.

—Arthur no es tan discreto —comentó Dickerson sin dejar de observar a los niños que estaban fuera.

—Lo será... donde lo meterán lo será.

—Ha de saber qué le ocurrirá si sale.

—Arthur está convencido de que es más listo que nadie —replicó Green estirándose—. Supone que logrará sobrevivir si desaparece. Para siempre. Además se siente ofendido, si es que eso puede ser posible, porque ellos no se dan cuenta de que él jamás nos diría quién lo contrató para cortar a las víctimas. Podríamos

colocarlo sobre una parrilla, y no soltaría una puta palabra.

—¿Y cómo es que estás tan seguro de lo que piensa Arthur? —inquirió Dickerson.

—Es que pienso mucho en él —respondió Green, abrochándose el cuello de la camisa y ajustándose el nudo de la corbata—. Llegó la hora de ver a su mamá.

Green fue en coche hasta la calle Rivington y aparcó frente a una vivienda de alquiler. Subió hasta el tercer piso y cuando se disponía a llamar, Green escuchó cómo cantaba una voz gruesa y profunda. El sonido era penetrante, pero no estridente.

Jesús nos llama

suave y tiernamente.

Nos llama a ti y a mí

Nos llama: «Oh, pecador, vuelve al redil»,

Green tuvo que esforzarse por no darse media vuelta y bajar la escalera. No era por la música. Su mano había tocado un crucifijo negro que había sobre la puerta.

El detective llamó suavemente. La oyó dirigirse hacia la puerta.

—¿Quién? —preguntó la voz profunda.

—Señora Heath —dijo Green—, soy el detective Green, del Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York. Le agradecería mucho que me ayudara; permítame pasar por favor.

Descorrió un pestillo y por una ligera abertura de la puerta, apareció una cara de caoba. Tenía el pelo lacio, fino y canoso, y los ojos profundos eran de un brillante color marrón.

—Su identificación —le dijo.

Green colocó la placa en la abertura.

—¿De qué comisaría?

—La del Distrito Noveno.

—¿En qué calle está?

—La Cinco Este.

—Ponga los ojos donde pueda verlos.

Green recordó a un colega suyo que perdió la facultad de leer después de que le arrojaran lejía en una situación similar, y titubeó. Pero hizo lo que le ordenaron.

—Está bien —le dijo la mujer. Descorrió dos pestillos más y la puerta se abrió. En el centro de la habitación había una mesa

cuadrada y cuatro sillas. No había ningún otro mueble. La habitación daba a un dormitorio donde lo único que vio Green fue un catre y una manta. Se preguntó dónde estarían las almohadas, pero al final decidió que seguramente no habría ninguna.

Sobre la mesa había una Biblia encuadrada en un material que, para horror del detective, parecía piel humana.

La señora Heath, alta, angulosa, de pómulos pronunciados y un pelo que le salía del mentón, cogió la Biblia y se la tendió a Green.

—No es lo que usted piensa —le dijo con una fría sonrisa—. Es piel de cerdo. Es muy resistente. Sin duda, un detective de policía tiene que saber diferenciar entre la piel humana y la de cerdo. Supongo que querrá hablarme de Arthur. Sí, me acuerdo de usted. Del nombre no. No recuerdo el nombre. Pero recuerdo sus ojos. De todos modos, creía que la última vez lo había dicho bien claro. Los sentimientos maternos que pude haber tenido por esa persona, desaparecieron hace mucho, mucho tiempo. Y no practico el sentimentalismo. Ni la fantasía. Lo que Arthur tenga de malo, ya no tiene arreglo.

La señora Heath fue al dormitorio y regresó con un recipiente redondo, de hojalata roja. En su interior había un surtido de galletas. Le tendió la lata a Green, quien escogió una galleta con mucho cuidado y se la quedó en la mano.

La mujer le miró la mano.

—Me la comeré luego —le explicó Green—, cuando haya cenado.

—¿Tiene hijos? —inquirió la señora Heath.

—Uno. Aunque —agregó, solícito—, también tengo un hijastro, es de mi mujer.

—¿De quién si no? —dijo la señora Heath—. Teniendo usted un hijo de su propia sangre, quizá no lo comprenda, pero me alegraría infinitamente si hubiese usted venido esta noche a decirme que Arthur ha muerto. ¿Es así?

—No —repuso Green, sacó un cigarro pero no lo encendió.

—No fume —le ordenó—. Está usted en mi casa y el olor tardaría una semana en irse.

—No, Arthur no está muerto. He venido porque tengo motivos para creer que Arthur puede estar implicado en una serie de asesinatos. No se trata de drogas y prostitución como la última vez,

sino de asesinato. Hasta ahora, han muerto dos mujeres jóvenes y un muchacho. En cada caso, los cadáveres... y lamento tener que decírselo...

—No se preocupe —le advirtió la señora Heath sirviéndose una galleta de la lata roja—, no soy una persona impresionable.

—Los cadáveres estaban cortados en dos. Las partes superiores de los cuerpos fueron abandonadas en cubos de basura. Hasta ahora nos ha sido imposible localizar las...

—Partes inferiores —dijo la señora Heath metiéndose la galleta en la boca—. Y usted cree —agregó mirando fijamente a Green— que puedo persuadir a Arthur para que confiese.

—Es mi esperanza. Mientras Arthur siga ahí fuera, no habrá nadie a quien no sea capaz de matar, de una u otra forma.

—Incluida su madre —agregó la señora Heath con tono cortante.

—Excepto su madre.

—¿Por qué está tan seguro? —inquirió la señora Heath esbozando apenas una sonrisa.

—La última vez —contestó Green—, las pocas personas que logré encontrar y que conocían a Arthur antes de que abandonara su hogar, me dijeron que le temía. No, la palabra fue que usted le inspiraba «terror».

La señora Heath se levantó de la mesa, fue a su dormitorio y de allí pasó a otro cuarto. Green la siguió. Vio una viejísima cocina negra, un cazo de lata, un aparador, una pequeña mesa redonda, una sola silla. Sobre la mesa había una Biblia.

—¿Té o café? —preguntó ella.

—Café negro.

—Sabía que me traería problemas cuando le miré a los ojos. Blandos. Tienen un aspecto blando. Pero en el fondo ocultan cierta frialdad. Nada lo detiene. En lo que a Arthur se refiere, es mejor que sea así. —Colocó una taza frente a Green. La taza llevaba la inscripción: BROOKLYN DODGERS.

»Sí, me temía —dijo ella vigilando el cazo—. Y si estaba aterrado, era del vacío. El vacío en el que se suponía que debía estar. Arthur quería que yo fuera lo que otras madres son para sus hijos. Lo fui, al principio. Claro que sí. Lo llevaba a todas partes conmigo, a todas partes. Aún recuerdo con qué atención lo observaba todo en la iglesia. Yo ignoraba quién miraba a través de

esos ojos. Pero cuando empezó a ir a la escuela, no tardé en darme cuenta de que era hijo del diablo. A partir de ese momento, bastante hice con alimentarlo.

—Con eso de hijo del diablo quiere decir...

—Por el amor del cielo —dijo la señora Heath sirviendo el café en la taza que había delante de Green—, no quiero decir que Satán me dejase preñada. Quiero decir que el chico era malvado. Usted, que es policía, entenderá lo que quiero decir. Lo llevé a predicadores y asistentes sociales, incluso a psiquiatras, y casi todos me dijeron lo mismo. Los honrados, claro. Me dijeron: «Señora Heath, hay gente por la que no podemos hacer nada. Son simplemente malvados. No malos. Malvados. La terapia no les hará nada. Los medicamentos no les harán nada». Es una tontería utilizar términos como neurosis o psicosis o desequilibrio químico cuando uno se encuentra ante semejantes personas. Son hijos del diablo. Son malvados.

Green miró en el interior de su taza y dijo:

—Y al llegar a esa conclusión usted...

—Lo alimenté, lo vestí y le di un lugar donde dormir. Punto. Y él, a medida que se fue haciendo mayor, comenzó a hablar de amor. Pero si ese crío sabía de amor lo mismo que sabe un caimán. Había oído la palabra, y luego había leído sobre ella, y decidió que tenía derecho a lo que fuese que significara simplemente porque era un niño. Pero no hay manera de amar a los verdaderamente malvados. A los pecadores, sí. Se puede condenar el pecado, pero no al pecador. Porque un pecador sabe que ha pecado. Pero los verdaderamente malvados no saben que han pecado.

Estaba de pie, junto a la cocina, ya no miraba a Green. Estaba en otro tiempo.

—Nadie quería venir a casa a jugar con él, porque los niños se enteraban de lo que les ocurría a quienes lo hacían. —Se puso a temblar—. Y como era un chico tan callado, yo no supe lo que ocurría. Hasta que las madres de los otros críos se quejaron. Y cómo se quejaron. Los chicos tenían miedo de decir o hacer nada porque les había explicado lo que les haría si hablaban. Pero finalmente, no aguantaron más y se lo contaron a sus madres. No a sus padres.

—¿Cuándo empezó todo esto? —inquirió Green.

—¿La sodomía? ¿Qué más da? Usted no lo comprende. Los

malvados son malvados. En ello no hay nada cronológico. No se vuelven malvados. Algunos niños muerden a otros cuando están en el parvulario. Arthur también mordía. Pero Arthur seguía mordiendo a sus compañeros cuando iba al cuarto curso de básica. Los habría sodomizado incluso en el parvulario, si hubiera podido, si hubiera contado con el equipo. Y tal vez lo hizo. Bien, le he contado una pequeña parte de mi vida con Arthur. La sodomía era sólo una de sus vocaciones. Pero ya es suficiente por ahora.

Green bebió un poco de café y le dijo:

—Señora Heath, podría ayudarnos mucho si viniera a visitar a Arthur. En este preciso instante, si fuera posible.

—¿Qué le pasará a Arthur si confiesa? —inquirió la señora Heath; su voz se tornó aún más profunda.

—Cadena perpetua. Una condena a cadena perpetua de verdad. Le caerán más años de los que pueda vivir.

—No estaría tan segura de eso —comentó—. Está bien. Estoy preparada para ver a mi hijo.

56

CERRÓ LOS OJOS, esa noche corría una carrera muy larga, hacia el oeste, rumbo al parque de Washington Square y ahora, imaginó que haría una noche tan refrescante que podría continuar corriendo hasta llegar al río. Pero aquello no era posible.

Abrió los ojos.

—Solía sentir tu presencia a cierta distancia —dijo Arthur a la mujer alta, angulosa, de cabello canoso—. Pero hasta este momento, no supe que estabas aquí.

—Debo de estar perdiendo mis poderes —repuso ella, de pie, frente a la celda, fuera del alcance de la mano.

—No te han traído una silla. Deben de saber que nunca te cansas.

Ella sonrió.

—No funcionará —le dijo Arthur, devolviéndole la sonrisa.

—Siempre estarás a tiempo de pedirme que me vaya —repuso la señora Heath cruzando los brazos sobre el pecho.

—No lo haré.

—Ya lo hiciste en una ocasión, Arthur.

—Por eso no volveré a hacerlo.

Durante varios minutos, ninguno de los dos habló. Arthur empezó a correr otra vez y le preguntó:

—¿Te han puesto un magnetófono, madre?

—Ya me conoces, hijo. No hay nada oculto. Jamás.

—Yo no lo diría —comentó Arthur, corriendo más de prisa.

La señora Heath lo observó correr. Lo observó durante un largo

tiempo.

—¿Crees lo que te han dicho de mí, madre? —inquirió Arthur aminorando la marcha.

—Quiero saber si tú te lo crees, Arthur.

—Primero responde a mi pregunta —dijo él echándose a reír.

Con las manos entrelazadas, contestó:

—Hace mucho tiempo que sé que no existe nada de lo que no seas capaz. De modo que no me sería difícil creerme lo que ellos me dijeran.

—¿Por qué quieres hacer tú el trabajo que les corresponde hacer a ellos, madre? En fin, aunque nunca te comportaste como una madre. Salvo aquella vez.

—Tenías veinticuatro años —comentó ella reclinándose contra la pared—, y te bañé. O al menos empecé a hacerlo.

—Nunca supe quién te dijo que estaba con fiebre —dijo él sacudiendo la cabeza—, pero me desperté y...

—Y me ordenaste que me fuera a la mierda.

—Deliraba, eso es todo. Debiste haberte dado cuenta. No sabía que eras tú. No sabía quién era. Podía haber sido una de las prostitutas. Pensé que sería una de ellas.

—En realidad, la que deliraba era yo. Una de tus amiguitas me dijo que te estabas muriendo, y estuve a punto de olvidarme de quién eras. Lo único que me entraba en la cabeza era que mi hijo se moría.

—Si te hubiera entrado en la cabeza eso de tu hijo hace mucho tiempo... —dijo Arthur y dejó la frase en el aire.

—Vamos, acaba la frase —sugirió su madre, sonriendo sin alegría—. Habrías sido una persona tan distinta. Chuminadas. Eres la única persona que conozco que carece de alma. Cuando te hicieron, se olvidaron de ponértela.

—Tú estabas presente, madre. ¿Quién otra si no?

—Ojalá lo supiera, Arthur —repuso ella. Su sonrisa se hizo más amplia—. Porque yo no estuve presente.

Arthur se aferró a los barrotes.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Cuando te acogí hice una promesa. Le prometí al Señor que jamás te enterarías de que no eras mío. Mantuve la promesa sin importarme lo que hacías. Los robos, las mentiras, la violencia, la

perversidad, la forma en que metías el pene en cualquier cosa en donde cupiera, y en otras donde no cabía, la compraventa de mujeres, hombres, niños, drogas, y Dios sabe qué más. Él sabe todo lo que has hecho, aunque a mí se me ha ahorrado enterarme de algunas cosas. Sin embargo, jamás le conté a nadie que no eras mío. Pero he hablado con Él, y me dice que no está bien que sigas creyendo que eres mío. Tienes que saber la verdad.

Sentado en una silla, Arthur se quedó mirándola fijamente.

—Era una puta —prosiguió la señora Heath acercándose a los barrotes—. Aunque tenía un gran concepto de sí misma, y así lo dejaba entrever con su comportamiento. Tenía la piel clara. Lo suficiente como para que no se le notara la raza si el sol no alumbraba demasiado. Le gustaba engañar a la gente; según ella, lo hacía porque nunca se sabe con quién se topará una. Cuando se enteró de que estaba preñada de ti, iba a matarte, pero yo le dije: «Ten al crío, y yo me encargaré de él». ¡Me sentía tan orgullosa de mí misma! Había salvado a un niño de la muerte. Dios me ampare.

—¿Cómo se llamaba?

—Flossie.

—Parece nombre de perro. ¿Qué le pasó?

—Se fue. Simplemente se largó. A alguna parte. Nunca más volví a saber de ella. Y ninguna de las personas que conocía tampoco supo más de ella.

—¿Sabes si está viva o muerta?

—No.

Arthur se puso de pie y fue hacia los barrotes—. ¿Y mi padre?

—Nunca supo quién era. Nunca supo cuál de ellos era tu padre. Las calles están llenas de hombres que pueden ser tu padre.

—Me dijiste que era maestro, maestro de matemáticas y que iba a casarse contigo, pero que murió antes de que yo naciera.

—Bueno, si te conté una mentira, pude contarte dos. Y lo hice.

Arthur le dio la espalda.

—No me lo creo —dijo la señora Heath en voz baja—, se cree que puede llorar.

—Adiós, madre —dijo Arthur a la pared.

La señora Heath lo observó, allí sentado bien derecho. Levantó la cabeza y se alejó. En la oficina de la brigada, rehusó la silla que le ofrecieron y le refirió a Green lo ocurrido.

Green se quedó mirándola y le preguntó: —Pero usted es su madre, ¿verdad?

—Por supuesto —repuso la señora Heath.

UNA HORA MÁS TARDE, Green pasó por delante de la celda de Arthur, leyendo las tiras cómicas del *Daily News* y fumando un cigarro.

El prisionero estaba de pie, cerca de los barrotes, aunque no los tocaba. Tarareaba en voz baja. Green creyó que se trataba de una especie de himno.

—Por si se te ha ocurrido pensar en el tema —dijo Green—, tenemos la impresión de que no estarías seguro en la isla de Riker. Ya se ha corrido la voz de que estás en chirona, y en una de éstas, alguien se pone nervioso y... Por eso hemos decidido tenerte aquí.

—Chocolate por la noticia.

Green pasó a leer el *Gasoline Alley*.

—Judío —dijo Arthur—, ¿quién hay allá en la esquina?

—Un policía.

—¿Nadie más?

—Nadie más. ¿Quieres que le diga que se vaya?

—¿Cómo sé yo que se ha ido?

—Puedes mirarlo.

—Sólo tú y yo —dijo Arthur.

—Efectivamente.

—Dile que se vaya.

Green dobló la esquina; allí, un oficial de uniforme estaba sentado en un escritorio, leyendo las notas particulares del *The Village Police*.

—Nunca se sabe lo que puede uno pillar de ese tipo de cosas —comentó Green—. Yo no me atrevería siquiera a tocar ese periódico.

Es posible que el prisionero quiera hablar, pero en privado. Deme las llaves y vaya a tomarse un café.

El policía asintió, le dio las llaves a Green y se marchó. Green cogió el teléfono que había en el escritorio, después de una breve conversación, colgó.

El policía regresó y le preguntó:

—¿Está seguro que no quiere que me quede por aquí?

—No, gracias —repuso Green—, acabo de pedir refuerzos.

Green regresó a la celda y la abrió. Arthur salió, se detuvo delante de Green, se dirigió hasta la esquina, miró a su alrededor y regresó.

—Quiero hablar —dijo Arthur—, sin abogado. Sólo tú y yo. Ha sido muy duro traerla aquí. Lograste lo que querías.

—En el juicio podrías alegar que te obligué a hablar y nada de lo que me contaras serviría. De todos modos, el tribunal podría desecharlo todo porque sé que tienes abogado y no está presente. El juez diría que no importa lo que quisieras, no deberías hablar sin la presencia de tu abogado. ¿Quién diablos sabe qué otra cosa podría decir un juez? Intento descifrar qué tienes en esa mente bien ajustada, Arthur.

—Te preocupas por nada. Estoy loco.

—En esta época, se trata de una alegación muy difícil de sostener.

—¿Quieres saber qué ocurrió con las otras mitades de los cuerpos? —inquirió Arthur sonriendo.

Green no contestó.

—Me las comí.

—Justo lo que yo pensaba —dijo Green.

—¿Quieres saber quién me contrató?

Green esperó.

—Jesús —dijo Arthur.

—No sabía que estaba viviendo en Macao.

Arthur se echó a reír.

—Más te vale estar de guasa, judío. Oye... —Los ojos de Arthur dejaron de mirar los de Green y miraron más allá—. ¡Dijiste que estaríamos solos!

Green se volvió, Arthur se abalanzó sobre él y le presionó la hoja de un cuchillo corto y afilado contra el gaznate.

A pesar del miedo y del dolor, Green pensó: «El truco más antiguo del oficio, y voy y me lo trago. ¡Joder qué *yiddishe kopf!* [**]»,

—Escúchame con mucha atención —le susurró Arthur al oído—. Si te corto el gaznate, te desangrarás hasta morir antes de que te enteres de nada, y por supuesto, antes de que los demás se enteren.

—¿Dónde lo tenías? —inquirió Green atragantándose.

—Secreto profesional.

—En el culo.

—¿Cuál de ellos? —Arthur presionó más la hoja—. Le obligaste a decirme esa mentira para quebrarme. Es una mentira, ¿verdad?

—No sé de qué me estás hablando. —Green empezó a sentir náuseas cuando Arthur le apretó el mango del cuchillo contra el gaznate.

—Le obligaste a decirme que no soy hijo suyo —insistió Arthur—. Le obligaste a decir que soy hijo de una puta.

Ahogándose, Green logró responder con gran esfuerzo:

—No sé de qué diablos me estás hablando.

—Suéltalo —le ordenó Randall Dickerson—, despídete de la vida.

—Es lo que estoy haciendo, negro —gritó Arthur. Se produjo un momento de silencio y Green vio la bala incrustarse en la mano que sostenía el cuchillo. Luego, oyó otros dos disparos, vio saltar la sangre sobre su camisa y sus pantalones y, como a la distancia, escuchó la voz cada vez más débil de Arthur que decía:

—No es verdad. No es verdad. Oh, Jesús nos llama a ti y a mí. Sí, síííí...

Sacudiendo la cabeza, Green empezó a incorporarse, cayó sobre el pecho de Arthur, tembló, volvió a incorporarse y se apoyó en la pared. Le entraron ganas de vomitar, pero aguantó.

Randall bajó la vista y miró a Arthur.

—Eso es puntería. ¿Has visto lo que ha ocurrido? Cuando me ha dicho: «Es lo que estoy haciendo, negro», ha esperado a ver cómo me sentaba el comentario. No sólo lo de negro, sino si captaba lo que me daba a entender. Adiós, Arthur, adiós, Noah. Me ha dado el tiempo justo. Primero le he apuntado a la mano en la que empuñaba el cuchillo para que no te llevara con él a ver a Jesús, y después, le he dado al muy hijo de puta.

Green le puso a Dickerson la mano en el hombro.

—Ya lo has dicho —comentó Dickerson, colocando su mano sobre la de Green—. No hace falta que digas nada más.

—No hay palabras —replicó Green—. Si alguna vez necesitas algo...

—Ya me lo pensaré.

—Muy bonito —comentó el capitán Fortunato Randazzo que había permanecido de pie, en el corredor, y que en ese momento avanzaba hasta colocarse en un sitio en donde lograra ver por completo el cadáver—. Muy bonito. Ahora estamos como al principio. Sin confesión. De modo que nunca sabremos a ciencia cierta si él fue el asesino. Y si fue él, quién le pagó.

Randazzo miró a Dickerson y le espetó:

—¿Es que no podías tirar a no matar?

—¿Quieres decir que le diera en la rodilla —inquirió Dickerson — y permitiera que se cargara a Noah?

—Siempre hay alguna forma, maldita sea —gruñó Randazzo—. A los federales les encantará el asunto. Teníamos a la pieza clave y nos la cargamos —concluyó Randazzo lanzando un suspiro. Y dirigiéndose a Green, agregó—: Quiero ver si logro que todo esto me entre en la cabeza a través del aceite de oliva que lo impregna. Trajiste a su madre para que él hablara, ¿no? ¿Y entonces qué esperabas que ocurriera?

—Supuse —repuso Green— que el tío se vendría abajo y que confesaría porque después de eso, para él nada tendría sentido. O que quizá se enfadaría tanto que me lo contaría todo por haber metido a su madre en el asunto. De ninguna manera iba a herir a su mamá, sino que se descargaría conmigo. Y si lograba hacerle perder el control, entonces, sería mío. En una de éstas, soltaba prenda.

—¿Sabes una cosa? —inquirió Randazzo—. Aunque era una escoria, me parece terrible que trajeras a su madre y la metieras en esto. A menos que la cosa funcionara, y no funcionó.

Green hizo un esfuerzo por no perder los estribos.

—Pudo haber funcionado. Y para lo que les importa a los de ahí fuera, la cosa funcionó.

—Pues estamos otra vez como al principio —comentó Randazzo y volvió a suspirar—. El maldito Arthur nos jodió bien jodidos hasta el último momento.

58

AL MEDIODÍA, dos días más tarde, en la oficina de Randazzo, Green, Dickerson y el capitán miraban a cualquier parte para no tener que verse las caras.

—Al menos la prensa no hace ninguna pregunta —comentó Green. Un prisionero se escuda en un detective para lograr huir pero lo matan. Una noticia de un día, sin más consecuencias.

—No han atado cabos —gruñó Randazzo—, pero siguen preguntándose sobre esos cadáveres incompletos. También pregunta el comisario de policía. Le dije al comisario que creemos que teníamos al asesino, joder, sabemos que lo teníamos, o casi, y, ¿sabes lo que me dijo?

Nadie contestó.

—Me dijo que archivara en una carpeta todos los papeles de este caso y que me metiera la carpeta donde no me da el sol. Y yo que creía que era un tío educado, el muy mamón.

Sonó el teléfono. Randazzo contestó, escuchó lo que le decían, colgó y luego anunció:

—Era la señora Heath. Tiene algo para nosotros. ¿Dónde diablos estará mi magnetófono? Ah, sí.

Tengo la sensación de que pronto volveremos a recuperar la reputación... tendiendo la mano para que nos caiga información.

La mujer alta, de porte y modales serenos, entró en el despacho, saludó a Green con una inclinación de cabeza; el detective la presentó al capitán y a Dickerson. La mujer sacó del bolso un paquetito, le quitó el envoltorio, mostró la cassette y se la dio a

Randazzo, quien tendió la mano y recogió el envoltorio; acto seguido, metió la cassette en el magnetófono que había sobre el escritorio.

—Me llegó esta mañana por correo —explicó la señora Heath; su voz profunda era suave como el cristal—. Traía una nota. —Sacó un trozo de papel del enorme bolso negro y se lo entregó a Randazzo—. Dice... dijo que dejó instrucciones para que me enviaran la cassette en caso de que muriera prematuramente. Fechó la nota y la cinta. Lo hizo hace dos semanas. —Se reclinó, entrelazando las manos y miró a Randazzo.

—Antes de esto, y antes de que viniera usted a verlo aquí —inquirió Randazzo—, ¿cuándo fue la última vez que supo de él?

—Recibo una postal cada año para el día de la madre y para mi cumpleaños. Y también para su cumpleaños —contestó la señora Heath apretando los labios.

—¿Desde cuándo? —inquirió Randazzo.

—Desde que se fue de casa. Déjeme calcular. Tiene treinta y uno, o sea que ya van dieciséis años que recibo sus melosas postales. En realidad no se fue de casa, sino que después de haber sodomizado a un niño, un chico subnormal, Dios nos guarde, le dije que si volvía a trasponer la puerta, le partiría la cabeza, con el cuchillo de carnicero. Supo que hablaba en serio.

Randazzo se frotó la nariz, se tiró de la oreja y preguntó:

—¿Y nunca lo envió a algún especialista?

—Por el amor de Dios. Sólo el cielo sabe cuántos psiquiatras basaron sus trabajos de investigación en los problemas de Arthur y se aprovecharon de paso de mi dinero. En fin, me imaginé que querrían oír la cinta.

Randazzo asintió y puso en marcha el aparato.

—Madre —La voz sonó ligera y musical, con una leve cadencia—, ya estoy muerto, de lo contrario, no estarías escuchando la cinta. Estoy encantado de haberte dado el gusto. Pero no podía irme sin realizar el último intento de darte una explicación. Nunca tuviste la paciencia suficiente como para escucharme, para escucharme de verdad. Ahora lo harás, porque nadie puede resistirse a prestar atención a una voz que viene del más allá.

Todos los presentes se mostraron impasibles, salvo el capitán Randazzo quien, con una sonrisa, se abalanzó sobre el bote de

boticario y se sirvió un puñado de caramelos ácidos.

—Lo primero que recuerdo —prosiguió la voz— es que estaba en un carruaje. Tú no estabas conmigo. Un niño se asomó, me metió el dedo en el ojo con fuerza, me metió el dedo en la nariz con mucha fuerza y luego me agarró el pene. Cuando volviste, intenté contarte lo ocurrido. Y tú te echaste a reír.

—Tonterías —dijo la señora Heath, irritada.

—Al principio, en la escuela, yo era el centro de todos los desprecios. Se sentaban encima de mí, me empujaban, incluso me meaban encima. Un día, al juguete de todos le crecieron las garras y dejé a un niño en un estado de terror increíble. Nunca había sentido nada igual. Fue delicioso. Fue delicioso del principio al fin. No hay placer como ése. Desde entonces, lo he sentido muchísimas veces, y siempre es como la primera vez.

»Prescindiré de lo que sabes, y de lo que no sabes, del resto de mi vida, salvo de algunos hechos que se han producido en las últimas semanas. Estoy seguro de que te habrás enterado de los tres cadáveres que aparecieron en los cubos de basura. Mejor dicho, de las mitades de los tres cadáveres. En cierto sentido, madre, eran regalos que yo te hacía. Envié a esas sucias almas a tu Dios, antes de que continuaran corrompiendo este mundo. Dos putas y un marica judío. ¿Acaso no he dejado el mundo en mejores condiciones? Piensa en las horribles enfermedades que le habré ahorrado a una infinita cantidad de personas. Cuando Dios se preocupaba por este mundo, aniquilaba ciudades enteras llenas de malvados. Mis poderes son limitados, pero he efectuado mi contribución.

»Honestamente, madre, y siempre he sido honesto contigo, mi trabajo como ayudante de Dios tenía otra finalidad, y otro tipo de recompensa. Esos tres eran confidentes y como artesano altamente dotado en estos asuntos, me contrataron por una buena cifra para que me asegurara de que no volvieran a cantar. Quiero que sepas, madre, que con cada uno de ellos, fue como volver al parvulario, la primera vez que supe que tenía garras.

»Sé que ahora estarás escuchándome, si no por primera vez, al menos en compañía de los miembros del departamento de policía. Siempre has cumplido con tu deber. Diles que guarden los lápices, porque la cinta está a punto de terminar y no incluiré ninguna

información sobre mi empleador, en éste mi último acto de amor eterno. Mi negativa a convertirme en un soplón —término empleado en la jerga, madre— se basa en una cuestión de principios, y lo que es más grato, en un último acto, perdonable, claro, de indulgencia. Me refiero a esta deliciosa despedida sin contarle al departamento de policía lo que más desea saber, negándome a proporcionarles la clave dorada de toda la operación. Váyanse a la mierda caballeros, especialmente tú, judío.

»Adiós madre. He sido más malvado, mucho más malvado de lo que puedas imaginarte jamás, y todo por tu culpa, madre. Todo por culpa tuya. Dulces sueños, madre. Jesús nos llama. Nos llama a ti y a mí. Nos llama: «Oh, pecador, vuelve al redil». Jesús desea que le den por el culo, madre. Me muero por hacerle el favor.

La voz calló. La señora Heath tenía los brazos cruzados.

—¿Es ésa la voz de su hijo? —inquirió Randazzo mirándola.

—Sí —respondió ella.

—¿Firmará una declaración reconociendo ese extremo?

—Sí. ¿Después de firmar la declaración, me necesitará para algo más?

—Por el momento no —respondió Randazzo—. Muchas gracias por habernos traído la cinta y por todo lo que ha hecho.

—Tiene razón —dijo la señora Heath a nadie en particular—. Jamás llegaré a imaginar lo malvado que era. De haberlo sabido, lo hubiera matado antes de traerlo al mundo. Dios me hubiera perdonado.

—Otra cosa más —agregó Randazzo—, ¿qué hacemos con el cadáver?

—Quémenlo —repuso la señora Heath—, y arroje las cenizas en la taza del retrete y tire de la cadena. Siga tirando de la cadena hasta tener la plena seguridad de que ha desaparecido hasta la última mota de polvo.

59

—HAN MANDADO A ALGUIEN a investigarme —comentó el hombre negro, de espalda erguida, en una mesa del fondo de un restaurante chino de Queens—. Necesitan otro mensajero. Han pedido informes donde solía trabajar y han comprobado las actividades que he desarrollado desde entonces. No les ha tomado demasiado tiempo. Han dicho que si alguna vez se me ocurría abrir un paquete, me abrirían a mí también. Y también han dicho que si alguna vez desaparecía llevándome un paquete, se asegurarían de que fuera para siempre.

Jugando con el cigarro, Green miró al hombre viejo y enérgico y le dijo:

—Dicen la verdad.

—Me gusta ser útil —comentó Henry Langston Fitzgerald—. Por eso soy cristiano. Tenía intenciones de volver a casarme porque no sacaba todo el provecho posible a mi tiempo, pero éste es un trabajo que hay que realizar y sería incapaz de someter a una recién casada a tanta preocupación.

—Es usted un tío de la hostia —le dijo Green mientras servía el té para los dos—. Tenga mucho cuidado, y más, si es posible. Ya le diré dónde nos encontraremos la próxima vez. Nunca será el mismo lugar. Si tiene que telefonarme, hágalo a este número. —Green le tendió una hoja de papel—. Pregunte por el ministro Granger o el ministro McEnvoy. Da igual, con tal de que diga ministro. Dígale que quiere cotejar una interpretación de las escrituras, y dele unas cuantas líneas. Nos pondremos en contacto con usted de inmediato.

¿Vale?

Fitzgerald asintió y luego preguntó:

—¿Qué ocurre si hay una emergencia?

—Precisamente iba a comentárselo. Pregunte por el ministro quien sea y diga que es por un bautismo. Dé la dirección de los padres, que será la del sitio donde se encuentre usted en ese momento. Ah, otra cosa. Guarde un registro de los sitios adonde lo mandan, los nombres de las empresas o de las personas que reciben los paquetes, cualquier cosa que considere útil, y envíenos los datos por correo, a este nombre y dirección. No guarde copias del informe.

Green le tendió otra hoja de papel por encima de la mesa. En la nota había escrito Ben Greenbaum, a/c Judíos que Han Encontrado a Jesús, 118 Myrtle Street, Nueva York, NY 10011.

—¿Lo han encontrado de veras? —inquirió Fitzgerald inclinándose hacia adelante.

—Éstos no —repuso Green—. Es simplemente una dirección segura. En realidad es un despacho con literatura y todo, por si alguien entra desde la calle.

—¿Entonces qué?

—Nuestros muchachos les sueltan el rollo acostumbrado y los llenan de folletos. Éste es un país libre. —Green pinchó el último pastelito frito y agregó—: Si alguna vez le piden que envíe algo por correo, memorice lo que pueda del sobre. E insisto, es usted un tío de la hostia. Se lo agradecemos mucho.

—Le diré el motivo principal por el que lo hago —replicó Fitzgerald—. Lo que le ocurrió a Sol fue algo terrible. Más terrible de lo que le pasó a su hijo, porque Sol sigue vivo. Durante todos estos años nunca he hablado mucho con él, pero formaba parte de mi vida. Siempre estaba ahí. Cuando uno se hace viejo, agradece que la gente esté siempre ahí, que lo conozcan a uno, aunque la única cosa que sepan de uno sean los periódicos que uno lee. Nunca le oí decir nada desagradable a nadie, ni de nadie. No creo que esto le sea de mucha ayuda a Sol, aunque quizá le ayude un poco si logramos pescar a esta gente.

—Quédese aquí un rato —le sugirió Green poniéndose de pie—. Y cuídese.

60

ANGEL bajó raudo por la
avenida C

, una brillante mañana de domingo. Había decidido que cuando acabara en el City College, estudiaría derecho. Y luego política. Y luego el tribunal, un puesto en el de primera instancia y más tarde, a los cincuenta y dos o los cincuenta y cuatro, el Tribunal Supremo. El primer puertorriqueño en el tribunal supremo. Sonrió. «¿Sabes lo que les asombrará realmente? Que juraré el cargo en dos idiomas».

—¡Cristo santo! —exclamó Angel. Apenas visible, en un cubo de basura mal cerrado, vio una oreja, una oreja de lo más desagradable, aunque no hubiese estado en un cubo de basura.

—¡Otra vez no! —susurró Angel al tiempo que cogía un trozo de periódico de la cuneta y lo utilizaba para levantar la tapa. Encima de todo, disimulada entre una pila de judías y pimientos, aparecía la cabeza de un cerdo.

Angel estuvo a punto de inclinarse y besar la cabeza del cerdo, pero se limitó a volver a colocar la tapa en su sitio; y silbando, prosiguió su camino.

61

WILFRED MULVANEY estaba profundamente absorto decidiendo qué tomaría para el almuerzo. Se sintió primorosamente virtuoso al decantarse por una ensalada del chef con pan irlandés y una Heineken: justo en ese momento, Jeremy llamó a su puerta.

—El capitán Riordan —le anunció Jeremy.

—Hazlo pasar —ordenó Mulvaney sentándose bien erguido ante su escritorio.

Riordan, con el pelo canoso tocándole los hombros entró y le tendió la mano. Mulvaney pasó por alto la mano y dejó al viejo policía de pie.

—Presentaste una falsa denuncia en Asuntos Internos —dijo Mulvaney bruscamente— y ni siquiera tuviste los huevos de poner tu nombre.

—No sé a qué te refieres —repuso Riordan juntando los dedos.

—Basta ya de chorradas, Jeremiah. Intentaste cargarte a Green de la forma que fuese, y todo quedó en humo. La DAI no es para venganzas, y tampoco es para antisemitas.

—Todo fue de buena fe —dijo Riordan levantando la voz—. Todo lo que te di era verdad. ¡No puse mi nombre para que te fijaras en la denuncia, maldita sea!

—Todo puede ser cierto y, al mismo tiempo tan incompleto, que resulta una mentira. El departamento te importaba un bledo. Querías cargarte al judío. Y estabas tan obsesionado con eso que obligaste a tu amiga a mentirle a un detective, para que pudiera dejar tu asquerosa nota en el escritorio de Green.

—Estás interpretando mal las cosas —protestó Riordan cuyo rostro se había puesto bastante colorado—. No sé de qué me estás hablando.

—Irlandés imbécil —le espetó Mulvaney sin dejar de mirarlo fijamente—. Sus huellas están en la nota. Esa vieja foca es una artista de la estafa. ¿No te lo dijo, Jeremiah? En cuanto le sacamos una foto de la jeta, uno de nuestros muchachos la encontró. En

Rafferty's

. Contigo.

—La mujer a la que estás difamando es mi esposa —explicó Riordan.

—¡Vaya, maravilloso! —exclamó Mulvaney poniéndose en pie y asestando un golpe en el escritorio—. Por si algo sale mal, el tío va y se casa con la conspiradora para que ninguno pueda atestiguar en contra del otro. Si tuviera una mente como la tuya, habría sido cardenal. Escúchame. —Mulvaney acercó la cara a la de Riordan—. Estamos hartos. Déjanos en paz. Deja en paz a Green. No vengas más por aquí. Vete bien lejos. ¿Por qué no te vas con tu dama estafadora a alguna parte donde haga calor? Así os acostumbraréis al sitio donde acabaréis. Y en una de éstas, logras dar con un lugar donde no haya judíos.

—¿Y cuál sería ese sitio?

—Taiwan. Además te gustará el pensamiento oficial de ese lugar. Para empezar, parten de una absoluta presunción de culpabilidad. No tardarán en hacerte comisario de policía.

—Ya está bien —dijo Riordan señalando a Mulvaney con un largo dedo índice—, no puedes hablarme de ese modo. Soy un ciudadano libre de Nueva York, puedo hacer y decir lo que me dé la gana. Si tuvieras algún cargo contra mí, me habrías metido en una de las sudaderas del fondo del pasillo.

Mulvaney se sentó y tomó una hoja de papel.

—Jeremiah, ¿por casualidad te acuerdas de la Sociedad Shomrim?

—Por supuesto que me acuerdo. La Sociedad de Cobardes Polícías Circuncidados, conocida también como el Cuerpo de Judíos.

—Verás, están confeccionando una lista, a la que, estoy seguro, le harán mucha publicidad, compuesta por judíos distinguidos que a

lo largo de los años han formado parte del cuerpo. Se sorprendieron, pero luego se mostraron encantados de incluir tu nombre cuando les dije que tu madre era judía.

—¡Es una vil mentira! —gritó el viejo policía con el rostro encendido—. Presentaré una querella contra esos cabrones. Los denunciaré por difamación. Con todos los negros que ponen en los jurados de este país, tengo la victoria asegurada.

—Puede que sí —dijo Mulvaney—. Pero puede que no. Actuaron de buena fe. Yo actué de buena fe cuando se lo dije. Mi padre, que en paz descanse, fue quien me lo dijo.

—¿Ah sí? —refunfuñó Riordan—. Pero no lo comprobaron conmigo.

—Ah, pero lo intentaron. Durante el juicio se exhibirán comprobantes de llamadas y cartas no contestadas. A pesar de todo, ellos quisieron honrarte.

—¡Pues se lo diré ahora!

—No prestarán atención a tu modestia. Es demasiado tarde.

—¿Qué diablos es esto? —rugió Riordan—. Formas parte de una conspiración criminal. Durante el juicio, muchacho, hablaré de esta conversación.

—Durante el juicio, Jeremiah, no figurarás en mi agenda en el día de hoy. ¡Ah, las historias que llega a inventarse, e incluso llega a creer, un viejo de imaginación calenturienta!

—¡Me querellaré contra todos vosotros porque sé la verdad!

—¿La verdad? —repitió Mulvaney reclinándose en el asiento—. ¿Qué tiene que ver la verdad con un juicio? Jeremiah, necesitas un descanso. Tienes una ligera confusión mental. Por ejemplo, ¿acaso una mente clara llegaría a empeñar tan a fondo su jubilación como para alimentar a un abogado que llevase adelante un juicio de esta naturaleza? Supongamos que, contra todas las predicciones posibles ganaras. Es una lástima, Jeremiah, que la verdad, si es la verdad, tarde tanto en alcanzar la difamación. En realidad, la verdad nunca logra recuperarse, al menos en lo que respecta a la gente que se enteró de la noticia original. Hasta que te mueras, Jeremiah, para muchísima gente serás un heroico policía judío. En realidad, incluso mucho después de muerto, se te recordará así, y tu nombre será mencionado con reverencia en las sinagogas.

Riordan mordió con fuerza y por un pelo no se pilló la lengua.

—Empezaré a decirle a la gente que tu madre era judía.

—Te hubiera gustado mucho mi madre —rió Mulvaney—. Creía que los judíos se ganaban la vida enseñando a robar a los pequeños.

—No me sorprende ver en lo que te has convertido, Mulvaney —dijo Riordan levantando la barbilla—. Te has pasado años utilizando trucos sucios contra tus propios policías, ¿por qué detenerte ante un hombre que es demasiado viejo y que no tiene fuerzas para defenderse, un hombre que ha dado su vida por el cuerpo?

—Por favor, Jeremiah, no sigas. Esta mañana olvidé traer pañuelo.

—¡Vete a la mierda!

—Eso es demasiado enigmático, Jeremiah. ¿No será quizá que tienes algo más que decirme?

—No volverás a oír hablar de mí. —La voz de Riordan sonó ronca y grave—. No volverás a oír hablar ni de mí ni de Green ni de nada más. Nunca volveré a acercarme a una comisaría. Jamás denunciaré un crimen a otro atajo de criminales.

—Ya sabía yo que tenías algo más que decir. Eres tan tímido. Es tu cualidad más enternecedora. Pues bien, lamento que no vayas a estar en la lista de honor de la Shomrim —concluyó Mulvaney mirando hacia la puerta.

—Wilfred, ¿duermes bien por las noches? —inquirió Riordan con cadencias suaves, casi musicales.

—Perfectamente —contestó Mulvaney con una sonrisa.

—Ya verás —dijo Riordan, que ya había atravesado la habitación y tenía la mano en el picaporte—, a medida que pasen los años necesitarás beber cada vez más para poder funcionar. Especialmente teniendo en cuenta el trabajo sucio que haces. Apuesto todo lo que quieras a que no pasará mucho tiempo antes de que esa cabeza plateada se apoye sobre la almohada para siempre. —Riordan hizo una reverencia y luego se despidió—: Adiós, cariño, me verás en tus sueños.

Dio un portazo. Mulvaney sacó las llaves, abrió un cajón del escritorio, sacó una botellita de Courvoisier y una copa, llenó la copa hasta la mitad, la levantó y brindó:

—Por Jeremiah, y el placer de asistir pronto a tu velorio, maldito borracho. —Bebió el *brandy* de un trago, se dirigió a la

puerta y dijo alegremente—: Jeremy, ¿quieres venir?

Jeremy entró con una pila de papeles y fotos.

—Aquí están las que quería ver de los próximos graduados de la Academia de Policía. Ya ha marcado uno, Gardner Murray.

—Déjame verlo otra vez. La cara solamente, no quiero el resto de la información. —Mulvaney observó la cara joven, regordeta, de ojos claros y puso la foto sobre su mesa—. Sí, quiero a éste. Si hubiera nacido distinto, podría haber sido monja. Estupendo. Prográmame una cita para mañana, y repasaré con él el catecismo. Ya me miraré estos otros más tarde.

—Podría decepcionarle.

—Con esos ojos, no. Ha tenido que practicar mucho para tener esos ojos.

62

EL DETECTIVE NEGRO, alto y huesudo entró en la comisaría del Distrito Noveno y saludó con la mano al sargento de información.

—Hola, Sam —le saludó el joven sargento medio calvo—, creí que seguías de vacaciones.

—No, he vuelto a trabajar —repuso Sam McKibbon—. Es que me pongo muy nervioso sin hacer nada, me entran los «heebi-jeebie». Malone, ¿has oído alguna vez ese disco de Louis Armstrong?

—La verdad es que no. No es de mi época.

—Ya, es verdad. ¿Está Noah?

El sargento asintió y McKibbon subió la escalera. Randall Dickerson lo vio primero y le dio una palmada en la mano.

—Creí que ya serías sheriff del parque de Yellowstone.

—Joder, por lo que vi de esos turistas, preferiría proteger a los osos. Toda la vida. Hola, viejo. —McKibbon sonrió a Green, quien lo palmoteo afectuosamente en el hombro.

—¿Cómo te las arreglabas con la música? —preguntó Green.

—Tenía mis cintas. Billie y Prez y Big Ben, ya sabes. Y en la radio ponían muy buena música *country*. Creo que hay algo de negro en Merle Haggard. Muchachos, he leído sobre vosotros. ¿Habéis encontrado el resto de esos cadáveres?

—No —rugió Fortunato Randazzo desde la puerta de su despacho—. Tu socio y tu reemplazante se creen que han solucionado esos casos, pero no acepto cadáveres incompletos.

—Ya capto —dijo McKibbon—. Pero dime una cosa. —Y volviéndose a Green inquirió—: ¿Cómo lograsteis relacionar a

Arthur con el caso?

—Su madre vino a traernos una cinta —repuso Green—, y en la cinta Arthur nos decía: «¡Mamá, he sido yo!».

—Siempre digo —comentó McKibbon llenando la pipa— que con mucho trabajo de piernas se puede averiguar lo que se desea saber. Eso no implica que el trabajo de piernas lo tenga que hacer uno.

—¿Por qué no te quedaste en Wyoming hasta el domingo? —le preguntó Green.

—En mi vida había tenido una experiencia semejante —dijo McKibbon encendiendo la pipa—. Durante el día caminaba, paseaba, escalaba montañas y el aire era tan puro, tan claro, que volví a sentirme limpio. Al atardecer, regresaba al sitio donde me hospedaba, me preparaba una enorme tónica con vodka, y me ponía a mirar por la ventana las marmotas de las praderas que había fuera, y me sentía como si hubiera vuelto a ser niño y Walt Disney hubiera dispuesto toda la escenografía para mí.

»Sí señor, así día tras día, noche tras noche, todo era tan fresco y gustoso como un solo del saxo alto de Benny Carter. Dormía bien, mucho mejor de lo que he dormido en mi vida, nada me preocupaba, y a punto he estado de volverme loco.

»Ayer ya no aguanté más. Una noche más y hubiera tenido que volver a preguntarle a la gente: “¿Qué tal ha pasado el día?” y “¿No hace una mañana estupenda?” y todas esas mierdas. La cabeza ya me funcionaba cada vez con más lentitud, me había cortado las uñas de los pies tres veces, y una bibliotecaria de Fresno, una liberal de cabello azul, me comentaba que disfrutaría lo indecible viviendo allí cuando me jubilara y mientras me lo decía, me hacía cosquillas en la rodilla, por debajo de la mesa. Os juro que jamás he querido tanto esta casa de locos como ahora. Me molesta decir lo que voy a decir, porque podría ser utilizado en mi contra, pero no veo la hora de que llegue el lunes.

—Oye —intervino Randazzo—, ¿quién dice que hoy no puedes pescar a un maleante? No tenemos límites. Muchachos, ha llegado un nuevo poli, recién salido de la Academia, un chico muy bueno, fresco como una lechuga, quiero presentároslo para que tenga a quien recurrir cuando se encuentre medio perdido.

Randazzo cogió el teléfono, y unos minutos más tarde, un

policía uniformado, negro, sonriente, alto y de cara regordeta, entró en el despacho.

—Os presento a Gardner Murray —dijo Randazzo haciendo un amplio ademán. El policía recién llegado estrechó la mano de todos los presentes.

—Bienvenido a sea lo que sea este sitio —le saludó McKibbon.

—Gracias, señor —repuso pulcramente el nuevo graduado de la Academia de Policía. Con amabilidad rechazó el asiento que le ofrecía el capitán Randazzo—. Es un honor trabajar aquí.

—Gardner —dijo Green, sacando un cigarro del bolsillo que llevaba sobre el pecho—, si hay algo que quieras saber, o si alguna vez necesitas ayuda, recurre a nosotros.

—Sí, señor —repuso Gardner Murray y volvió a estrecharle la mano a todos los presentes—. Lo haré, sin duda.

El muchacho salió del despacho. Randazzo se quedó mirándolo, y moviendo la cabeza afirmativamente, comentó:

—Con todos los respetos, caballeros, toda organización necesita siempre sangre joven. Nos mantienen al resto más alertas. —Se sirvió unos cuantos caramelos duros del pote de boticario que había sobre su mesa—. Y ahora, a trabajar. El *momzer*^[*] ése que ha sacado a esas prostitutas del nuevo condominio del parque de Tompkins Square, el que —Randazzo miró con furia a Green y prosiguió— tiene como abogado a tu amigo Mendelssohn, pues bien, se me ha ocurrido una forma de arrestarlo. La experiencia le vendrá bien. Es un tipo bastante nervioso. Creo que tiene colitis. Al menos eso espero. Lo arrestamos y lo ablandamos un poco para la próxima vez.

—Pero no tenemos motivos suficientes como para arrestarlo —dijo Dickerson.

—No hablo de las prostitutas —replicó Randazzo sonriendo—. Hablo del Apartado 255.17 de la Ley Penal. ¿Sabe alguno de los aquí presentes, profesionales altamente entrenados para hacer cumplir la ley, de qué va ese apartado?

Los tres detectives negaron con la cabeza.

—Dais la impresión de estar todos muy alertas —dijo Randazzo—. Adulterio, va de adulterio. El *momzer*^[**] está casado, y vive en ese condominio con una ponzoñosa que no es su mujer.

—¿Y eso es ilegal? —inquirió McKibbon—. Joder, entonces

habría que convertir en cárcel el estadio Shea.

—Vayamos por partes —dijo Randazzo—. Tengo el orgullo de informaros de que en esta ciudad el adulterio es ilegal. La ley dice: «Una persona es culpable de adulterio cuando mantiene relaciones sexuales con otra, al mismo tiempo que tiene un cónyuge vivo, o si la otra persona tiene un cónyuge vivo». Quizá Dios no esté presente en las escuelas, pero sí en las Leyes Penales. El adúltero constituye una infracción penal de clase B, y teóricamente, te pueden caer tres meses. Quiero que arrestéis a ese profanador de la familia americana. Ahora. Y esposadlo bien fuerte.

—¿Y si en el camino vemos que se comete un crimen de verdad? —inquirió Green poniéndose de pie.

Sonó el teléfono. Randazzo contestó la llamada, sin dejar de asentir con la cabeza durante todo el rato y de tomar notas.

—Fíjate qué coincidencia. En la avenida C

con la calle Nueve. Hay un hombre en la parte trasera de un coche robado. Le han arrancado los ojos a disparos. Pero no os olvidéis del adulterio. Ah, y podríais llevaros al chico, al tal Gardner Murray, para que vea el homicidio. Tiene que ir aprendiendo qué es lo que ha de buscar.

GLOSARIO

A finster in di oygen: verlo todo negro, ir las cosas mal. 28*.

Alter cocker: viejo cagón. [29*](#)

Bais Hamedrash Hagadol Anshe Ungarin: la gran sinagoga de los húngaros. 05*

Bar mitzvah: ceremonia de entrada de los adolescentes en la vida religiosa. 20* / 20**

Boychik: chiquillo. [29*](#)

Bupkes: trivial, absurdo. 34* / 48**

Fagele: pájaro; en sentido figurado, afeminado. 25*

Farshteyst: entender. 16*

Fershtunkiner: horrible, apestoso. 51*

Goyim: no judío. 29* / 29** / 34***

Goyishe: gentil, no judío. 04* / 28**

Greps: eructar, eructo. 39*

Kishkes: intestinos, estómago. 22* / 29**

Klezmorim: grupos de músicos que, en el este de Europa, iban de pueblo en pueblo interpretando música tradicional, canciones y danzas populares o himnos solemnes antes de las oraciones, y que mezclaban los temas hebreos con influencias musicales eslavas, balcánicas y árabes. 22*

Kol Nidre: oración de la víspera del *Yom Kippur*, muy solemne, en la que se recapitula la larga historia de violencia y humillación que han sufrido los judíos. 35*

Kosher: para los judíos, comida pura que cuenta con la aprobación religiosa. 39*

Luftmensch: soñador, despistado. 25*

Mamser: bastardo. 08*

Mitzvah: mandamiento divino, buena acción. [11](#)*

Momzer: bastardo. 62* / 62**

Pisher: meón. 03* / 22**

Saychel: inteligencia. 25*

Schnorrer: gorriones, pedigüños. 11*

Schwartzes: despectivamente, negros. [22*](#)

Shikker: borracho. 34*

Shmeer: soborno. [51](#)*

Shmendrick: tontorrón. 08*

Shmooze: conversación amistosa. 51* / 51**

Shmuck o *schmuck*: gilipollas. 07* / 20** / 49*** /51****
/54***** /

Shul: sinagoga. 20* / 20**

Tsuris: problemas. [29*](#)

Yiddishe kopf: cabeza judía, inteligencia judía. 49* / 57**

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



NATHAN IRVING "NAT" HENTOFF (Boston, Massachusetts, USA, 10 de junio de 1925) es un historiador, novelista, crítico de *jazz* y música *country* y columnista para United Media estadounidense. Escribe regularmente sobre *jazz* y música *country* para el *The Wall Street Journal*.

Hentoff fue columnista de *Down Beat*, *The Village Voice*, *JazzTimes*, *Legal Times*, *The Washington Post*, *The Washington Times*, *The Progressive*, *Editor & Publisher* y el *Free Inquiry*. Fue escritor en el *The New Yorker*, y sus escritos han sido publicados en *New York Times*, *Jewish World Review*, *The Atlantic*, *The New Republic*, *Commonweal* y en la *Enciclopedia dello Spettacolo de Italia*.

Notas

[0] El que no prueba suficientemente, nada prueba (*N. del E. D.*). < <

[1] Al final de esta obra aparece un glosario de las expresiones en *yiddish*. < <

[2] *Chin*, en inglés, significa mentón, barbilla (*N. del T.*). < <